UN THRILLER CULINARIO DE GILDO FALCONE

MUERTE A LA NAPOLITANA



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Muerte a la Napolitana

Un Thriller Culinario de Gildo Falcone

First published by BRALTON BOOKS 2026

Copyright © 2026 by Riccardo Braccaioli

© Riccardo Braccaioli 2026

Este libro es una publicación independiente y está prohibido copiarlo, reproducirlo, transmitirlo o adaptarlo por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia.

Depósito legal: DF6xweaZS6SSCk0Q

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



“La vida es una combinación de magia y pasta.”

Federico Fellini

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

1

Sábado.

Roma.

Como cada mañana, Michael Lucchesi recibía el desayuno en su *suite*: huevos, beicon, judías blancas con tomate, pan con mantequilla, la prensa londinense y una gran tetera de cerámica con té recién hecho. Rigurosamente, todo junto. Rigurosamente, todo caliente.

En el caso de que algo no llegase como él quería, el hotel pasaba de forma automática al listado de hoteles para no repetir.

Ese día, Luigi era el encargado de subir el carro con todo lo pedido. No se había encargado el día anterior, sino antes, mucho antes de que el señor Lucchesi llegase, su secretaria había informado de lo que cada mañana debía recibir.

Llevaba ya unos días en Roma y en el hotel, y hasta esa mañana todo había ido bien.

El huésped era considerado un vip para el director. De hecho, en su país, Inglaterra, y en los Estados Unidos, lo era. Como tal, exigía lo mejor, pero, en contrapartida, daba propinas muy suculentas a los camareros y a los botones. No obstante, su carácter imprevisible podía convertir una entrega en una pesadilla. Cuando llegaba la hora de llevarle el desayuno, los camareros tenían sensaciones encontradas: subir a pesar de no ser bien tratados a cambio de muy buenas propinas o no hacerlo.

Luigi cogió el carro con todo lo ordenado del día y se dirigió hacia la habitación número 303.

Subió por el ascensor interno de los empleados y cruzó el pasillo. Llamó a la puerta.

—*Room service* —anunció, y esperó.

Pasó casi un minuto.

Luigi, antes de tocar la puerta, se había asegurado de que de la maneta no colgara el cartón de no molestar. Al no estar, se aventuró a pedir permiso para entrar.

Un minuto y medio y no había contestado. Insistió.

Otra vez, nada.

—Señor Lucchesi, *room service*, le traigo el desayuno.

Al tercer silencio, Luigi sacó su llave magnética maestra y accedió a la habitación.

—Señor Lucchesi, soy Luigi, del restaurante, le traigo el desayuno. ¿Está aquí? —titubeó—. ¿Puedo entrar? Solo le dejaré el carro y me iré.

Se asomó y no vio nada. Ningún ruido se percibía. Ni la ducha ni la televisión ni hablando por teléfono. Nada, como si no estuviera. Así que decidió entrar, seguramente, estaría durmiendo y se despertaría con el desayuno.

Abrió la puerta del todo y entró con el carro.

Cruzó el vestíbulo de la *suite* y llegó al comedor y sala de estar, uno de los más grandes del hotel.

Dejó el carro; parecía que no recibiría recompensa esa mañana, así que, a regañadientes, se dio la vuelta para regresar a la cocina. Pero algo le llamó la atención.

Se giró de nuevo.

La puerta que daba al dormitorio estaba entreabierta. La curiosidad le pudo y miró.

Esperaba ver a una rubia despampanante durmiendo a su lado. O incluso a los dos haciendo el amor, pero nada más lejos de la realidad, el señor Michael Lucchesi estaba sentado en el suelo de la habitación.

Se acercó.

Lo llamó y el hombre no se movió.

Tenía la espalda reclinada en la cama y las manos atadas con una brida. Lo que más lo asustó fue su primer pensamiento: escapar, pedir auxilio y que otro fuera a salvarlo.

Pero se acercó, se arrodilló y cogió la mano del hombre. Al tocarla, notó que estaba fría y carecía de latido. Estaba dura, tan dura que no pudo moverla.

Se echó atrás de golpe.

Miró espantado la escena: el famoso Michael Lucchesi había muerto. Había muerto en uno de los hoteles más exclusivos de la ciudad, y él lo había encontrado. Se levantó y salió corriendo de la estancia, tenía que hablar con el director.

2

Era sábado y los sábados no se emitía el programa de Teresa en televisión.

Teresa Falcone tenía cada mes más éxito y los directivos le ofrecían contratos suculentos para llevársela a sus canales y emitir su programa *Cucina con la mamma*. Sin embargo, Teresa era fiel a la cadena que le había concedido una segunda oportunidad y seguía en la televisión nacional.

Ese sábado estaba en casa, pero no sola. Con ella, estaba la señora Ricci, alias la vecina del segundo y madre del periodista Aurelio.

Cuando Gildo entró en casa, las dos mujeres estaban en plena guerra verbal e ideológica mientras cocinaban.

Gildo dejó el casco y las llaves. Acababa de volver del gimnasio y, como cada sábado, acudía a comer a casa de la *mamma*.

Un olor a *pizza* sorprendió a Gildo.

Le extrañó. ¿Su madre haciendo *pizza*? Eso era nuevo.

En el comedor, junto a ese olor que mezclaba albahaca, *mozzarella* y harina tostada, se escuchaba una canción de los tres tenores: Pavarotti, Carreras y Domingo.

—Te estás equivocando, querida Teresa. Tanta televisión y tanta gastronomía y cometes un fallo tan simple —decía la señora Ricci.

Teresa dio un sorbo y bajó rápidamente el vaso al ver al hijo.

—No te he oído llegar, Gildo.

—Normal, con la música tan alta, no me extraña. ¿Qué estáis haciendo?

Toda la cocina era un desastre. Había cazuelas, frascos abiertos, una bolsa de basura llena, toda la encimera llena de harina y la pila rebosaba de cacharros y utensilios sucios.

—Por favor, hijo, dile que la verdadera *pizza* es la romana. De pasta fina fina y con pocos ingredientes encima.

Gildo arrugó el ceño y la señora Ricci bebió un trago del vino que tenía en la copa.

Gildo fue a decir algo, pero se dio la vuelta y bajó la música ensordecedora que salía del tocadiscos.

Regresó a la cocina.

—¿Alguien me puede explicar qué diablos ha pasado aquí? Parece que un huracán ha usado la cocina y la ha dejado intransitable.

La señora sonrió.

—Lo que tienes que saber es que tu madre el otro día, con su… amiguito —dijo con retintín, y la madre se puso roja—, estuvo mirando Instagram. Allí vio cómo no sé quién lanzaba un vídeo que se ha hecho viral: ¿cuál es la verdadera *pizza* italiana?

Gildo se vertió vino en una copa.

—¿Y qué pasa?

—Pues pasa que, en el rellano, estuvimos discutiendo si es la romana o la napolitana.

Gildo dio un sorbo y miró a la madre. Se encogió de hombros y dijo:

—Fácil, la original es la napolitana. La inventaron para la reina Margarita, ¿no?

La señora Ricci, satisfecha, miró a Teresa.

—Menuda bobada, no pareces mi hijo. Todo el mundo sabe que la *pizza* auténtica la inventamos en Roma y luego los ladrones de los napolitanos nos la robaron. Esto es una injuria —afirmó la madre, y Gildo fue a hablar, pero no lo dejó—. Y lo que está claro es que, además, está mucho más buena.

Teresa, con la boca arqueada y un tono muy cabreado y muy típico de cuando encontraba un hueso duro para sus teorías, puso los brazos en jarra.

—¿Pero se puede saber qué es todo este caos? —dijo Gildo mientras se acercaba al horno para ver lo que había dentro.

—Tu madre se ha empeñado en iniciar una guerra…

—Una sana y honrada competición —aclaró Teresa.

—Bueno, lo que tú digas, querida. Así que hemos hecho *pizza* napolitana, porque mis padres eran de la tierra del Vesubio y de la *pizza* —dijo mientras se señalaba—. Y tu madre ha hecho una *pizza* romana. Al estilo romano.

—¡No, basta! No es al estilo romano, sino al estilo original de la *pizza*: finita, con pocos ingredientes, con poco tomate. No una *pizza* demasiado fermentada como la napolitana y con una sopa de tomate y *mozzarella* dentro.

La vecina del segundo piso miró al techo y se acercó la mano a la boca, mordiéndose los dedos, dando a entender que se tenía que callar por no seguir discutiendo.

Gildo, al ver la situación y esa batalla de rodillos, se echó a reír.

—¿Y quién será el juez para esta competición?

La vecina asintió y también rio.

—Aquí viene la idea magistral de tu madre. Venga, Teresa, díselo.

—Pues tú y Aurelio —contestó Teresa como si fuera lo más normal del mundo—. ¿Quién si no?

—Entiendo que está a punto de llegar tu hijo.

La señora Ricci asintió.

—Me parece que esto va a acabar como el rosario de la Aurora o con un empate. Espero lo segundo. Pero, por cómo huele, me gusta la idea —afirmó Gildo.

Pensó que, a pesar de que el tiempo pasaba, su madre no dejaba de tener maravillosas ideas de bombero. Miró a las dos, que seguían discutiendo, como siempre habían hecho desde que se conocían, sobre los temas más variopintos.

Mientras ellas dos seguían hablando, Gildo oyó que el teléfono de la casa sonaba.

Se acercó y descolgó el auricular.

—Casa Falcone.

—A Gi. Llevo toda la mañana intentando localizarte.

—¿Lillo?

—Sí, es que el comisario quiere hablar urgentemente contigo. Llevamos toda la mañana buscándote.

—¿Y no has probado con mi móvil?

—Está apagado.

—Vaya. ¿Y qué pasa?

—No lo sé. El comisario está que se sube por las paredes. Por favor, ven lo antes posible. He oído algo de un caso y que es muy importante y urgente.

Gildo colgó la llamada, tenía que marcharse enseguida. Se asomó a la cocina y las pizzas seguían en el horno. Muy a su pesar y con la boca que se le hacía agua, se marchó dejando de lado la guerra de pizzas de su madre con la vecina del segundo piso.

3

Gildo bajó los escalones de dos en dos.

Abrió la puerta y se encontró de bruces con Aurelio.

Los dos se quedaron sorprendidos, mirándose.

—Así que venías para la batalla de pizzas y no me habías dicho nada —dijo Gildo.

Aurelio sonrió.

—Total, te vería aquí. ¿Adónde vas? ¿Ya se han quedado sin vino esas dos?

Gildo suspiró.

—Tengo un marrón en la comisaría.

De repente, al escuchar la palabra marrón y asociarla con la prisa que tenía Gildo, levantó las antenas. Las mismas que tiene un periodista. Las mismas que solo tiene un cazador de reportajes.

Aurelio lo empujó dentro del portón del edificio, cerró la puerta y se giró de nuevo hacia el policía.

—¿Qué ha pasado?

Gildo negó.

—No tengo ni idea. El comisario me tiene en ascuas. Me ha pedido que vaya rápidamente. Seguro que será una tontería y volveré para los postres.

Aurelio sonrió de forma maliciosa.

—Te acordarás de los amigos, ¿verdad?

Gildo rio al mismo tiempo que negaba.

—No cambiarás, siempre hambriento.

Aurelio se encogió de hombros.

—Ya sabes, cada mañana hay que llenar un periódico.

Gildo hizo amago de irse, pero se detuvo.

—Por cierto… —dijo Gildo, e indicó hacia los pisos superiores—. ¿Cuándo llevarás a casa…? Ya sabes.

—Shhh. ¿Te refieres a él?

—Sí, a tu novio.

—Prometido.

Gildo hizo una mueca.

—Estáis prometidos y tu madre aún piensa que no has encontrado a la mujer perfecta —dijo, y le hizo el gesto de la piña, juntando las yemas de los dedos y moviendo la muñeca.

—Lo sé, es que… Mira, vete con tu comisario. Ya tengo bastante en casa como para que tú también me incordies.

Gildo sonrió y se dejó empujar por Aurelio hasta la puerta.

Arrancó la Vespa y despacio salió de las calles peatonales cerca del Panteón.

Roma estaba azotada por una ola de calor veraniego. A pesar de estar a principios de primavera, la temperatura era de verano. Condujo por el Trastevere y costeó el río hasta la comisaría.

Al llegar, apagó la Vespa y se dio cuenta de que algo no estaba como debía. La cafetería tenía las luces encendidas. Alguien estaba trabajando en el Lèttere Caffè. A pesar de que los sábados estaba cerrado, había alguien. Y ese alguien era Marzia. Cuando ella lo vio, salió a buscarlo.

—¡Gildo, Gildo! —gritó, e intentó detenerlo.

Sin embargo, él ya estaba dentro de la comisaría.

Marzia cruzó la calle intentando una vez más hablar con él. Llevaban casi dos semanas sin hablar y Gildo no respondía a sus mensajes, no atendía las llamadas y había dejado de ir a desayunar a su cafetería después de varios años acudiendo a diario.

—A Gi, no sabes la mañana que hemos tenido. El comisario lleva gritando desde que ha llegado. Se ha vuelto loco buscándote.

Gildo pasó e indicó la puerta.

—Lillo, un favor.

Este se puso firme.

—Lo que quieras.

—Que no entre esa chica.

La solicitud de Gildo lo sorprendió, pero lo acató a rajatabla.

Mientras Gildo subía las escaleras, Lillo impedía a Marzia entrar en la comisaría.

Ella lo miró escabullirse por las escaleras y, otra vez, no consiguió hablar con él. Se dio la vuelta y sonrió de forma malévola.

Al pisar los últimos escalones, se escuchó la voz del comisario.

—Lillo, *porca miseria*. ¿Has localizado a ese desgraciado? —gritó el comisario desde su despacho.

Gildo ralentizó el paso, sin contestar.

—Lillo, ¿es que te ha comido la lengua el gato o qué…?

Gildo se asomó, veloz y sin preaviso. El comisario fumaba mientras iba de un lado al otro de la estancia.

Las ventanas estaban abiertas y dejaban entrar una brisa que refrescaba el espacio.

—No soy Lillo, soy el desgraciado.

El comisario, alias Er Bufa, se dio la vuelta de repente. Al no esperarse que fuera él, miró el cigarrillo y lo lanzó por la ventana.

—¿Disfrutando de los placeres de la vida, comisario? —dijo, y se quedó justo en el umbral.

—Maldita sea, Erme, llevamos toda la maldita mañana buscándote. ¿En qué jodido agujero te habías metido? ¿Se puede saber?

Gildo chasqueó la lengua.

—En uno que tienen pesas, cintas de correr, máquinas y demás. Se llaman gimnasios. Debería ir a verlos.

—No seas tan gracioso.

—Si hablásemos con su mujer, hasta diría que le vendría bien visitar uno.

—No seas descarado y siéntate.

—Prefiero quedarme aquí, ahí dentro hay demasiado… humo.

El comisario gruñó. Lo miró con cara de pocos amigos y fue a sentarse en su escritorio.

—Tienes que ir cagando leches al Grand Hotel Savelli, en Via Veneto.

Gildo silbó.

—¿Qué ha perdido allí, comisario?

—Tenemos a un «vips» muerto.

—¿Se refiere a una persona conocida o famosa?

—Sí, un «vips».

—Es vip. *Very important person*, jefe.

El comisario dio un puñetazo en la mesa. Las pilas de carpetas y periódicos se tambalearon.

—¡Lo que sea! Hay un caso que te está esperando, maldita sea. ¡Vete ya!

Gildo arrugó el ceño. Fue ubicando la zona donde estaba el hotel en el mapa urbano. Via Veneto quedaba muy lejos de la comisaría.

—Comisario, esa calle no está en nuestra jurisdicción…

—Erme, *porca miseria,* estamos perdiendo el tiempo. Si te llamo, es porque eres el adecuado para resolver este caso. Así que date la vuelta, coge un coche o el bus o tu Vespa de las narices y vete al hotel. Allí te está esperando el inspector Ferretti para darte los detalles.

Gildo cerró la boca y se dio la vuelta.

—¿Será posible que incluso un sábado tengas que ir por ahí con esas camisas hawaianas?

Gildo se miró la camisa y no vio nada extraño en ella.

—Y enciende el móvil, Erme. ¿Para qué diablos tienes un móvil si no lo tienes operativo?

«Porque es sábado», pensó Gildo.

Mientras bajaba las escaleras, pensó que de nuevo le estaban endosando un asesinato. Ya se imaginaba lo que sería, como los pasados, como todos los que estaban fuera de su jurisdicción.

En el vestíbulo, el rostro de Lillo estaba mucho mejor, más pausado y menos estresado.

—¿Todo resuelto? Es que no sabes cómo se pone cuando no consigue lo que quiere…

Gildo asintió.

—Sí, Lillo, lo sé perfectamente.

—Hubo una vez que lo que hizo…

—Lillo, lo siento, pero me tengo que ir.

—¿Es que no quieres escuchar mi historia?

—Sí, sí, me la explicas luego.

—¿Eso quiere decir que volverás?

—Puede, pero no me esperes. Vete a casa, Lillo, que es sábado.

Gildo se escabulló de los tentáculos de Lillo, que, en ocasiones, eran más largos y más sofocantes que los del comisario.

Se sentó en la Vespa. La arrancó. Levantó la mirada hacia la cafetería, Marzia debía de seguir allí. Fue a mover la moto y esta no lo hizo. Algo se lo impedía.

Al bajar la mirada, vio en la rueda delantera una cadena. Apagó el motor y dio la vuelta. En el candado, había una nota.

«Si quieres irte, ven a hablar conmigo. Marzia».

4

Lo había logrado.

Marzia había conseguido que Gildo fuese a hablar con ella. Después de varios días escabulléndose como una anguila, se enfrentaban uno al otro.

Gildo, antes de entrar en el Lèttere Caffè, habría preferido comerse una *pizza* con piña.

Marzia estaba en la última mesa. Las luces estaban a medio encender. A pesar de ser un día muy luminoso, con las persianas bajadas, el local se encontraba en penumbra.

A Gildo le dio la impresión de estar en un bar del Lejano Oeste. De una película de *spaghetti western* de Sergio Leone.

Avanzó poco a poco hasta llegar a la mesa donde se encontraba. Aunque parecía que estuviera trabajando con el ordenador, Gildo sabía que estaba igual o más nerviosa que él.

Ella se quitó las gafas que usaba para leer y lo miró.

Los dos se observaron unos instantes en silencio. La belleza de Marzia lo dejó sin aliento. La morena llevaba una trenza que le caía por el hombro, tejanos y una camisa de rayas, muy lejos de la habitual camiseta negra.

—No me ha gustado la broma.

Ella alzó las cejas.

—¿Acaso crees que es una broma?

—Tengo un caso importante y tengo que irme enseguida.

—No es culpa mía que lleves no sé cuántas semanas sin decirme nada y esquivando mis llamadas e intentos de hablar contigo.

Gildo fue a hablar y ella se lo impidió.

—Que no quieras volver a desayunar aquí…, lo entiendo. Que no quieras volver a verme porque has encontrado a otra, lo entiendo. Que has vuelto con

tu ex, lo comprendo. Que ahora tu madre de nuevo es famosa y no quieres juntarte con alguien de la plebe, también lo entiendo, pero lo que no comprendo es que me hagas el vacío. No soporto que la gente desaparezca y me deje sin explicarme el porqué de su cambio de idea. ¿Entiendes? Eso es lo peor que puedes hacerle a una mujer. El silencio. Dudar sobre si he hecho algo. Eso es mortal. Y aunque no quieras volver a verme jamás, esto no debes hacérselo nunca a otra mujer porque duele mucho más de lo que crees.

Gildo dejó de sostener la mirada de Marzia. Bajó la vista y se pasó la lengua por los labios. Fue a hablar, tenía mil cosas que decirle, pero no le salió nada.

Sintió que se había equivocado. Aunque tuviera razón y se hubiera sentido mal, había provocado un dolor en esa persona.

Levantó la cabeza y suspiró.

—Hace dos semanas, vi cómo te besabas en la boca con un hombre. Aquí, en tu cafetería. Os cogíais de la mano y os mirabais con pasión. Lo vi con mis propios ojos. Yo estaba allí, allí fuera. Me sentí engañado. Si tenías novio y no me lo dijiste, no estuvo bien. Me diste a entender algo que no era.

Ella bufó.

—¿De qué me estás hablando?

Gildo arrugó el ceño.

—*Porca miseria*, Marzia. Estabais allí. Un hombre alto, corpulento, pelo corto, moreno y con tatuajes. Parecía un actor de Cinecittà. Parecía un toro. Os besasteis en la boca. No es ningún malentendido, ¿sabes? —dijo Gildo, molesto, dio un paso hacia adelante y tendió la mano—. Las llaves del candado. Me tengo que ir.

Ella asintió.

—Ahora entiendo. Es Davide…

Gildo se encogió de hombros.

—Me da igual cómo se llame.

Marzia se echó a reír.

—¿Sabes quién es Davide?

—Ni lo sé ni me importa.

—Es mi ex. Estuve con él casi diez años. Es como un hermano para mí.

Él dio un paso adelante.

—Las llaves.

—¿Es que no me escuchas? ¿Me has hecho el vacío todo este tiempo por culpa de mi ex?

—Las llaves, Marzia, por favor, tengo mucha prisa.

Ella se mordió los labios y miró hacia un lado. Se metió las manos en el bolsillo del pantalón y sacó las llaves del candado.

Se las acercó, pero, antes de dárselas, le dijo:

—Está bien que tengas una emergencia, pero prométeme que esta conversación la seguiremos y la acabaremos.

—No te prometo nada.

—Promételo o tendrás que ir en taxi a tu urgencia. Y sé… lo que detestas ir en coche.

Gildo se lo pensó, pero solo fue un farol, él ya sabía que necesitaban concluir la conversación.

—De acuerdo.

Ella sonrió. Le dio las llaves y vio cómo se marchaba.

Gildo, en cambio, desbloqueó el candado, dejó la cadena en la maceta de Marzia y arrancó la Vespa. Salió rápido hacia el caso que acababa de asignarle Er Bufa y que le haría saltar por los aires todo el fin de semana.

5

Via Veneto empezaba en Piazza Barberini.

Gildo dio la vuelta con la Vespa justo en la plaza, lo bastante rápido por ir con prisa y, al mismo tiempo, lo suficientemente despacio para observar un segundo a los turistas que rodeaban la Fontana del Tritone.

Giró por la rotonda y subió por la calle donde se encontraba el hotel. Siguió por la arbolada calle que, a pesar de estar en pleno centro de Roma, hacía una doble curva. Luego, siguió recto hasta la muralla romana. En medio, dando acceso al parque de Villa Borghese, estaba la Puerta Pinciana.

Los coches de la policía estaban presentes en la puerta del Grand Hotel Savelli. Entre ellos, varios agentes delimitaban la zona a los curiosos y, cómo no, a los periodistas que ya se habían enterado del suceso.

Aparcó al lado de una ambulancia, enfrente de la entrada del majestuoso hotel.

El edificio debía ser un palacio del renacimiento italiano. Hacía esquina con Via Campania. Había coches de lujo en la puerta y la tensión se cortaba con un cuchillo.

Dejó la Vespa entre miradas inquisidoras de trabajadores del hotel, clientes y agentes. Al aparcar, se le acercó un oficial.

—Lo siento, pero no puede aparcar aquí —ordenó.

Gildo dejó el casco en el manillar. Sacó la placa que llevaba colgada del cuello y se la enseñó.

—El inspector Ferretti me está esperando.

El agente sonrió y le indicó que podía pasar.

—Lo siento, inspector, pero están todos muy tensos.

—Tranquilo, échale un vistazo a mi bólido, ¿de acuerdo?

El agente asintió y le levantó la cinta policial.

Gildo pasó y entró en la recepción del hotel. Era igual de señorial que la fachada. Flores frescas en varios jarrones de cristal desprendían un olor que daba la bienvenida a las visitas. Una claraboya de cristal iluminaba con luz natural un espacio de sofás azules en el centro. Techos altos, puertas de cristal y un mostrador de madera noble y vidrio atendía a los huéspedes. El suelo era de un mármol *beige*, casi rosa, pulido y brillante.

El hombre de la recepción, vestido con traje y corbata y de nariz torcida, como si estuviera mirando a un vagabundo, le preguntó:

—¿En qué puedo ayudarle?

—Busco al inspector Ferretti.

El hombre, deseoso de deshacerse de ese hombre mal vestido, con barba de varios días y aspecto de turista de hotel con pulseras, levantó el teléfono.

Gildo se miró en un espejo que estaba al otro lado de la recepción. Se alegró de que ese día, sin saber bien por qué, hubiera elegido entre todas sus camisas la nueva, su última adquisición. Tenía un estampado tropical y vibrante de grandes flores amarillas con intensos contrastes en azul y rojo sobre un fondo llamativo. Se estiró el cuello hacia abajo y se miró con admiración.

Enseguida se presentó un botones y le indicó que lo siguiera.

Cogieron el ascensor y subieron hasta el sexto piso, donde se encontraban las mejores habitaciones del hotel. Caminaron por un pasillo donde las pisadas se amortiguaban por una alfombra acolchada.

No necesitó que el botones le indicara cuál era la habitación. El pasillo estaba cortado por una cinta policial que impedía el paso y desde fuera se intuía que la científica ya había hecho su labor y se disponían a marcharse.

Gildo pasó y un hombre se acercó a paso rápido.

—Por fin ha llegado —indicó un hombre con camisa de cuadros y una americana azul—. Le estábamos esperando.

El hombre le tendió la mano, Gildo se la estrechó.

—¿Usted es?

—Perdón —dijo el hombre, ya caminando hacia el dormitorio—. Soy el inspector Ferretti, usted es el inspector Falcone, ¿verdad?

—¿Y cómo sabía que era yo?

—Obvio, el comisario me dijo que estaba llegando y que su vestimenta no me dejaría indiferente. Qué cínico, ¿no? Su comisario es un guasón.

Gildo no quiso añadir nada al respecto. Llegaron al gran dormitorio de la *suite* y el inspector Ferretti le mostró el cadáver.

—Aquí lo tiene. Ha llegado justo a tiempo. Estaban a punto de llevárselo al forense, ya que los de la policía científica no han finalizado su trabajo. Ya sabe: fotos, huellas y demás, porque queríamos que antes viera esto.

Gildo se extrañó y, antes de fijarse en el detalle al que se refería, preguntó:

—¿Por qué no han podido acabar los de la científica?

Ferretti se agachó. Sacó un bolígrafo y le indicó la cara del cadáver.

Gildo se quedó de piedra. Jamás había visto algo así. En la cara de la víctima, había una máscara que cubría toda la cara y la cabeza y daba la vuelta completa al cráneo. Por delante, se adaptaba a la forma de la cara y por detrás, se solapaba y se juntaban los extremos.

Gildo se agachó. Lo más extraordinario no era eso, sino el material con el que se había elaborado. La tocó y no se equivocó; estaba hecha de una fina capa de pan.

6

Gildo se acercó más.

La cara del hombre estaba escondida tras una masa de pan que rodeaba su cabeza. Lo único que se percibía era la forma del rostro y, en la parte superior del cráneo, en las uniones de los extremos, se veía que el hombre era calvo.

—¿Nos permite? —dijo un hombre de la científica, pidiendo permiso a Gildo.

Este se levantó y retrocedió al lado de Ferretti, se alejaron y dejaron a los compañeros que procedieran.

Uno estaba grabando en vídeo con una réflex digital, otro acercó un cuchillo parecido a un bisturí y realizó un corte en la masa.

—Como podemos ver, la masa está seca por la parte externa, pero, en el resto, es aún esponjosa, es decir, cruda.

Al acabar la incisión, apoyó el bisturí y separó la masa del rostro.

Eso provocó una cierta expectación en todos los presentes, por fin se vería la cara del muerto. Se había quedado con la boca y los ojos abiertos en una clara expresión de ahogo.

Dejó la masa en un lado y el otro agente de la científica dejó de hacer el vídeo y empezó a realizar fotos.

Gildo se acercó a la masa.

«¿Por qué alguien se molestó en tapar la cara con esto, que tiene que ser incómodo y laborioso, cuando con una cuerda hubiera hecho lo mismo?», se preguntó.

Observó la masa y se dio cuenta de un detalle importante: era redonda.

—Parece una masa de *pizza*.

Ferretti se acercó.

—¿Qué ha dicho?

Gildo lo repitió.

Ferretti se acercó la mano a la frente.

—Me he olvidado de un detalle, inspector. Tiene mucho sentido lo que dice.

—¿Por qué? —preguntó Gildo.

—Porque me he olvidado de enseñarle esto. Mire.

Gildo se levantó y se acercó al lado del cadáver. Entre la cama y la pared, había una mancha blanca.

El inspector le explicó que en el centro del polvo blanco había una frase: *pizza é napoletana.*

Gildo se agachó y buscó el móvil. Estaba sin batería y no pudo hacer una foto de la pista, pero apoyó el dedo en el polvo blanco y lo chupó.

—Harina —confirmó, y sonrió—. Esto es lo más raro que he visto en mi carrera de inspector.

—Pues ahí lo tenemos. Lo que tenía en la cara, que es lo que parece que lo ha matado, es una masa de *pizza* que le ha impedido respirar —dictaminó Ferretti—. Tendrá que buscar un culpable. Seguro que usted, a la hora de la cena, ya lo tendrá resuelto.

Al decir esas palabras, le dio una palmada en la espalda.

—Me voy. El caso es todo suyo.

Gildo se levantó.

—Un momento, necesito hacerle un par de preguntas.

El otro inspector miró el reloj y puso los ojos en blanco.

—Dígame —respondió, ya girado y dispuesto a marcharse.

Gildo dejó atrás a los de la científica y al cadáver y salieron del dormitorio.

—Necesito saber quién era este hombre. El comisario solo me ha dicho que era alguien famoso.

—¿Famoso? ¿Es que no conocía a Michael Lucchesi?

Gildo se encogió de hombros.

—Es un presentador famoso del Reino Unido. Hace documentales sobre gastronomía, en especial, sobre la gastronomía italiana.

Gildo asintió.

—Bien. ¿Y está aquí solo?

Ferretti le hizo un gesto con la mano.

—Estaba grabando un documental, estos tíos van con un séquito tremendo.

—Esto es lo que quería saber. Por favor, ¿podrían reunir en una sala a todos los de su equipo?

El hombre bufó y le enseñó el reloj.

—Inspector Falcone, ¿sabe qué hora es? Mi mujer me va a cortar los huevos como llegue más tarde a casa. Por favor, ¿no podría hacerlo usted?

—Yo tampoco he comido aún y no sé cuándo lo voy a hacer. Por favor, solo le pido eso y ya le dejo ir —insistió Gildo, y el hombre accedió.

Dejó pasar un rato antes de bajar, el tiempo para que Ferretti congregara a todos y consiguiera una sala para un primer interrogatorio.

Se paseó por la habitación. Observó las maletas, de una marca francesa. Los trajes estaban todos colocados en orden. Todas las americanas eran de lino, para el calor que azotaba Roma en esa época del año. Las camisas, en cambio, eran de algodón y todas tenían sus iniciales bordadas. El orden en que estaban colgadas le llamó la atención: en un degradado de color, desde el blanco hasta el azul oscuro.

El lavabo era casi tan grande como su apartamento. Una bañera, una ducha, dos pilas separadas y todo tipo de productos de higiene. En cambio, el huésped tenía un set de baño muy completo en un armario. Una maquinilla de afeitar, una para el pelo y otra para los vellos de la nariz. Botes de cremas contó doce: de día, de noche, sérum, para el sol y unas cuantas más. El baño mostraba un orden obsesivo.

Pidió a la científica un móvil y un ordenador y que necesitaba ya el informe.

Consideró que era hora de bajar a preguntar al equipo del muerto. Echó el último vistazo al cadáver, que ya se encontraba en una bolsa negra; pronto lo vería en la morgue.

Sacó una rama de jengibre y le dio un mordisco. Tenía el pálpito de que sería lo único que comería ese sábado.

7

Delante de él había cuatro personas, todas sentadas en un sofá, apesadumbradas.

—Venga, se las presento —dijo el agente que los había congregado.

Avanzaron hasta que estuvieron frente al salón privado. Dos butacas, un sofá, dos sillas y un par de mesitas con flores y una lámpara.

El hombre señaló a cada uno por su nombre y por el respectivo trabajo que tenía en la compañía.

En el sofá, estaban Daniel Harper, el cámara del documental, junto a Sophie Miller, la productora de la cadena televisiva. En las butacas, Liam Cooper, ingeniero de sonido, y Helen Walsh, la secretaria personal de la víctima.

Cuando fue a hablar Gildo, sonó una llamada. La secretaria miró la pantalla de uno de los dos teléfonos, contestó en inglés y se alejó.

—Me gustaría interrogarles por separado —dijo Gildo.

—¿Interrogatorio? ¿Necesitamos un abogado? —preguntó Liam Cooper, el ingeniero de sonido.

Gildo negó.

—No, solo es un preliminar. Es para entender lo que ha pasado.

La secretaria colgó y se acercó al inspector.

—¿Por qué nadie me escucha? *Fucking police* —gritó la secretaria en italiano, pero con un marcado acento inglés—. Ya se lo he dicho al otro investigador.

Gildo se giró hacia la mujer.

—¿Qué es lo que le ha dicho? No recuerdo que me dijera nada.

—Le he dicho quién ha cometido esta atrocidad.

Gildo alzó las cejas. Al final, igual tenía razón Ferretti; a la hora de la cena, tendría el caso resuelto.

—Yo sé quién ha sido. Ha sido Salvatore Tarantino. Estoy segurísima.

Gildo se acercó y la miró directamente a los ojos. La mujer era de su misma estatura. Vestía un traje ceñido con falda azul y una camisa blanca. Llevaba solo un collar de perlas finas y un perfume muy fuerte.

—Creo que empezaré con usted si no le importa.

8

Helen Walsh tenía las piernas cruzadas delante del inspector, en una estancia colindante a la que estaban todos los otros componentes del equipo de rodaje del documental.

—¿Qué más necesita saber?

—Pues todo.

—Todo es mucho, por favor, sea más específico.

—Empecemos por él. Michael Lucchesi, ¿quién era?

La mujer se horrorizó.

—¿En serio no conocía al señor Lucchesi?

No le dio tiempo de responder a Gildo, el otro móvil de la secretaria sonó. Esta se levantó y, mientras caminaba nerviosa, hablaba. Cuando acabó, se volvió a sentar. De nuevo cruzó las piernas y dejó los móviles en su regazo, uno al lado del otro.

—Esto no va a funcionar así, por favor, no conteste a sus móviles o esto va a ser muy largo, y yo no tengo todo el día.

A la mujer no le gustó el comentario, pero lo entendió.

—Michael Lucchesi era presentador de televisión, cocinero y actor. Estamos en Roma para rodar un documental.

—De acuerdo, ¿sobre qué era el documental?

Ella, antes de responder, levantó la barbilla.

—*The Pizza Wars: Rome vs Naples*.

Gildo, al escuchar eso, iba a contestar sobre la respuesta al dilema, pero rectificó en un segundo.

—Hay algo parecido en las redes sociales sobre esto, ¿verdad?

Ella asintió.

—Fue Michael quien colgó ese vídeo. Fue viral al instante. Hablaba de la diferencia entre la *pizza* romana y la napolitana, cuál era la mejor y cuál era la auténtica.

Gildo recordó la imagen que acababa de ver en la habitación; el hombre con una masa en la cara y la frase en el suelo: *pizza é napoletana.*

—¿Solía hacer vídeos de ese tipo? ¿Conseguía siempre tanta repercusión?

La mujer pensó la respuesta.

—Era la primera vez.

—Se lo ha pensado.

—Tiene que considerar que Michael tenía muchos seguidores. Pero lo que pasó con esta polémica de la *pizza* se nos fue de las manos. Tanto que el canal puso sobre la mesa un contrato para que rodásemos un documental rápidamente sobre el tema y aprovechar la ola.

Gildo asintió. Observaba a la mujer, que demostraba estar afectada o, por lo menos, eso parecía.

—Entiendo —afirmó—. Antes dijo que conocía al asesino del señor Michael Lucchesi. Y bien, ¿quién cree que es?

—No, no lo creo. Lo sé —aseguró, y Gildo le indicó que siguiera—. Es el pizzero Salvatore Tarantino. ¿Lo conoce?

—¿Debería?

—Es el famoso pizzero napolitano. Bueno, es famoso porque Michael lo ha hecho famoso con sus vídeos y al mencionarlo muchas veces. Pero él nunca ha sido agradecido. Lo quería muerto, porque después de lo que pasó hace dos días… Eso sí que fue demasiado.

—Espere, señora. ¿Desde cuándo están aquí rodando?

—Unos tres días. Íbamos a quedarnos un par de días más y luego, iríamos a Nápoles. Aquí grabábamos la primera parte y, allí, la segunda.

Gildo asintió. No tenía la necesidad de anotarlo, todo lo estaba grabando en su mente, además, aquello era solo un preliminar para darle contexto al caso. Lo único que sabía era que lo había encontrado un camarero por la mañana, que había sido asfixiado por una masa de *pizza* y que tenía una enemistad con ese pizzero.

—¿Qué pasó hace dos días?

Uno de los móviles de la secretaria sonó. Lo miró y se contuvo para no cogerlo. En su expresión, se vio cómo tuvo que aplicar una fuerza tremenda para no descolgar la llamada. Apretó un botón lateral y se detuvo la melodía.

—Gracias.

Ella asintió.

—Fuimos a cenar a la pizzería del señor Tarantino y así aprovechar para rodar unas escenas. Pedimos pizzas napolitanas y romanas. Después de comerlas, llegó el dueño con una mujer que no conocíamos. Lo vimos algo alegre, digámoslo así. Se acercó y empezó a bromear. Hasta que entraron en discusión, Michael y Salvatore, sobre la mejor *pizza* de las dos. Primero, Michael le dijo que últimamente su *pizza* ya no era las de cuando lo conoció. Luego, discutieron sobre el origen de la verdadera *pizza*.

—¿Y qué pasó?

—Michael tenía razón en todo lo que dijo, sobre todo, cuando Salvatore, si no hubiese sido por Daniel, le habría dado un puñetazo.

—¿Quién es Daniel?

—El cámara.

—Entiendo.

Gildo suspiró, sabía que podía ser polémica o molesta la pregunta que iba a hacer a continuación.

—¿Se acuerda qué se dijeron ellos dos? Sobre todo, lo que dijo Salvatore.

—La *pizza* napolitana vive del *marketing* —respondió sin titubeos.

—¿Tan bien lo recuerda?

—Claro que me acuerdo. Lo tenemos todo grabado.

Gildo levantó las cejas. Lo tenían grabado, pensó. Se pasó la mano por el pelo. Eso era muy interesante.

—Necesito que no se vaya ninguno de ustedes. Se quedarán a disposición policial unos días hasta que esto se haya resuelto —dijo, y se levantó.

La secretaria también lo hizo.

—Inspector, no pierda el tiempo. Ha sido él.

—Necesito ver las grabaciones. Dígale a los otros tres miembros del *staff* que vengan mañana por la mañana a esta dirección —dijo, y le alargó una tarjeta de visita.

Ella la miró.

—Comisaría de Trastevere.

—Sí, sobre las once. Ahí tiene mi teléfono. Cuando pueda, envíeme un mensaje para tener su contacto.

Gildo, sin esperar a que contestara, se marchó.

Justo cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta, la mujer lo llamó.

—Inspector Falcone, bonita camisa.

Él sonrió satisfecho y salió.

9

Gildo tenía mucho trabajo por delante con ese caso.

Regresó a la *suite* de Michael Lucchesi. Muchos detalles se ven mejor cuando la policía científica ya ha dejado el lugar de los hechos. Cuando el silencio es el único compañero y cuando las prisas no apremian.

La habitación estaba sellada y desierta. La zona donde estaba el cuerpo ahora estaba despejada y el carro del desayuno se había retirado. El camarero había encontrado el cadáver, así se lo había indicado Ferretti antes de irse. El hombre, aparte de tener muchas ganas de que no le fastidiaran el fin de semana, tenía ganas de largarse. A lo mejor porque el caso con un famoso es mucho más incómodo que cualquier otro de los habituales. O quizá porque podía conllevar consecuencias a la capital italiana.

Fuera como fuese, ahora la patata caliente la tenía él.

Se sentó en una silla y miró la estancia. Nunca se hubiera podido permitir una habitación así. Bueno, a lo mejor sí, pensó, con el sueldo de todo un mes.

Después de ordenar las ideas, decidió irse. Bajó a la recepción y preguntó si podían enchufarle el teléfono para cargarlo.

El hombre esnob que lo había mirado mal ya no estaba y una chica joven, de ojos tiernos y amables gestos, le prestó una batería de móvil externa.

Él se lo agradeció y, cuando tuvo el mínimo de batería, consiguió enviar un mensaje a Aurelio. Se verían en un rato, en la calle de siempre.

Salió del hotel. Fuera, una patrulla de policía y dos agentes perimetraban la entrada. Los periodistas ya se habían marchado. Subió a la Vespa y se marchó. Se detuvo delante de una *pizza al taglio*.

Eligió unas porciones en formato cuadrado. *Margherita* con *rucola* y parmesano. Una de *salamino* picante y otra de *burrata*.

Se sentó en la mesa con una cerveza fresca. Eran las cinco de la tarde y, después de un desayuno ligero y un batido de proteínas tras salir del gimnasio, era lo primero que comía. Una vez devoradas las porciones, se fue directo a su cita.

La Vespa Primavera rugía por las calles de Roma. Cuando no había tráfico, le daba tiempo de ver los monumentos y fijarse en detalles de edificios que, con la prisa o el tráfico, no podía observar.

Aparcó en la calle.

Dejó la Vespa y se sentó en una mesa libre, la más lejana de la cafetería.

Esperó diez minutos y Aurelio apareció.

Se sentó al lado de Gildo.

—Desde luego que es fácil reconocerte con esa camisa.

El humor irónico del periodista, siempre era tan afilado como obvio. Aurelio, siempre bien afeitado, vestido y perfumado. Daba igual que fuera lunes, viernes o fin de semana, siempre iba vestido con un perfecto traje, gris o azul, y camisa blanca. Aurelio era todo un caballero.

—Algún día te dejaré alguna de mis camisas para darte una vuelta con ellas. Te sorprendería.

—No te preocupes, no tengas prisa con eso.

—Bueno, quiero saber una cosa, ¿cuál de las dos era la mejor?

Aurelio se extrañó de la pregunta.

—¿De qué me hablas?

—De las pizzas, la de mi madre y la de la tuya.

Él suspiró.

—La de tu madre, sin duda.

—Eres el pelota de siempre.

El periodista se apoyó la mano en el pecho y lo miró casi ofendido.

—Te digo la verdad.

Gildo llamó al camarero y pidió dos *espressos*.

—Ahora tengo una pregunta que hacerte —dijo el periodista—. ¿Se puede saber por qué te dan a ti todos los casos más mediáticos de la ciudad?

Gildo suspiró. A él también le gustaría saber la respuesta. Considerando que lo que quería hacer era vivir tranquilo y con pocos problemas, la única explicación era que los problemas lo buscaban.

—Déjate de tonterías, Aurelio. Dime qué me puedes decir de este tío.

—¿Me darás alguna información de primera mano?

—Veremos.

Aurelio suspiró.

—Michael Lucchesi. Es un tipo polémico y, entre tú y yo, cargado de dinero. No podríamos entender muchas películas y series sin este personaje. Casado y sin hijos. Cincuenta y ocho años. Tenía un programa fijo en la televisión pública del Reino Unido —dijo Aurelio, se detuvo y cambió de tono a sorprendido—. ¿En serio nunca habías oído este nombre antes? Es un referente de la gastronomía italiana en su país. Ha escrito incluso libros.

Gildo dio las gracias al camarero y cogió el café. Dio un sorbo y lo dejó en la mesa.

—No miro la televisión. Es más, hace tanto que no la enciendo que no sé si sigue funcionando.

La frase lo sorprendió. Lo pensó mejor y tampoco era tan extraño, él tampoco era un gran consumidor de televisión, solo leía los periódicos y, de vez en cuando, una película o serie, pero solo los fines de semana.

—¿Qué más me puedes decir de él?

—Poco, oficialmente, casi nada —dijo, y le guiñó el ojo.

Gildo dio el último trago. Por la plaza, pasaban turistas siguiendo las indicaciones del móvil y romanos que caminaban con prisa.

—¿Oficialmente? —repitió con tono malicioso—. Venga, suéltalo. ¿Qué has descubierto de forma extraoficial?

10

A Aurelio le encantaba que le rogaran.

—No te voy a suplicar… —dijo Gildo, dejando claro sus límites al periodista.

Aurelio tomó el café de un sorbo y se inclinó hacia el policía.

—Tuvieron una casi pelea la noche anterior con el pizzero más famoso de Roma, un tal…

—Salvatore Tarantino —afirmó Gildo—. Esto ya lo sabía, ¿tienes algo más para mí?

—¿Y sabes lo que le dijo Michael Lucchesi al pizzero?

Eso sí que no lo sabía. Seguramente, a la secretaria se le había olvidado decirlo. Y no porque no se acordara, sino porque quiso obviar esa información. Gildo había tenido la sensación de que esa mujer era muy eficiente y un detalle como el que iba a decir Aurelio lo tenía que haber obviado, no olvidado.

—Michael le dijo que lo obligaría a cerrar todas sus locales con tan solo un *post* suyo, porque era un borracho y un impostor. Y adivina qué le respondió Tarantino.

Gildo negó con la cabeza.

—Tarantino lo amenazó con matarlo. Dicen que hay personas que lo han grabado con un móvil, así que la redacción está buscando los vídeos en las redes para verlo. Cuando lo tengamos, lo publicaremos.

Los dos se quedaron en silencio; el policía miraba el cielo como si buscase en la inmensidad una respuesta.

—Es curioso —dijo Gildo—. Lo han matado con una *pizza*.

Aurelio se echó a reír, incrédulo. Luego, el policía le dio algún dato más para que lo entendiera.

Cuando acabó de explicárselo, se despidió, tenía que llegar al *food truck* para su segundo trabajo.

—¿Pagas tú?

—Pensaba que me invitabas. Ya sabes, un sueldo de funcionario del Estado no tiene nada que ver con un director de redacción —afirmó, y le guiñó el ojo.

Arrancó la Vespa y se dirigió a los Foros Imperiales.

Dejó aparcada la moto donde siempre la dejaba: en la calle paralela.

Se acercó al quiosco y entró por la puerta de atrás.

Ornella y Fiorella estaban apoyadas en el mostrador, mirando a la gente que pasaba. Aún era pronto para el servicio de la noche, pero ellas dos ya estaban listas, con las planchas calientes y las freidoras a punto.

—Mira quién viene.

Gildo resopló y puso los ojos en blanco. Después de un día como aquel, lo último que necesitaba era una noche de servicio en el Porco Miseria.

Se cambió de ropa, se colocó su bandana blanca con un punto rojo en el centro y se hizo un moño para recoger sus largos cabellos.

Fue un sábado flojo, de pocos bocadillos, pocas patatas y pocos turistas. Grupos de jóvenes en oleadas, algún rezagado turista y unos pedidos a domicilio. Cuando la hora más importante de pedidos pasó, Ornella y Gildo dejaron sola a la ayudante, Fiorella. Se cogieron una cerveza y sus sillas de playa. Dejaron la puerta abierta y se sentaron detrás de la caravana.

—¿Qué te pasa? Hoy estás distante.

Gildo dio un trago a la cerveza y se giró hacia su exmujer.

—He hablado con Marzia. Era su ex al que besó —explicó, y siguió con tono casi ofendido—. ¿Te puedes creer que se besaron en los labios? ¡Dónde se ha visto eso! Vale, estuvieron diez años juntos, pero nosotros estuvimos también no sé cuántos y no nos besamos en la boca cada vez que nos vemos.

Ella sonrió.

—¿Te gustaría que nos saludáramos con un besito? —dijo ella, sacando los morros.

—¡No! —respondió, receloso.

—Gildo, es una tontería. Si Marzia quería engañarte, no lo habría hecho a la luz del día y en su cafetería, ¿no crees?

—¡No lo sé! Esto es muy raro.

Ornella bufó.

—Eres un joven con mentalidad de viejo. No ves que esto se lleva, la modernidad es compartir, es romper el *status quo*. Es dejar de dar por sentado que todo funcionará como siempre para siempre. ¿No lo ves?

Él arrugó el ceño y miró la botella de cerveza. Dio un sorbo y pensó en sus palabras. Algún día, antes o después, todo cambiaría. Todo, de forma inevitable. Se llamaba progreso, se llamaba evolución.

Hablando con Ornella, se sintió mejor.

—Me han asignado un caso que parece fácil, pero tiene muchas capas de complejidad.

Ella asintió. A Ornella le daba igual lo que hacía, qué caso le daban, no quería saber nada, solo escuchaba lo que él le quisiera decir.

—Bueno, si es difícil, no te vas a aburrir, ¿no te parece?

—Eso creo, que no me aburriré. Es más, se me ha ido al traste todo el fin de semana.

—Vaya, pobrecito. Entonces, haz una cosa: aquí lo tenemos todo resuelto. Vete a casa y descansa, porque si mañana tienes que trabajar, es mejor que te vayas. Si no, para qué hemos contratado a Fiorella.

Él la miró a través de la puerta. A esa distancia no alcanzaba a escucharlos. La joven ayudante era muy espabilada. Tenía ganas de hacer y nunca estaba quieta. Una *rara avis* de su generación. En lugar de dar vueltas con los amigos, estaba allí, ganándose un segundo sueldo para ayudar a la familia.

Se levantaron y Gildo miró de nuevo a Ornella.

—¿Qué vamos a hacer cuando ese monstruo esté operativo? —preguntó Gildo, refiriéndose al restaurante enfrente de ellos.

En pleno Parco di Porta Capena, la empresa SPQR Food, encabezada por Daniele Aspri, alias el Vampiro, seguía levantando su venganza por no entrar en su grupo de restaurantes.

—No tienes que avergonzarte, has hecho lo que has podido. Te has peleado con el ayuntamiento, detuviste la obra, moviste todos los hilos que conocías, pero, al final, los tentáculos del vampiro van mucho más allá. Seguro que sobreviviremos.

Gildo sonrió. Esa parte de Ornella era la que más le gustaba, su optimismo que contagiaba y siempre veía una oportunidad detrás de un problema.

—Antonio, el asesor del ayuntamiento, me había asegurado que es ilegal y que no podían montar ese esperpento en pleno Foro Imperial. Pero ya ves, aquí está, vivito y coleando y a punto de abrirse.

—¿Quieres un consejo? Vete a casa, date una ducha y manda un mensaje a Marzia. Hablad y haced las paces. No vale la pena estar enfadados —afirmó Ornella, levantó la botella de cerveza y dio el último trago.

—Orni, ¿te he dicho que eres la mejor?

Ella lo miró con gesto hosco.

—Vete antes de que cambie de idea —afirmó ella.

Él se cambió, se despidió de las dos mujeres y se fue directo a casa.

Cuando Gildo caminaba hacia su Vespa, se sintió observado. No se giró, siguió caminando y no pudo ver cómo Ornella lo observaba marcharse. Su expresión era triste. Suspiró al verlo marchar; en vez de aprovechar la flaqueza en la relación de Gildo y Marzia para darse una oportunidad, hizo lo que haría alguien que realmente quiere a otra persona: darle el mejor consejo posible.

Gildo, al salir de la ducha, envió un mensaje a Marzia, tal y como le había dicho Ornella. Solo por la mañana, cuando se despertó, leyó la respuesta. Antes de reunirse con el forense para ver el informe de la autopsia de Michael Lucchesi, se tomarían un café.

11

Domingo.

El domingo es el mejor día de la semana en Roma.

Las milenarias calles de la ciudad están libres de tráfico. Las familias dan paseos en bicicleta. Los turistas caminan por las aceras como si la ciudad fuera solo suya. El aire es mejor, más respirable y sin estrés de trabajo.

En domingo se vive mejor en Roma. Lo mismo pasa en agosto, ya que los romanos consideran que la ciudad es inhabitable, por el calor y por las oleadas de visitantes; la prefieren el resto del año, con contaminación, tráfico insoportable y los fríos inviernos. Así, la dejan y se escapan a ciudades cercanas o a refugiarse bajo una sombrilla frente al mar.

Los domingos son como un aperitivo de los agostos.

A Gildo le encantaban los domingos. Para Gildo, el domingo era el mejor día si no tenía que trabajar investigando asesinatos, menos si eran de personas famosas.

Aparcó la Vespa enfrente de la Pastelería Carasole antes de lo previsto. El establecimiento tenía varios escaparates. Dentro, se veía una larga cola de personas para comprar los bollos y los pastelitos frescos. En Roma, y como en muchas ciudades de Italia, los domingos eran los días de las iglesias y de las pastelerías. Después de la comida, se celebraba con una bandeja variada de pastelitos: caracolitas de milhojas con canela y uva pasa, cucuruchos de cremas varias o de chocolate, *bignè* rellenos de crema pastelera, pastelitos de *chantilly* o tartaletas de masa quebrada con mermeladas o cremas de chocolate. Cada uno más delicioso que el anterior. Más si eran de la pastelería más famosa de Roma.

Pero la cola interminable no era solo para comprar estas *delicatessen*, sino que también se podía desayunar.

Gildo, esa mañana, tuvo suerte, encontró una mesa para dos justo al final de la terraza. Una mesa que, seguramente, pasó desapercibida para muchos.

Se apresuró a cogerla y se sentó.

Suspiró, consciente de la hazaña conseguida.

Envió un mensaje a Marzia, que no tardó en aparecer.

—Pensaba que no vendrías —dijo ella con algo de asombro mientras se sentaba.

—¿Por qué no? Teníamos que acabar una conversación, te lo prometí.

Ella se encogió de hombros.

—No sé, ¿miedo? ¿Intuición femenina? No sabría decirte.

Marzia llevaba unas mallas muy muy ceñidas y una camiseta de deporte. Llevaba una coleta y unas gafas de sol grandes y muy elegantes.

—¿Has venido desde tu casa caminando?

—¿Te sorprende?

—Es un buen trayecto.

Ella se quitó las gafas y lo miró a los ojos.

—Valía la pena.

Él sonrió.

—Espero que sí.

—Creo que sí.

—¿Crees?

—Intuición femenina.

Él volvió a sonreír.

—¿Qué desean? —preguntó el camarero con acento extranjero.

El chico, el típico estudiante que trabajaba los domingos, llevaba un elegantísimo delantal negro con el nombre de la pastelería bordado en dorado.

Marzia pidió un *croissant* de mermelada de albaricoque y un *cappuccino*.

—Lo mismo —dijo Gildo.

El chico se fue justo después de haber enviado el pedido con la *tablet*.

—Te debo una disculpa.

Gildo se acomodó en la silla.

—Ayer fui una grosera.

Gildo se alargó el cuello de la camisa. Para ese día, había elegido una con plátanos enormes y con muchas hojas de palma.

—No tenía que haber encadenado la Vespa, podías haberte hecho daño o haber sido algo más urgente, y la hubiera fastidiado.

Él bajó la mirada.

—Lo mismo digo yo, podía haber contestado, pero es que…

Ella alargó una mano.

—Lo sé, fue culpa mía. Creo que no tiene nada de malo conservar las viejas amistades.

—Claro. Pero cuando vi que os besabais, yo no sabía el contexto.

—Te entiendo.

—La verdad es que no sé, llámame anticuado, pero yo nunca he besado en los labios a una ex —dijo, y levantó los brazos mientras encogía los hombros—. Llámame viejuno o carca. Además, estoy seguro de que, si lo hiciera yo, recibiría un guantazo. Y que no quiero hacerlo, que quede claro.

Ella bajó la mirada.

—¿Qué pasa, Marzia?

—Estoy segura de que, si lo hicieras con Ornella, te sorprendería su respuesta.

El comentario le resultó de lo más extraño.

—¿Cómo dices? Ornella, ¿mi Ornella? ¿La que trabaja conmigo en el Porco Miseria?

Ella asintió mientras subía las cejas.

—¡Qué va! —afirmó con un ademán.

—Estoy segura. Instinto femenino.

Apareció el camarero con una bandeja redonda y dejó las pastas y los dos *cappuccinos*.

—Nos estamos desviando del tema —dijo él.

Ella asintió.

—Davide es mi exnovio. Estuvimos juntos muchos años, hasta que no aguantó más la distancia.

—Me lo imagino. ¿Fue cuando ganaste el premio de Miss Italia?

—Precisamente.

Gildo dio un mordisco al *croissant*; la mermelada caliente sobresalió por los laterales y por la parte superior de la pasta. La cubierta de azúcar glas contrastaba con la acidez del relleno y la redondez de la masa hecha con

mantequilla. Era una absoluta obra de arte, como todo lo que hacían en esa pastelería.

—Él vivía en el pueblo y se hartó de vivir así. Además, él creía que yo tenía mil ligues cuando la realidad era que los productores y los agentes querían abusar de mí. No lo comprendió, ni me apoyó.

—Pero quedasteis bien.

—Hace mucho tiempo de esto, y fuimos siguiéndonos la pista hasta el otro día.

Gildo asintió.

—El otro día…

—Sí. Davide ha venido a trabajar aquí, en Roma.

La noticia no le sentó bien y le provocó tos; dio un sorbo al *cappuccino*.

—¿Se ha venido a vivir aquí?

—Sí, ¿te molesta?

—No —mintió.

Ella lo miró de reojo.

—Ya.

—¿Y de qué trabaja?

—De lo suyo, de pizzero.

Gildo abrió los ojos de par en par.

—Vaya, qué oportuno.

—¿Por qué?

—Nada. ¿Dónde trabaja?

—En una pequeña *pizza al taglio* cerca de la Fontana de Trevi.

Gildo suspiró de alivio. Solo faltaba que ese hombre estuviera vinculado a todo el caos que estaba viviendo Roma; la *pizza* romana y la *pizza* napolitana. Hubiera sido una coincidencia demasiado grande. Al final, en la capital, ¿cuántas pizzerías podía haber? Miles de locales ofrecían pizzas. Al corte, redondas, cuadradas, americanas, en locales microscópicos, en *food truck* y decenas y decenas de variantes. Que Davide hubiera trabajado o estuviera involucrado con el *affaire* Lucchesi, tenía la misma probabilidad de que el papa se detuviera en el Porco Miseria a pedir una hamburguesa.

—Por cierto… —dijo Gildo después de mirar el reloj y levantar la mano—. Me tengo que marchar.

Mientras el camarero venía, Gildo sacó de su cartera un billete y se lo enrolló en la mano.

—¿Me traería la cuenta de esto y una bandeja con tres *cannoli siciliani*? —dijo Gildo, y le pasó el billete sin que nadie lo viera.

—Pero, señor, no se puede. Tiene que hacer la cola —dijo el camarero, señalando el local.

—Se puede, se puede —afirmó Gildo mientras le guiñaba un ojo.

Desde fuera, por los escaparates, esa cola representaba por lo menos treinta o incluso cuarenta y cinco minutos. Eso quería decir que llegaría tarde a la reunión con el forense.

El chico suspiró, pero lo hizo.

—Si no fueras policía, eso no me habría extrañado.

—Marzia, tengo un compromiso con el médico forense. Al final es por el bien de esta ciudad resolver este caso.

—Aún no me has dicho nada, ¿de qué va?

Él se pasó la mano por el pelo y bufó.

—Te lo explico otro día.

Ella sonrió.

—Eso quiere decir que volverás mañana a desayunar como hace… ¿semanas?

Él no contestó, solo esbozó una sonrisa tonta.

El camarero apareció con la bandejita. El papel tenía la marca de la pastelería impresa y lo cerraba un cordel dorado con un lazo. Casi parecía un regalo de una joyería más que de una pastelería.

Cuando el camarero le dijo cuánto era la cuenta, entendió que no se había equivocado, parecía una joyería tanto en la presentación como en el cobro.

Él asintió y pagó.

—A la próxima te invito yo.

—Te acompañaría a casa en Vespa, pero tengo un compromiso.

—Lo sé, gracias. Prefiero volver a casa andando, así camino un poco —dijo ella mientras le acariciaba el rostro con una expresión de cariño en sus ojos.

—Nos vemos mañana —confirmó él, y se levantaron.

Gildo guardó la bandeja de *cannoli*, tenía que apresurarse o llegaría tarde a la cita con el muerto.

12

Gildo llegó al Instituto Nacional de Medicina de Roma.

Aparcó enfrente del edificio. Era un hecho extraordinario, solo justificado porque era domingo. Un día laboral, habría tenido que buscar un lugar para dejar la Vespa casi en la estación de Termini.

Otro aspecto por el que no le gustaba acudir a ese lugar en domingo era que no había nadie. No era que Gildo tuviera miedo, ya no tenía edad de creer en los fantasmas, pero ese lugar, en ese día de la semana, transmitía mucha inquietud.

Bajó las escaleras y buscó la morgue.

Tocó la puerta y entró.

Dentro, estaba Carmelo Zanatta sentado en su silla. Estaba escribiendo. Levantó la mirada y se giró hacia la puerta. Lo miró por encima de las gafitas.

Chasqueó la lengua. A veces, esa era su manera de saludarlo.

—Yo también me alegro de verte, Carmelo.

—¡Psé! Eres un policía, Gildo, acuérdate de que no debes mentir —afirmó Carmelo con su marcadísimo acento siciliano.

—*Touché*.

—Además, yo tampoco tenía ningún interés en ver tu feo careto.

Gildo se encogió de hombros. Entró con un brazo escondido detrás de la espalda. Avanzó y se detuvo al lado del escritorio. El forense no lo dejó de mirar en ningún momento. Casi preocupado. Casi asustado.

—¿Qué llevas ahí detrás, inspector?

Gildo esperó unos instantes antes de enseñárselo. Luego, lo dejó encima de una columna de carpetas. El hombre no lo entendió. Cuando su cerebro procesó lo que podía contener ese paquete, su expresión cambió por completo.

De hastío y fastidiado, a la misma expresión que tendría un niño cuando ve el árbol de Navidad en Nochebuena.

—No te atragantes —dijo Gildo.

El forense lo cogió y se lo acercó.

—*Madonna beata*. De la Pastelería Carasole. ¿Son de hoy?

Gildo pensó que qué pregunta era esa.

—Claro, acabo de ir. Llevan diez minutos fuera de la nevera.

Carmelo, que podía pasar de los ciento cincuenta kilos, rompió el cordel con fuerza y luego, el papel; los destripó.

Al ver los *cannoli* sicilianos, cogió uno y se lo metió en la boca. De un bocado, se comió la mitad.

—Cuidado, Carmelo. Ya sabes lo que pasó en *El Padrino III* —advirtió Gildo.

El inspector se refería a cuando el padrino envenenó al traidor en la escena en la que toda la familia estaba en el estreno de su hijo como tenor.

Carmelo se detuvo un segundo de más, sin hablar, y lo miró de reojo con cara de pocos amigos.

Gildo sonrió, disfrutaba haciendo enfadar a ese hombre.

Solo entonces vio que, antes de entrar, estaba comiendo un sándwich de crema de chocolate. Al ver los *cannoli*, lo dejó de lado, encima de una columna de papeles y carpetas y periódicos que estaba justo al otro lado del escritorio.

Carmelo y los sándwiches. Los había visto de todo tipo con ese hombre. Con mayonesa y varios rellenos verdes o de pescado. Con pepinillos o con atún. Con mortadela o con mermelada. Dulces o salados. Dejados en el escritorio y dejados encima de un cadáver. Envueltos en papel de aluminio o en una bolsa transparente de pruebas de la policía. Con Carmelo, uno podía esperar cualquier cosa.

Acabado el primer *cannolo*, fue a dar un mordisco al segundo y Gildo, antes de hacerlo, tosió.

El forense se detuvo. Lo miró y dejó el *cannolo* en la bandeja.

—Está bien —refunfuñó.

Con el papel encerado de la pastelería, intentó envolver los *cannoli* y se levantó. Caminó hasta la primera nevera de la pared, justo la que tenía al lado.

Tiró de la maneta y se abrió uno de los nichos refrigerados. Lo que Gildo vio allí dentro lo dejó estupefacto.

El espacio estaba ocupado por una bolsa negra de cadáver y, en el lateral derecho, una batería de productos alimentarios. Gildo dio un paso al frente para verlo mejor. No podía creérselo. El forense usaba un nicho como nevera particular. Una mayonesa, una bandeja de jamón abierto. Un papel con una salsa roja. Un *pepperoni* a medio abrir. Una lata de refresco. Y más cosas que no pudo ver con claridad porque se encontraban detrás.

Gildo lo miró mal mientras Carmelo dejaba la bandeja con los dos *cannoli* restantes en el único espacio posible, encima de la saca negra que contenía un cadáver.

Cerró la nevera y se dio la vuelta. Se limpió las manos de *ricotta*, azúcar glas y galleta en la bata y le indicó que lo siguiera.

Gildo negó con la cabeza, sin que el otro hombre lo viera.

Abrió otra nevera y sacó el cadáver de la saca.

—Vamos a ver. Tenemos un varón de cincuenta y dos años. Blanco, caucásico y con una clara muerte por asfixia —dijo Carmelo mientras se ponía un guante de látex en la mano derecha.

El cadáver ya presentaba la típica cicatriz que recorría todo el torso en forma de Y.

—El *rigor mortis* aún no está presente, así que, lo que entiendo y por los detalles, el momento de la muerte fue la noche anterior, es decir, estamos hablando del viernes por la noche —explicó el forense, y acercó la mano a la boca de la víctima, que seguía tal y como la encontró Gildo cuando lo vio en la habitación de hotel—. Pero tengo que darte una noticia, inspector Falcone. Esto parece una broma de mal gusto, y a mí no me gustan las bromas, y menos cuando como —dijo, mirando al policía y refiriéndose a la broma del padrino de pocos minutos antes—. Lo que pasa es que la masa de *pizza* no fue lo que asfixió al fiambre, sino otra cosa…

13

Gildo lo miró con inquietud.

No era la *pizza* lo que lo había matado, eso era interesante; era lo que el asesino quería que pensara la policía o quien lo encontrara.

—¿Y qué ha sido? —dijo Gildo para que el forense lo soltara de una vez.

Carmelo enarcó las cejas y levantó un dedo.

—Otra cosa que nada tiene que ver con una *pizza* —afirmó con su acento del sur de Italia.

El forense caminó hasta su desordenada mesa, cogió una carpeta, buscó la página y se la dio al policía.

Cuando este la cogió, Carmelo le indicó un punto del texto.

—Léelo tú —ordenó—. Porque los policías de hoy en día sabéis leer, ¿verdad?

Gildo fingió no haber escuchado el comentario. Se aclaró la voz y comenzó.

—El sujeto murió por asfixia mecánica mediante sofocación. Una vez maniatado con bridas e inmovilizado, se le aplicó una almohada sobre las vías respiratorias hasta provocarle una insuficiencia respiratoria fatal. Esta hipótesis está respaldada por la presencia de restos microscópicos de pluma de oca y fibras de algodón hallados tanto en la tráquea como en el tejido pulmonar —leyó Gildo antes de alzar la vista hacia el hombre sentado frente a su escritorio.

—Sigue, sigue —pidió.

—El sujeto ha sido primero asfixiado de forma mecánica por obstrucción de las vías respiratorias y luego, le ha sido aplicada la masa de *pizza*. Posteriormente, de alguna manera, se ha semicocido para que pudiera adoptar la forma del rostro de la víctima.

Gildo cerró la carpeta y se quedó mirando al hombre.

—¿Nada de drogas, ni venenos ni barbitúricos ni nada?

Carmelo negó con la cabeza.

—En absoluto. Limpio como una patena. Lo único es que puede que se hubiera tomado una copa de vino, pero eso no es nada —afirmó—. Así que esto es todo, policía. ¿Alguna pregunta más?

Gildo dejó la carpeta en la mesa.

Se dio la vuelta hacia el famoso y se quedó en silencio.

Pensó en la *pizza*, en la máscara que cubría de forma casi completa la cara. Había un detalle que faltaba. Ahora lo veía. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? En todas las fotos, Michael Lucchesi aparecía con gafas. Llevaba unas gafas de gruesa montura de pasta negra con tres puntitos plateados en los lados y lentes de forma redonda. Las gafas resaltaban en un rostro afeitado y sin pelo. De ojos pequeños y grandes gafas, esa imagen era como una marca personal. Incluso había visto que su firma y logo era una cabeza estilizada, calva y con la silueta de las gafas.

—¿Han encontrado las gafas?

El forense cogió la carpeta y buscó todos los efectos personales que estaban en la habitación en el momento en que la científica realizó la inspección.

—Parece que no, policía —afirmó, y cerró la carpeta—. ¿Llevaba?

Gildo asintió.

—Pues se habrán roto o se habrán metido debajo de la cama o vete a saber, estarán en un lugar que la científica no ha mirado.

Gildo asintió.

—Puede ser… —dijo, y suspiró. Miró el reloj. Ya llegaba tarde—. ¿Cuándo tendré una copia del informe?

Carmelo se apoyó en el respaldo de la silla y esta crujió casi quejándose del peso del médico.

—Acabaré los *cannoli* y seguiré. Creo que para el mediodía lo tendrás. Para comer ya no estaré aquí, que he quedado. Para comer.

A Gildo lo sorprendió.

—¿Perdona? ¿Has quedado? ¿Tienes una cita?

Carmelo chasqueó la lengua y se encogió de hombros.

—Sí, una cita con una plancha de *parmigiana* de berenjenas que me espera —dijo, y se echó a reír.

Gildo pensó que era un caso perdido. Se despidió y se marchó mientras veía cómo Carmelo abría la nevera para seguir con su banquete.

Arrancó la Vespa y condujo hasta la comisaría del Trastevere. Allí lo esperaba el equipo de grabación del documental de Michael Lucchesi. Estaba seguro de que en ese equipo estaba la siguiente pista del caso.

14

El título no podía ser más acertado*: The Pizza Wars: Rome vs Naples*.

Un fenómeno de feria. Un aprovechador de tendencias. Un agitador de la cocina. Ese era Michael Lucchesi. Y la televisión inglesa lo sabía y lo aprovechaba.

Las redes sociales estaban llenas de vídeos criticando al hombre y otros tantos apoyándolo. Otros criticaban la *pizza* italiana, romana o napolitana, la que fuera, y apoyaban que la auténtica era americana. Como si los autóctonos de Boston, Nueva York o Los Ángeles la hubieran inventado y los italianos fueran los copiadores. Eso le provocó mucha risa.

Era verdad que, al final, como cocinero además de inspector de la policía de Roma, todo se reducía a un concepto parecido. Todas las culturas tenían un plato típico basado en una masa aplastada con cosas encima. *Piadina* en la Emilia-Romagna. *Taco* en México. *Msemen* en Marruecos. *Fricassé* en Túnez. *Coca de recapte* en Catalunya. *Coca de llanda* en Valencia. *Lahmacun* en Turquía. Todas las culturas tenían, pero los italianos habían sido los más hábiles de todos: habían conseguido convencer al mundo entero de que aquella mezcla de harina, agua y levadura era casi una religión.

Un nombre internacional: *pizza*. Una receta que cada uno hacía a su manera y un plato que unía culturas, tradiciones y generaciones.

Y Michael Lucchesi había conseguido despertar un tema dormido: ¿cuál era el mejor estilo?

Un hombre habilidoso en surfear una ola que él mismo había generado y que podía traer cola en forma de libros, *merchandising*, cursos y miles de cosas.

Sin embargo, a alguien no le gustó y por eso el famoso polifacético se encontraba en la morgue en posición horizontal y en una bolsa de plástico.

* * *

—¿Cuánto hacía que conocía al señor Lucchesi? —preguntó Gildo.

Delante de él, estaba la atractiva Sophie Miller, productora del documental *The Pizza Wars: Rome vs Naples*.

—Varios años —respondió, apesadumbrada.

—¿Era la primera vez que usted trabajaba con él?

Ella negó con la cabeza.

En la sala de interrogatorios, estaba ella, sentada con una camisa abrochada hasta el penúltimo botón, de color negro. Llevaba el pelo rubio largo recogido en una cola y sus ojos azules parecían dolidos.

No llevaba maquillaje, solo alguna crema carísima que le daba una imagen aún más triste.

Rozaría los cuarenta años, aunque tendría unos cuantos más.

—Llevamos dos años trabajando juntos. Bueno, llevábamos.

—¿Cómo era Michael Lucchesi?

Ella se lo pensó. Tardó varios segundos en contestar. Estaba buscando las palabras correctas.

—No, señora. No tiene que pensar, tiene que ser espontánea. Se lo repito. Tiene que contestarme lo primero que le viene —dijo Gildo con severidad—. ¿Cómo era Michael Lucchesi?

Ella bufó.

—Un genio. Alguien de quien he aprendido mucho. Tenía carácter, claro. Pero ¿quién no lo tiene?

—¿Qué más? ¿Cómo era con los demás? Los genios suelen ser también déspotas y maleducados.

Ella no se lo pensó.

—A veces era riguroso e intransigente. No le gustaba que llegásemos tarde y que nos perdiéramos en detalles inútiles. No sabría qué decirle, como todos

los presentadores de televisión. Si no son buenos y exigentes, no llegan a donde están. ¿Me entiende?

Gildo asintió. Lo sabía bien. Su madre lo era. Entendía que ser minucioso y detallista era una característica normal y necesaria para el éxito. En cambio, ser un hijo de perra no.

—¿Gritaba? ¿Tiraba cosas? ¿Tenía enemigos en el equipo? —preguntó Gildo —. Si es así, no se preocupe, de aquí no saldrá nada de lo que me diga. Es confidencial.

Ella asintió.

—Lo sé —dijo, mirándolo con sus ojos azules—. A veces era duro, dependía de cómo se despertara. Pero no definiría a Michael como una mala persona, para nada.

—No me ha contestado, señora. ¿Tenía enemigos?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que ya sabe lo que pasó con el pizzero napolitano. Casi llegan a pelearse.

—Lo sé, ya llegaremos a ese vídeo. Tengo muchas ganas y curiosidad. Me gustaría saber si cree que ese hombre podría llegar a matarlo.

—No lo sé, no soy policía.

—No quiero que lo sea. Solo que me diga qué siente, como mujer.

—Podría ser. Se enfureció y casi se matan si no llega a meterse en medio Daniel.

—¿Quién es Daniel? —preguntó Gildo.

—Daniel Harper es mi pareja. Es el *cameramen* del documental.

Gildo asintió.

—Señorita Miller, ¿sabe qué es un asesinato a sangre fría? —Ella asintió—. Existe una diferencia enorme entre un crimen impulsivo y uno premeditado. Alguien puede matar a otra persona por una revuelta en la calle o porque le ha quitado el *parking* del supermercado. Y muy distinto es esperar a la persona en la habitación para matarla. El segundo tiene una intención mucho más potente: lo ha planificado todo. ¿Me entiende?

La mujer bajó la mirada.

—Lo sé. No defiendo nada de lo que ha hecho Michael, pero no se merecía morir.

—¿Qué hacía Michael? —preguntó Gildo, y siguió con un tono más cálido, más negociador—. Necesito su franqueza para entender lo que ha pasado y meter entre rejas al culpable.

—No se merecía morir.

—En eso estamos de acuerdo, señorita Miller.

—Pero…

—¿Pero?

—Pero Michael humillaba a los demás para conseguir más visibilidad, más *share*, más contratos. Eso lo llevó a esto.

—¿A cuántos?

—A muchos. Solo hace falta mirar los *posts* en las redes sociales. Puede verlo con sus propios ojos. Tiene muchos, muchísimos mensajes, y casi ninguno visible, porque los tenemos que ocultar. Tiene *haters* y gente que lo ha acusado y amenazado de muerte.

—Vaya…

—Pero a él le gustaba eso. Creo que era un poco sadomasoquista. La adrenalina y el peligro le gustaban.

Gildo se pasó las dos manos por el pelo. Se apoyó en el respaldo y resopló. El abanico de posibilidades se abría considerablemente de repente.

No solo el pizzero, Salvatore Tarantino, era un posible candidato, sino un montón de personas más que podrían haber aprovechado la situación. Aun así, tenían que compartir un factor, porque, si Tarantino no era el culpable, el asesino debería haber sabido del altercado entre ellos y tenérsela jurada con anterioridad, y lo peor y más importante, tenía que estar listo y preparado para aprovechar cualquier excusa para ejecutar un plan premeditado y que el yugo de la justicia cayera sobre otro.

—¿Cómo recibió la noticia de que el señor Lucchesi había sido asesinado?

—Estaba en mi habitación. Ese día tenía una jaqueca terrible. Vino Daniel a decírmelo. Bajó a desayunar y se enteró de la noticia. Subió enseguida y bajamos.

—¿Dónde estaba su habitación?

—En la primera planta del hotel.

—¿Sola?

—No, con Daniel. Estamos en la misma habitación. Así economizamos.

—Claro, son pareja.

—Exacto.

—¿Y los demás?

—En las habitaciones contiguas, en el mismo piso.

—En la primera planta. Digamos que el hotel tiene habitaciones más baratas para las personas que van con los vip.

Ella asintió.

—Gracias —dijo Gildo.

Dicho eso, se levantó y le indicó que el interrogatorio había terminado.

La dejó salir y entró Liam Cooper, el ingeniero de sonido. Él era quien le enseñaría el vídeo de la pelea entre el pizzero Salvatore Tarantino y el famoso Michael Lucchesi. Cuando entró con el portátil para enseñárselo, sintió una particular curiosidad en ver cómo había sucedido todo y qué se habían dicho exactamente.

15

La tensión era palpable en el vídeo.

El nerviosismo se veía en los rostros de las personas.

En la cámara de alta calidad, se sucedían las imágenes muy rápido.

Todas las mesas de la pizzería estaban ocupadas. Todas las personas habían dejado de comer y estaban centradas en el altercado.

Del mismo modo, el grupo de música que estaba en el escenario en un lado de la sala había bajado los instrumentos. Todos estaban pendientes del espectáculo del propietario de la pizzería y del presentador inglés.

—Ahora es el momento clave —indicó Liam Cooper mientras ponía en pausa el vídeo.

Estaban sentados en la sala de interrogatorios de la comisaría del Trastevere.

Liam apretó el botón del *play* y subió el volumen.

Se escuchó un ruidoso sonido ambiente. Enseguida, Liam bajó el volumen de los altavoces y Gildo se acercó más.

Necesitó verlo un par de veces.

—Otra vez, por favor.

El inglés obedeció.

—Se escucha mal. ¿Puede mejorar el audio?

El hombre entró en el sistema del programa y movió valores hasta que creyó dar con el más afinado.

Volvió a poner el vídeo y entonces se escuchó perfectamente.

La discusión fue rápida. Las palabras y las ofensas, como las acusaciones, fueron una escalada sin control por parte de los dos.

—Eres un impostor —dijo Lucchesi.

—¿Yo impostor? —respondió Tarantino, abarcando su local—. ¿Crees que mis clientes son un *atrezzo*? ¿Son de cartón, de yeso o de papel?

—Tus pizzas están aguadas porque tu *mozzarella* de búfala es de baja calidad. Y lo has suplido con bailes, coreografía y *tarantella*.

El ambiente estaba cada vez más encendido, casi ardiendo.

Los dos estaban enfrentados. La secretaria de Michael intentaba apaciguar la escena gratuita que estaban dando. El espectáculo se estaba grabando con móviles y ella se había dado cuenta. Y también se había dado cuenta de que esa discusión no iba a ninguna parte.

—Vete de mi local.

—No pienso estar un minuto más aquí dentro.

—Eso es, vete, presentador de mierda —gritó el pizzero.

—¿Sabes qué te digo? Que la *pizza* napolitana vive del *marketing*. Ya no es lo que era. La romana se te va a comer con patatas.

Se notaba que Tarantino se estaba aguantando. Su rostro, casi del color de un tomate maduro, estaba a punto de explotar.

—Vete de mi local. Tú y tu banda de perroflautas.

Los dos se encararon a pocos centímetros.

Lucchesi, alto, delgado, elegante, sin un pelo y con gafas de pasta, miraba a su contrincante a casi un palmo por encima. El otro lo miraba sin complejo de su estatura, con complexión física que rondaba casi los ciento cincuenta kilos, pelo engominado hacia atrás y una camiseta negra con Balenciaga en oro estampado en el pecho.

—Eres un mafioso venido a menos y tus amigos han metido tanto dinero para que esto funcionara que deberás trabajar dos vidas para devolverlo.

Las últimas imágenes del vídeo eran que Tarantino le acercó a la sien la mano con el índice y el dedo corazón extendidos junto con el pulgar. La mano, simulando una pistola, acompañó la última frase que se escuchó antes de que se dejara de grabar.

—Te voy a matar, inglés. ¡Tú me has arruinado!

La imagen se detuvo.

Gildo se acercó al respaldo. Estiró los brazos por unos segundos. Necesitaba caminar y tomar un café. Eso estaba tomando una dirección poco clara. Esas frases ya las había escuchado varias veces en Roma.

Pensó en la primera frase que dijo Lucchesi: «Eres un mafioso venido a menos».

Y luego la segunda: «Tus amigos han metido tanto dinero para que esto funcionara».

Eran típicas las tapaderas de los mafiosos en restaurantes, gasolineras, tiendas, distribuidoras y empresas ediles. De todo. ¿Pero podría ser cierto en ese caso?

Apuntó a la pantalla.

—¿Por qué dijo la última frase el señor Tarantino: «¡Tú me has arruinado!»?

—Sus críticas feroces contra Tarantino tenían cierta razón.

—¿Por qué tenía razón Lucchesi? —preguntó el policía.

—Porque su calidad fue a menos. Eran amigos desde hacía tiempo, pero Michael era muy crítico con él y Tarantino no quería escuchar. Hasta que lo hizo público y este se enfadó.

—¿Por qué se enfadó si era verdad?

El ingeniero de sonido se encogió de hombros.

—Es normal que la gente no quiera que le hagan mala prensa. Michael tiene redes sociales con millones de *followers* y un mensaje suyo puede mover la vida de muchas personas.

—Una última pregunta. ¿Cómo se enteró ayer de la muerte del señor Lucchesi?

—Mientras estaba desayunando.

Entonces Gildo se detuvo en los ojos del inglés para ver la respuesta y no perderse ningún detalle.

—¿Lamenta la muerte de Michael?

El hombre no dudó.

—La verdad es que no era una persona a la que tendría como amigo, pero tampoco creo que se mereciera morir. En nuestro mundo, hay personas mucho peores que él y nunca les pasa nada. Además, ahora me quedo sin trabajo si su programa y sus documentales se cancelan.

Gildo asintió.

—¿Cree que Tarantino podría llegar a matarlo? Tenía otros enemigos.

—No pondría la mano en el fuego por nadie. En nuestro mundo, todo es posible. Yo, en sus zapatos, no descartaría a nadie. Ni siquiera el suicidio.

Después de esa frase, se creó un silencio. Ya no tenía más preguntas.

El suicidio.

Eso no era posible porque el informe forense era claro. Y un muerto no se puede poner una masa de *pizza* en la cara y secársela. Ese era otro mecanismo que no conseguía resolver. ¿Cómo pudieron cocer la masa? ¿Tenía el asesino un horno portátil?

Necesitaba pensar mejor todo eso.

Así que le dijo al técnico de sonido que el interrogatorio se había acabado.

La puerta de la sala se abrió.

—A Gi —dijo Lillo—. Siento molestarte, pero aquí hay una mujer que quiere verte urgentemente. Lo siento, pero ha insistido hasta que no he podido aguantarla más.

—¿Quién demonios es?

Por detrás, apareció una señora.

—Soy tu madre, Gildo. Dile a este pesado que me deje pasar.

16

—*Mamma!* ¿Cuántas veces te he dicho que no vengas aquí?

—Tú puedes ir al plató y yo no puedo venir a la comisaría. Es injusto.

La mujer bufó. A su lado estaba el hombre que Gildo ya había visto un par de veces.

—¿Lo ves, Ambrogio? —dijo, y dio con la palma de la mano en el pecho del hombre—. ¿Lo ves cómo está demacrado? Si no fuera por la barba, parecería un vagabundo o un hombre condenado a trabajos forzados —afirmó la madre, y dio un paso hacia adelante—. Además, siempre vas por ahí con la camisa sin la camiseta interior debajo. Es que te quieres poner enfermo y no sabes cómo hacerlo, ¿verdad? Sin entrar en los estampados de tus camisas, eso es otra cosa. Tu abuelo se está revolviendo en la tumba. Sabes cómo era él. Siempre con corbata. Hasta el domingo. Hasta cuando tenía fiebre.

Gildo puso los ojos en blanco.

—*Mamma!* Eran otros tiempos. El abuelo vivió dos guerras…

—Has visto, encima se queja —dijo, mirando al hombre—. Díselo tú, Ambrogio.

En el despacho de Gildo, estaban ellos solos. Todos los compañeros ese domingo no estaban. Solo Lillo para responder el teléfono, porque tenía guardia.

—Tu madre te quiere y quiere lo mejor para ti —intervino Ambrogio.

Gildo sonrió por dentro. En cualquier otra ocasión, se hubiera puesto hecho una furia, pero la escena surrealista que estaba viviendo hasta le estaba haciendo gracia. ¿Qué estaba cambiando? ¿Es que había crecido y madurado? ¿O lo veía de otra manera?

Ambrogio, el chófer de Teresa puesto a disposición por el canal de televisión, se había convertido, para su madre, en un hombre que hacía de

todo, y cuando Gildo pensaba en «de todo», era absolutamente de todo.

Se hubiera echado a reír, pero solo habría conseguido alargar esa situación incómoda.

Teresa levantó una bolsa térmica, la apoyó en el escritorio y preguntó:

—¿Esta es tu mesa?

—¿Pero…?

Sin que contestara, ella empezó a sacar cosas.

La mitad de una barra de pan. Un *tupper* de cristal con una salsa de tomate y unos macarrones con guisantes y otras verduras que flotaban. Luego, un segundo *tupper* con un trozo de salmón con rodajas de limón y patatas al horno. Luego, un tercero con una porción generosa de tiramisú. Un vaso, una botellita de vino con tapón hermético, un paquete de galletas y unas pequeñas vinagreras con aceite, sal y vinagre y un sobre de *parmigiano reggiano* rallado.

—El pan es para hacer la *scarpetta* en la salsa de tomate. Aquí tienes vino, postres y creo que está todo, ¿verdad, Ambrogio?

Él asintió, mientras que Gildo miraba ese despliegue de gastronomía en su mesa. Nunca había tenido tanta comida en ella.

Se alegró de no tener a nadie allí, porque se lo habrían recordado, restregado y pitorreado por años sus compañeros de la policía.

—Pues creo que falta algo —dijo Gildo.

Teresa y Ambrogio se miraron. Sus expresiones eran perplejas.

—¿Qué? —preguntó Teresa.

—¿En serio no me habéis traído una cafetera? Me habéis fallado.

La madre lo miró mal.

—Tú siempre tan gracioso, hijo.

Gildo sonrió y Ambrogio también.

—¿Es todo?

—¿Te parece poco?

—No, pero ahora tengo que seguir con un interrogatorio. Luego comeré.

—¡No! —dictaminó Teresa—. Primero, comes, y luego, el resto. ¿Qué tienes que hacer que sea tan importante como para tener que posponer la comida de una *mamma*?

Gildo tragó saliva.

—Gracias por traerlo. Estará todo delicioso, pero ahora tengo que seguir con mi trabajo. Luego lo comeré con inmenso placer —dijo, aunque consideró que todo eso hubiera servido para alimentar a una familia entera.

—Te conozco y sé que no lo vas a hacer —afirmó Teresa, y, más enérgica, concluyó—. Es más, nos quedamos aquí hasta que te lo comas. —Y se cruzó de brazos.

17

La suerte de Gildo fue Ambrogio.

Este hizo entrar en razón a Teresa. Le hizo ver que aquello no era su casa, era una comisaría de policía y que todo lo que podían hacer ya lo habían hecho. Además, su hijo no tenía 16 años, sino unos cuantos más que rebasaban la mayoría de edad.

Era la primera vez que se ponía de su lado y eso le gustó. Y lo más sorprendente fue que Teresa lo escuchó.

Dejó toda su comida *take away* del domingo en la mesa y regresó a los interrogatorios.

Siguió con el *cameramen*.

Daniel Harper. Otro que chapurreaba algo de italiano.

Daniel y Michael se conocían desde hacía casi cinco años. Era su *cameraman* de confianza, tanto que, en los platós como en los numerosos documentales que había grabado alrededor del mundo, siempre iba él.

También se enteró de la defunción esa misma mañana de sábado cuando desayunaba con los demás. Había bajado y dejado a Sophie en la habitación mientras intentaba que los fuertes medicamentos le hiciesen efecto.

Decía que era normal, de vez en cuando incluso tenía que encerrarse en un lavabo, a oscuras y frío, para que el dolor pasara. Y ese día, a media mañana, se le quitó.

El resto de información coincidía con el resto del equipo.

Con la secretaria, en cambio, el interrogatorio fue mucho más corto.

—Solo tengo una pregunta más, señorita Walsh.

—Claro, dígame —respondió con acento inglés.

—La última frase de Tarantino fue: «¡Tú me has arruinado!» —indicó Gildo —. ¿A cuánta gente arruinó con sus *posts* envenenados?

Ella ni se inmutó.

—A nadie. Solo es la envidia que este hombre tenía por el éxito de Michael.

—No tengo mucha experiencia en redes sociales, es más, no tengo ninguna. Solo me entero de lo que me dicen, pero leo periódicos y pregunto mucho. Lo que quiero decir es que la gente puede hacer mucho daño con un solo clic. Y que cuando alguien tiene muchos seguidores, puede hacer el bien y puede hacer el mal. Lo que sí he entendido es que cuando uno es muy controvertido y muy polémico, tiene más *likes* o como se llamen.

—¿A dónde quiere llegar?

—Aparte de Tarantino, ¿quién más lo quería muerto?

—Nadie.

—Hay algo que no me dice….

Si la mujer no estaba aún lo bastante erguida, se estiró aún más.

—¿Cree que quiero engañarle?

—Me temo que, si no quiere ayudarme, no se preocupe, yo tampoco.

—¿Qué quiere decir?

—Usted y su equipo no podrán irse de Roma hasta nuevo aviso.

La mujer abrió los ojos de par en par. Miró al policía y rio de forma nerviosa.

—¿Cómo dice? —preguntó con un tono desafiante—. Usted no me puede impedir marcharme.

—No se lo voy a impedir, pero si hablo con un juez, me dará la razón. Así que no hace falta que hablemos con el juez. Simplemente, tenemos que llevarnos bien. Pase en la Ciudad Eterna unos días, haga turismo y vaya de compras o quédese en su lujoso hotel. Haga lo que quiera, pero la necesito aquí unos días —dijo Gildo con ánimo de no hacerla enfadar—. Solo unos días. Usted y el resto del equipo.

—¿Ya me puedo ir?

Gildo le indicó la puerta, pero, antes de que se fuera, le pidió su teléfono por si necesitaba contactar con ella.

La mujer se fue y el minivan que los había acercado se los llevó de la comisaría en Vía Trastevere a su destino.

Gildo, en cambio, se quedó pensando un rato en la sala de interrogatorios. Tenía la cabeza embotada de tanta información y una sensación de mareo que

poco a poco se estaba apoderando de él. No tenía dudas, tenía hambre. Habría ido a un bar cerca de allí y se hubiera cogido algún bocadillo o, si hubiera tenido suerte, podía encontrar una *focaccia* o una pasta con un *cappuccino*. Se levantó y, al salir de la sala de interrogatorios, se acordó del manjar que lo esperaba en la mesa.

Llegó y la escena que vio no se la podía creer. Su comida había sido diezmada.

18

—*Porca miseria...* ¡Lillo!

Él se giró de golpe.

—A Gi, ¿cómo vas? —preguntó con unos bigotes de tomate que se le dibujaban en el rostro.

—Esa era mi comida.

El guardia de la caseta de entrada de la comisaría estaba devorándola.

—No es lo que crees, Gi. Verás, te he dejado justo la mitad de todo lo que ha traído tu madre.

Gildo se acercó y, efectivamente, se había comido justo la mitad de todo. La mitad del pan, la mitad de los macarrones con tomate, la mitad del salmón y estaba calculando la mitad del tiramisú.

—El chófer de tu madre…

—Ambrogio…

—Ese. Aparcó en una zona que no se podía. Vino la policía municipal y le estaban dejando una multa y, al verlo salir, se la hice retirar —dijo, satisfecho de la hazaña cumplida—. Así que me preguntó cómo me lo podía agradecer. Y le dije que mi mujer es una gran admiradora suya y que le haría ilusión ir al plató a verla y me dijo que sí…

Gildo negó con la cabeza.

—¿Y qué tiene que ver eso con mi comida? —dijo, divertido.

Al final, Gildo era consciente de que toda esa comida acabaría en la nevera de la comisaría y se la comería fría otro día. O incluso acabaría recubierta de moho y tirada a la basura en un par de semanas.

—Es que luego hablamos de que mi mujer es muy fan y que ojalá aprendiera de tu madre. Porque lo único que me prepara para llevar es un bocadillo de atún o una ensalada del supermercado.

Gilo se sentó en un sillón. Se abrochó el último botón y se puso una servilleta para que no se manchara su preciosa camisa de flores.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que el chófer…

—¡Ambrogio!

—Ese. Me dijo que tenía arriba comida y que podía comer. Porque usted no se lo acabaría todo.

Gildo asintió y probó los macarrones. El hambre le estaba corroyendo por dentro. A los primeros bocados, ya se sintió mejor.

Llevaba tres bocados de pasta cuando una bocina empezó a sonar en la calle.

En un primer momento, no le dieron importancia, pero, después, cuando la bocina continuó, Gildo paró de comer y le preguntó a Lillo.

—¿Cómo has dejado la garita?

—Cerrada —respondió mientras saboreaba el tiramisú.

—Puede que sea alguien que viene a la comisaría, ¿no te parece?

Lillo paró de masticar.

—*Madonna Santa*. Puede ser.

El guardia dejó todo y se precipitó a una ventana que daba a la calle para ver qué estaba sucediendo.

Del mismo modo que se había ido corriendo, Lillo regresó.

—A Gi, tengo que ir a abrir.

Gildo asintió, sin más.

Lillo corrió escaleras abajo y Gildo escuchó como abría la puerta. Luego, mientras seguía comiendo pasta y repasando ideas, vio aparecer a Lillo de nuevo.

—¡A Gi!

—¿Qué pasa ahora, Lillo?

—Han venido a verte y tienes que irte.

—Me da igual, que esperen, estoy comiendo.

—Parece urgente.

Gildo, a la segunda insistencia del guardia, no reaccionó. De repente, apareció un hombre por la puerta. Iba vestido elegantísimo. Traje gris oscuro, corbata negra, camisa blanca con gemelos, zapatos marrones brillantes, un pin

en la solapa y el pelo muy corto. Llevaba gafas de sol y era más alto que Lillo. Este, a pesar de ir con uniforme de domingo, parecía que iba en pijama.

Mientras Gildo se preguntaba quién demonios era ese hombre, Lillo lo miraba con la boca abierta y admiración.

—Soy el señor Smith, del consulado británico. ¿Es usted el inspector Falcone?

Gildo no contestó, seguía masticando los macarrones.

—Tiene que venir conmigo. El cónsul británico quiere hablar con usted. Es urgente.

Gildo cogió un trozo de pan y lo pasó por el *tupper*, rebañándolo. Luego, se lo llevó a la boca.

—¿Me deja cinco minutos para acabar? O si no, mi madre se va a enfadar mucho, y él —dijo señalando a Lillo— se lo va a chivar.

El señor Smith ni se inmutó.

—Insisto. Tengo órdenes de que tiene que venir inmediatamente. Tengo el coche aquí delante, tengo que llevarle. Es un problema diplomático. Insisto.

Gildo resopló y se limpió la boca de tomate. Cogió el trozo de pan que le quedaba y se lo llevó.

—Vamos a ver qué le pasa al cónsul que es tan urgente que no puedo ni siquiera comer —gruñó Gildo, y, al pasar delante de Lillo, le indicó su escritorio—. Lillo, llévatelo a tu casa o acábalo, me temo que mi comida finaliza aquí.

Al decir eso, tiró de la servilleta a modo de babero. Al ver que tenía aún la servilleta puesta y que había abierto al británico con esas pintas, se ruborizó.

El agente Smith levantó una ceja con un aire de asco.

19

El consulado británico estaba relativamente cerca de la estación Termini.

Al lado del museo histórico de los Bersaglieri y de la Villa Bonaparte, entre otros monumentos.

Rodeado por un lado por las murallas y por la Puerta Nomentana, el edificio era cuadrado, de arquitectura de los años setenta, en una zona verde. El Jaguar Sedan negro y con matrícula del consulado entró por la verja junto a una tanqueta del ejército militar italiano.

Aparcó justo al lado de la puerta y bajó.

Al agente Smith no le había hecho mucha gracia que Gildo comiera pan en los asientos traseros del coche. Aunque tampoco le había hecho mucha gracia a Gildo no poder terminar la comida.

La verdad era que el coche se encontraba en unas condiciones de extrema pulcritud, seguramente, más que cuando salió de la fábrica.

Bajaron y Gildo siguió al agente. En el primer piso y al final del pasillo, había un despacho presidido por dos agentes de la guardia inglesa con fusiles de mano.

Dejaron pasar a Gildo y al agente.

—Siéntese, por favor.

—Prefiero esperar de pie —replicó Gildo solo para fastidiarlo.

Miró por la ventana. Con esas vistas privilegiadas al parque, era más fácil trabajar en el centro de Roma. El verde y los árboles rodeaban el edificio y había una piscina o estanque o lo que fuera lleno de agua que lo rodeaba.

La puerta se abrió. Un hombre entró sin dilaciones. Miró al policía y siguió en dirección al escritorio. Al segundo paso, se volvió a mirar a Gildo como si se hubiese equivocado, como si fuera un error. Nadie en su sano juicio vestiría con una camisa hawaiana en domingo.

—¿Inspector Falcone? —preguntó una vez estuvo detrás de su elegante y señorial escritorio.

Gildo solo se giró.

Era obvio que era él. El agente Smith no hubiera llevado a otra persona a esa fortaleza británica.

—Por favor, siéntese —dijo, indicando la silla.

—Tengo mucho trabajo. Prefiero quedarme de pie. Me gustaría volver a comisaría lo antes posible —dijo, y miró el reloj—. Llevo un buen rato sin poder avanzar con mi investigación.

El cónsul se apoyó en la mesa con las dos manos.

—¿Ya sabe por qué le hemos llamado?

Gildo se rio.

—No me han llamado —respondió—. Me han casi secuestrado.

El cónsul ladeó la cabeza de un lado al otro, desdramatizando la situación.

—Bueno, lamento ciertas prácticas de mi equipo, pero hay cosas que son necesarias —indicó con tono afable y un marcado acento inglés—. No me he presentado, soy James Tyson, cónsul británico en Italia.

—Lo sabía, lo pone en la placa de la mesa —indicó Gildo—. ¿Qué quiere?

El hombre se aclaró la voz e indicó con un gesto al agente Smith que se marchara. Este asintió, siempre callado, siempre con sus gafas de sol puestas, y salió.

—Verá, sé que está al mando de la investigación de nuestro connacional, Michael Lucchesi. Es cierto, ¿verdad?

Gildo ni se inmutó.

—¿Podría confirmármelo?

—Es cierto.

—Bien, gracias. Veo venir un problema diplomático con este asunto. No quisiera que esto aboque en un problema mayor. Por eso quería hablar con usted y saber cómo van las investigaciones y qué podemos hacer desde aquí.

Gildo se lo pensó, aquello era muy extraño. ¿Por qué un embajador lo llamaba para decirle solo eso?

Gildo se cruzó de brazos.

—Dígame la verdad. Ni usted ni yo tenemos tiempo que perder.

James Tyson rio nervioso.

—Queremos evitar un desastre diplomático y cultural. No quiero que pase en mi mandato. ¿Está claro? —ordenó—. No conmigo. Pronto vendrán nuestros monarcas en visita oficial y no me gustaría que Italia se mostrara una vez más como un país ineficiente e incompetente también en esto. Prefiero enterrar el caso en los medios, o coger al que sea y tranquilizar a la opinión pública antes de que se extienda una psicosis o la idea de que Italia no es segura. Lo digo por ustedes y lo digo por nosotros. Además… —añadió con un movimiento de hombros mientras ponía los ojos en blanco—, la justicia italiana…

—¿Es lo que piensa?

El hombre negó con la cabeza.

—Digamos que he hecho varias llamadas a personas importantes de Roma y creemos que es la vía que hay que seguir.

—Es decir, si lo he entendido bien, prefieren que un inocente vaya a la cárcel y acallar a los periódicos antes de que el culpable verdadero sea llevado ante la justicia, si es que esto nos lleva un poco más de tiempo. ¿Es eso?

El hombre, elegante en cada gesto, asintió satisfecho. Antes de que Gildo pudiera responder, levantó un dedo y lo interrumpió. Con la otra mano, apretó un botón en el interfono de su escritorio, también elegante, también inglés y también ordenadísimo.

—Té para dos —ordenó—. Que sea completo, por favor.

Al soltar el botón, levantó la mirada a Gildo.

—Sabe qué hora es, ¿verdad? —preguntó, elegante y afable.

Gildo no miró su reloj. ¿Qué le pasaba a ese hombre?

—Son las cinco de la tarde, inspector Falcone. Es la hora del té. Me hará compañía para tomarlo. También habrá pastas de té de mantequilla.

—Prefiero el café y volver a trabajar.

La respuesta no le gustó. Al cónsul no le gustaba que las personas le dijeran que no. Estaba acostumbrado a que todos aceptaran sus invitaciones y que hicieran lo que él decía.

—Es más, me gustaría irme.

El hombre de detrás del escritorio se colocó de lado y, apoyándose con una mano, cruzó las piernas.

—Espero que siga mis recomendaciones.

Gildo, por primera vez desde que había entrado el cónsul, dio dos pasos hacia adelante, hacia él.

—¿O si no?

El hombre inglés siguió firme.

—Usted es joven, es lo mejor para todos, créame.

Gildo se tomó un segundo para responder, mirándolo a los ojos intensamente.

—¿Ya me puedo marchar?

James Tyson esperó un instante y luego, en la consola encima de la mesa, apretó un botón.

—Que venga el agente Smith.

Gildo caminó hacia la puerta.

—No hace falta que llame a *macho man*. Sé cómo salir. Gracias.

Al abrir, se encontró al agente Smith de frente. Su rostro era el mismo que cuando lo vio por primera vez, hacía una hora, y que cuando lo había dejado pocos minutos antes. Siempre igual, siempre impasible.

—Mejor que le acompañe nuestro agente, por si se pierde.

Gildo, sin girarse, concluyó:

—Imposible perderse.

El agente Smith lo escoltó hasta el Jaguar. Los asientos traseros ya estaban limpios, sin las migas de pan que había dejado el invitado. Gildo, para fastidiarlo, hubiera vuelto a comer un trozo de pan, mejor aún, un trozo de pan seco, del que deja muchas más miguitas. O una *crostata*, pero no tenía nada. Era más, lo único que tenía era hambre. Pensó en todo lo que le cocinó su madre para comerlo en un domingo de trabajo. Se preguntó si se le escapó darle las gracias.

Cuando llegó a la comisaría, ya estaba cerrada. Todos los comercios de la calle estaban cerrados. En un domingo por la tarde, casi de noche, todos en esa zona estaban descansando.

Arrancó la Vespa y se fue al único lugar donde le faltaba ir. Tenía la imperiosa necesidad de saber cómo era el pizzero Salvatore Tarantino y cómo era su pizzería. A pesar de que ya la había visto en los vídeos, en persona siempre era otra cosa. Así que aceleró y se fue directo al local de Tarantino.

20

A pesar de ser las siete de la tarde, la entrada de la pizzería ya presentaba una cola.

Gildo aparcó la Vespa cerca de la entrada, justo al otro lado de la calle céntrica. Próximo al Vaticano, la horda de turistas que salía de los museos, hambrienta, se juntaba en la cola. Parecía una inauguración o la venta anticipada de un móvil. Nada de todo eso. Lo más seguro era que la polémica y la pelea con Michael Lucchesi le hubieran dado más notoriedad.

Después del vídeo *trending topic* del presentador inglés sobre si era mejor la *pizza* romana o la napolitana, allí estaba el segundo fenómeno mediático, un flaco favor a la pizzería.

Decidió quedarse sentado en el sillín de la Vespa hasta que el local hubiese abierto sus puertas.

Michael Lucchesi había muerto de la manera menos ortodoxa que se podía imaginar. Aunque el asesino cometió un error: pensar que la policía creería la idea de que había sido asfixiado con una *pizza*. A pesar de que las partículas de plumas encontradas en los pulmones revelaban una muerte por asfixia por una almohada, la idea estaba bien pensada. El mensaje del asesino era que lo había ahogado la *pizza*. Y esta representaba su ego, su arrogancia. No era una simple masa de pan, no era un simple mensaje.

Y, además, la frase al lado era sensacional*: pizza é napoletana.*

Escrito en harina.

Harina, *pizza*, *napoletana* y una masa.

Elementos que no dejaban nada a la interpretación, nada de conjeturas, solo hechos y venganza. No eran pesquisas, eran una autopista para encontrar al asesino.

La venganza era un plato muy típico de la sangre caliente de Roma y de Italia.

¿Pero quién?

¿Quién mató al presentador británico?

¿Tarantino? ¿Alguien lo ayudó? ¿Un sicario? ¿Otro pizzero que pudiera sentirse salpicado?

Las puertas de la pizzería se abrieron y, poco a poco y con un cierto orden, fueron entrando.

Gildo miró a su alrededor y cuando consideró que era el momento, fue hacia el local.

Caminó lento, analizando.

La pizzería tenía un rótulo grande sobre la puerta.

Entró y le llegó un extraordinario olor a harina caliente y a horno a leña. Con un perfume de ese tipo, ¿a quién no le hubiera entrado mucha hambre?

Una mujer, que estaba detrás de un atril de madera, le preguntó si tenía reserva.

Al decir que no, ella dijo que ya no tenían mesas disponibles.

Sonrió y sacó la placa de la camisa floral de forma discreta.

—Necesito hablar con el señor Tarantino, es muy importante.

La señora se asombró por la placa.

—Lo siento, pero el señor Tarantino no se encuentra hoy aquí.

—Bien, ¿lo puede llamar?

La mujer se lo pensó un segundo. Miró detrás de Gildo y luego en otra dirección, como si buscase a alguien.

—¿Está aquí? ¿A quién busca?

—Lo siento, pero solo el encargado tiene su número personal y lo estoy buscando —dijo, salió de detrás del atril donde apuntaba las reservas y le pidió que la siguiera—. ¿Quiere esperar aquí? ¿Quiere tomar algo mientras tanto?

Él se acercó a la barra y no aceptó nada.

Se quedó observando a la mujer, que regresaba a su lugar para esperar a los clientes. Mientras, se iba comunicando con alguien por el auricular que llevaba puesto. Apretaba el botón, hablaba, esperaba una respuesta y lo miraba. Así un par de veces.

El establecimiento estaba casi completo ya solo al abrir. El escenario estaba vacío aún. Un cartel indicaba que la música en directo empezaba a las siete y media. Recordó el vídeo que Liam Cooper le enseñó por la mañana. Entendió en qué mesas estaban y desde qué perspectiva se había tomado.

Los primeros pedidos empezaban a llegar y el horno de pizzas empezó a estar cargado.

—*Buona sera* —dijo el hombre—. Me ha dicho mi compañera que busca al señor Tarantino.

Gildo sonrió.

—Lo lamento, pero no está aquí.

—Vaya, qué lástima. No sé por qué, pero me lo esperaba.

El hombre se encogió de hombros.

—Lo siento, pero no suele venir por aquí.

—Claro, claro —respondió con educación, simulando ser un policía calmado e incluso un poco tonto—. Necesitaría hablar con él. ¿Cuándo sería posible?

El hombre no supo qué responder.

—La verdad es que no lo sé.

—Necesito que le dé esto —dijo Gildo, alargándole una tarjeta de visita—. Quisiera que mañana por la mañana me llamase al móvil para vernos. Ya sabe, de forma amistosa.

—¿Amistosa? —preguntó el encargado.

—Claro, no quisiera que el juez emitiese una búsqueda y captura. Ya sabe, televisiones, periodistas, etc., o que la policía venga al restaurante y nos pongamos tontorrones con el restaurante patas arriba.

El hombre se quedó en silencio, las alternativas no le gustaban.

—Haré que el señor Tarantino lo llame mañana por la mañana.

Gildo sonrió.

—¿Algo más?

Gildo ya lo había pensado y se lo preguntó. Accediendo a eso, hubiera ganado varios días de investigación.

—Necesitaría dos cosas: una masa cruda de vuestras pizzas y una muestra de la harina que usáis para elaborarlas.

El encargado dudó.

Gildo vio cómo los pensamientos del hombre cambiaban; pareció que iba a acceder a dárselo, pero cambió de idea.

—Lo siento, no puedo. Prefería que regresara mañana con una orden judicial. Lo siento, pero los abogados del señor Tarantino no son muy comprensivos —dijo con toda la delicadeza que pudo.

Gildo sonrió con amargura. El hombre tenía razón, no podía obligarlo a nada sin el permiso de un juez. Y, además, se lo había dejado claro, los abogados del señor Tarantino tenían que ser temibles. Seguramente, no quería perder su puesto de trabajo para hacer un favor a la policía.

—Pero podemos invitarle a un agua o a una cerveza —indicó, ingenuo y con afán de arreglar lo que era ya imposible.

Gildo se despidió y salió.

Mientras se marchaba hacia la Vespa, se cruzó con un hombre con unas pizzas en una caja. Humeaban, una de ellas debía llevar cebolla y atún. Una de sus preferidas.

Recordó un detalle del vídeo, el señor Michael Lucchesi le espetó a Tarantino que estaba apoyado por mafiosos. Eso podía tener una cierta coherencia con lo que había mencionado el encargado. Si estaba respaldado por la criminalidad, estaría también protegido por ella.

Se sentó en la Vespa y se dio cuenta de una cosa. Al lado había otra pizzería, seguramente, de donde salieron las pizzas para llevar que se acababa de cruzar.

Ese fue el detonante de la idea. Bajó de la Vespa y regresó a la pizzería.

21

Asombro.

Al volver a verlo, la chica de la entrada sintió asombro.

No hacía falta que dijese nada. Su expresión era de: ¿qué diablos hace aquí de nuevo?

Gildo sonrió y no se dejó intimidar.

—¿Hacéis pizzas para llevar?

Ella asintió con la cabeza.

—Perfecto, una margarita para llevar, por favor.

La mujer no supo bien qué tenía que hacer. Toqueteó la pantalla que tenía delante y lanzó el pedido.

—Son quince euros.

Gildo levantó la mirada de golpe.

—¿Perdona? Puede que te hayas equivocado.

—No, la margarita son quince euros.

—Pero si una margarita vale siete u ocho euros. ¿Cómo va a valer aquí quince? ¿Y qué vale una con trufa? ¿Cuarenta?

—Cincuenta y cinco. Con trufa fresca de Alba. ¿Quiere esa?

—¡No! No pienso pagar eso, por ese dinero me voy a Alba a buscarla.

La mujer resopló.

—¿Quiere o no la margarita?

Gildo asintió y se ruborizó. Era un atraco a mano armada. Una simple *pizza* margarita con solo *mozzarella* y un par de hojitas de albahaca.

Era verdad que allí no se pagaba por la comida, sino por el ambiente de lujo. Por quince euros, se convertía en la *margherita* más cara de Roma.

Cuando la tuvo, se la llevó hasta la Vespa. Conducir una moto con una caja de *pizza* tenía dos posibles consecuencias: estrellarse o ponérsela entre los pies,

en posición vertical y que toda la *pizza* se fuera a un lado. La solución más ideal era comerla por la zona. Dejó la Vespa y caminó hasta un banquito que estaba justo al lado de la fuente del Via Borgo Pio. Se sentó y abrió la caja.

El vapor, que olía a tomate y a *mozzarella*, le envolvió la cara. Tuvo que admitir que tenía una pinta extraordinaria. Un borde muy muy crujiente y un sabor sublime.

No sabía si esa era la mejor *pizza* napolitana de la capital, ni si era mejor que las romanas. De lo que sí estuvo seguro fue que tenía tanta hambre que le pareció la mejor en mucho tiempo. Comió sentado como un turista. Viendo las personas que pasaban por la calle y se dirigían a casa o a un restaurante.

Cuando le quedó una porción pequeña, la guardó, aunque se la hubiera comido y, si hubiera pedido otra también.

Regresó a la Vespa; era hora del Porco Miseria.

Tenía la costumbre de que cuando llegaba al *food truck*, se fijaba en la gente que paseaba por los Foros Romanos. Esa tarde noche del domingo había poca gente. Podría ser por un partido, por un evento que no conocía o por cualquier otra cosa, lo cierto era que se cruzó con muy pocos transeúntes. Y eso tenía una consecuencia directa, que del Porco Miseria saldrían pocos bocadillos.

Aparcó cerca y fue caminando hasta el puesto.

Fiorella lo saludó primero. Ornella se giró y salió por la puerta de atrás.

—No hace falta que te quedes —dijo, algo abatida.

—¿Qué pasa, hoy tampoco? —dijo Gildo, refiriéndose al trabajo.

Ella se encogió de hombros.

—Vendrán momentos mejores, ya verás.

Gildo indicó el mamotreto que estaban construyendo enfrente.

—Seguro…

Ella se giró hacia él.

—¿Has comido?

—Una margarita en la calle.

Ornella sonrió.

—¿Es que te han desahuciado de tu piso?

—No, es una larga historia.

Ella asintió y alargó los brazos, le arregló el cuello de la camisa, que se le había puesto mal.

—¿Qué tal con Marzia?

Él le explicó que había seguido su consejo y que habían desayunado juntos.

—¿Ves? Si cuando me haces caso… —dijo sonriendo mientras le daba una palmada en el hombro.

Gildo bajó la mirada.

—Gracias.

Ella hizo un ademán, quitándole importancia.

—Escúchame, esto está controlado, vete a casa. Nos vemos el miércoles, que hay el concierto ese. Y entonces sí que te necesitaremos.

Gildo suspiró, se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Eres la mejor. Gracias.

—Venga, vete antes de que cambie de idea.

Gildo sonrió y regresó a la Vespa. Arrancó y se marchó.

Ornella regresó a la caravana convertida en restaurante.

—La verdad es que el jefe es muy guapo —comentó Fiorella.

Ornella se giró como si le hubiera pisado un pie o un escorpión la hubiera picado.

—¿Él sabe que sigues enamorada? —añadió Fiorella.

Bajó la mirada, el comentario la dejó sin aliento.

—¿Cómo, qué dices? Nosotros estuvimos…

—Sí, ya, blablablá. Claro. Pero no he dicho eso —insistió Fiorella.

—¿Lo dices porque te gustaría probar? —preguntó Ornella, y levantó un brazo—. Si quieres dar un paso adelante, es todo tuyo.

Fiorella se acercó a la jefa y le dijo cerca del oído.

—Te equivocas, a mí me molan las chicas y nunca pondría los huevos en la misma canasta. Lo que digo es que a lo mejor sigue enamorado de ti. Ya sabes…

Ornella ladeó la cabeza.

—Hay otra mujer en su vida. Y así está bien. Nuestro amor se apagó y allí se quedó, atrás, dejando espacio a una nueva relación entre nosotros.

—¿Una nueva relación? —preguntó Fiorella—. Menuda bobada has dicho, jefa. ¿Y qué relación es esa?

—Una amistad preciosa.

—¿Estás segura? A lo mejor deberías decirle lo que sigues sintiendo por él.

Ella negó con la cabeza.

—Si hiciera eso, lo más probable es que se estropeara lo que tenemos.

—Perdona que me meta donde no me llaman, pero… ¿qué es lo que tenéis?

Ornella suspiró y miró por la ventana del *food truck*. Un grupito de asiáticos se acercaba y parecían hambrientos.

—Este chiringuito, ¿te parece poco?

—¿Crees que soy tonta? Veo cómo lo miras, cómo lo tratas, cómo lo observas de reojo. Si parecéis escolares. Lo que deberías hacer es coger el toro por los cuernos y actuar.

Ella se lo pensó. No le desagradaba la idea, pero el miedo la detenía. Las esperanzas que tenía eran entre pocas y nulas.

Los asiáticos se acercaron y empezaron a pedir. La caja empezó a sacar *tickets*, los hornos, *focaccias* y bocadillos, y las freidoras, patatas con sabor a trufa. Entre pedido y pedido, Ornella pensaba en las palabras de Fiorella y una pregunta la empezó a atormentar: ¿podrían tener una segunda oportunidad?

22

Lunes.

Gildo empezó la mañana siguiente haciendo una visita sorpresa.

Bajó las escaleras de la morgue y se fue directo a la sala de Carmelo.

Tocó la puerta y pidió pasar.

—¿Qué te pasa, Gildo, es que en comisaría ya no te soportan y me vienes a tocar los cojones aquí?

Gildo sonrió de forma circunstancial.

—No, tranquilo, solo estoy de paso.

El hombre pensó un segundo mientras miraba el techo. Se estiró y la silla crujió debajo de su peso.

—Inspector, creo que nunca te has presentado aquí un lunes por la mañana. ¿Qué ha pasado?

Gildo enseñó la caja de *pizza*.

—*Mamma mia*… Ayer, *cannoli siciliani*, hoy, *pizza*. ¿Qué está pasando?

—No te pases, ya tuviste bastante con los *cannoli*. Por cierto, ¿te los comiste todos o has dejado alguno para hoy?

—Antes de que arrancaras la Vespa al salir de aquí ya no estaban.

—Lo suponía.

Gildo dejó la caja en la mesa y abrió la tapa. En ella, una porción de margarita era lo único que había.

El forense la miró y levantó la vista, casi ofendido.

La porción estaba reseca, con la punta levantada, y la *mozzarella* se había puesto de un transparente blanquecino.

—Necesito dos cosas.

—Empezamos mal. Ya vas con exigencias, Falcone.

Gildo hizo caso omiso del comentario.

—Necesito un análisis completo y exhaustivo de la masa que el británico tenía adherida al rostro. Quiero una caracterización físico-química completa: perfil de proteínas, contenido de gluten, grado de hidratación, salinidad, tipo de fermentación, presencia de levaduras, trazas de aditivos y cualquier residuo compatible con harina industrial o doméstica. —Gildo señaló entonces la *pizza* que llevaba consigo—. Y después necesito el mismo análisis comparativo sobre esta muestra. Quiero saber si ambas masas proceden de la misma harina, de la misma elaboración o, al menos, del mismo tipo de producto. En otras palabras: quiero saber si coinciden.

Carmelo levantó la mirada y buscó la mirada de Gildo.

—Para lo que me pides, con una miga es suficiente…

Gildo puso los ojos en blanco.

—¿Por qué lo dices, Carmelo?

—Es una *pizza* y sería una lástima tirarla, ¿no te parece?

Gildo bufó.

—Eres increíble. ¿Piensas en algo más que en la comida?

—En las únicas personas que me entienden y que yo entiendo: los muertos.

Gildo negó con la cabeza y se dio la vuelta.

—Falcone, no me has contestado, ¿qué hago con esto?

Gildo, ya por el pasillo, le contestó.

—Haz lo que quieras…, pero lo necesito rápido. Muy rápido.

Carmelo se pasó la lengua por los labios. Eso era lo que quería escuchar. Cogió la caja y la guardó en la nevera más cercana, en medio de las mayonesas, mermeladas y demás cosas. Apoyó la caja justo encima de una bolsa negra.

—Perdona, Teodor, pero es que no sé dónde ponerla.

23

Si no hubiera sido por su Vespa, Gildo no habría llegado tan pronto a la comisaría esa mañana. Ni habría podido pasar por la morgue.

El tráfico de los lunes por la mañana era el peor, solo por detrás de los viernes por la noche.

Roma despertaba de un paréntesis de fin de semana.

Era una mañana calurosa y predecía que sería un día casi veraniego, casi de agosto.

Aparcada la Vespa, fue directo al Lèttere Caffè.

Entrar le supuso un extraño efecto. Hacía varias semanas que desayunaba en otro lugar. Ahora, después de hacer las paces con Marzia, ya regresaba a lo que más le gustaba, su rutina.

Se acercó a Marzia. Estaba de espaldas, haciendo cafés para otros clientes.

—*Buongiorno* —dijo Gildo.

Ella se giró y, al ver que era él, se le iluminó el rostro.

Marzia estaba guapísima, como siempre, como el resto del año. Con sus pantalones tejanos apretados y una camiseta negra debajo de un delantal de cuero. Pelo en coleta y una mirada que lo sedujo al instante.

—¿Cómo estás?

—Me alegro de verte de nuevo por aquí.

Gildo suspiró y le guiñó el ojo.

—¿Puede ser lo de siempre? Bueno, mejor dicho, lo que era siempre.

Ella le devolvió el guiño y le dijo que se lo llevaría a su mesa. A la mesa de siempre, la última de la derecha.

Gildo se sentó y esperó su manjar. Como siempre, un *croissant* de mermelada con un *cappuccino*, luego, a los pocos minutos, un *espresso* y otro al rato.

Mientras estaba acabando el primer *espresso*, vio cómo llegaba un coche con cristales oscurecidos. Se detuvo delante de la comisaría y, de los asientos traseros, bajó un hombre trajeado.

No hacía falta ser Sherlock Holmes ni el teniente Colombo para entender que ese hombre representaba problemas y que lo esperarían en el despacho del comisario.

El hombre entró y el coche se quedó delante de la comisaría.

Gildo se cruzó de brazos.

Cuando Marzia apareció con el segundo *espresso*, no le dio tiempo de beberlo porque su teléfono empezó a sonar.

No contestó. Era la comisaría.

Cogió el café y cuando sus labios tocaron el líquido, apareció Lillo. Sin mirar si algún coche pasaba por la calle, cruzó.

Tenía una mano levantada, como si Gildo aún no lo hubiera visto.

—A Gi, te he llamado.

Gildo acabó el café y bajó la tacita.

—Lo sé, pero estoy desayunando.

—El comisario, Gi, el comisario —gritó con una respiración entrecortada.

—¿Qué le pasa? ¿Le ha dado un infarto? ¿Se le está quemando el despacho? Para eso llama a los bomberos, ¿no te parece, Lillo?

El hombre tragó saliva y negó con la cabeza.

—Que no, que no. Que necesita verte.

—¿Verme? ¿Ya? ¡No son ni las nueve de la mañana!

—Un hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores. Tienes que venir. El comisario está gritando dónde estás y por qué no contestas al teléfono. Por favor, ven enseguida.

Gildo levantó las cejas. Conocía muy bien ese estado anímico del jefe. Bajo presión, con los jefes que lo estrujaban y sin sus respuestas. Una pequeña parte de él disfrutaba verlo sufrir. Ese hombre, supuestamente del ministerio, debía traer órdenes de los de arriba. Pondría la mano en el fuego a que ese individuo era quien había hablado con el cónsul británico, o bien el emisario, el correveidile de turno.

—Por favor, debes ir o lo pagará conmigo.

—Lillo, no te preocupes, Roma no está ardiendo. Pago y voy… —dijo para que se tranquilizara—. Necesitas hacer ejercicio, Lillo, no puede ser que estés cansado por correr veinte metros.

El agente de la recepción se tranquilizó y regresó a su puesto, esta vez mirando la calle antes de cruzarla.

Gildo así hizo, pagó y se marchó directo al despacho del comisario.

Lo primero que pensó fue que era curioso, esa mañana, el despacho de Er Bufa sí que tenía las ventanas abiertas, pero también que, inexplicablemente, no olía a tabaco.

—Erme, siéntate, por favor.

Gildo se sentó en la otra silla vacía, al lado de la visita. Otro punto extraño: su gentileza inusual e inesperada.

—Te presento al señor Rossi.

Gildo asintió y el otro le tendió la mano. Gildo se la estrechó.

—El señor Rossi ha venido para darnos una buena noticia…

No tenía mucha práctica en visitas del Ministerio de Asuntos Exteriores, pero, de esa visita, esperaba de todo menos buenas noticias. Como máximo, malas noticias bien vestidas para dar una falsa imagen de buenas.

Gildo subió las cejas y miró aún con más intensidad al hombre.

—Ya hemos encarcelado al asesino de Michael Lucchesi —dijo con orgullo.

Creyó no haber entendido bien.

—¿Cómo dice?

El comisario se lo repitió. En efecto, lo había entendido perfectamente.

—Vaya. Pensaba que el caso lo llevaba yo. ¿Qué ha cambiado? —preguntó con una cierta malicia.

24

El hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores se aclaró la voz.

—Inspector Ermenegildo Falcone, me parece muy preocupante que haga esta pregunta —dijo el señor Rossi con un tono arrogante—. Después de llevar el caso todo este tiempo, ¿aún no había llegado a la conclusión más obvia y veraz?

Gildo se quedó sin palabras. Podría hacerse el valiente y el presuntuoso y decir que él ya tenía el caso dominado y que podía haber llegado al asesino solito, pero optó por hacer justo al revés.

—No llevo con el caso ni cuarenta y ocho horas. ¿Qué es lo que se me ha escapado?

El señor Rossi ladeó la cabeza.

—Vamos bien… —dijo con condescendencia—. Lo que no nos esperábamos era que usted no lo viera enseguida. El caso del ciudadano británico es de manual —dictaminó.

—¿De manual?

El señor Rossi tenía el cuello muy recto. Tendría unos cincuenta y pico años, delgado y con ojos saltones. Se veía muy confiado y, seguramente, muy asqueado de estar hablando con gente de la plebe como ellos dos. En su cabeza, tenía cosas mucho más importantes que pasarse por la comisaría del Trastevere.

—Un hombre amenaza a otro y lo mata. Punto. ¿Qué es lo complicado?

Gildo asintió.

—¿Me está diciendo que han arrestado al señor Tarantino?

Rossi asintió.

—Vaya, qué eficientes. ¿Quién lo ha arrestado?

—La policía, quién si no.

Gildo se esforzó en sonreír.

—¿Me refiero a qué agentes? ¿De qué comisaría?

—Los de la comisaría Palazzo di Giustizia.

Gildo asintió.

—Pensaba que la comisaría del Trastevere era la que estaba encargada del caso… —dijo, y se giró hacia el comisario—. ¿No era así, jefe?

—Eso es, pero ante su incapacidad e… —dijo Rossi, y miró a Gildo de arriba abajo, deteniéndose sobre la camisa hawaiana de flores de color lila— incompetencia, se les han adelantado.

Gildo asintió.

—Entonces —dijo Gildo, y se sentó en la punta de la silla—, déjeme entender una cosa, ¿por qué me lo encargaron a mí en principio?

—No fue una decisión mía —respondió Rossi.

Gildo se giró.

—Comisario…

—Lo importante es que el caso esté resuelto, ¿verdad, señor Rossi? De esta forma, todos contentos. Ermenegildo es un muy buen inspector, ahora se podrá concentrar en otros casos, ¿verdad?

—Efectivamente, comisario Espósito —afirmó, mirando a Gildo—. Caso cerrado y listo.

Gildo y Rossi se miraron varios segundos, sin decir nada, estudiándose.

Gildo entendió todo a la primera, pero no estaba conforme. La verdad podía ser esa, no tenía la certeza absoluta. El pizzero, el famoso Salvatore Tarantino, podía haber matado al británico, pero tenía que llegar hasta el fondo de la cuestión. Necesitaba confirmación, necesitaba saber si en la cárcel estaba la persona correcta o, en caso contrario, el caso no le dejaría dormir por el resto de sus días.

Gildo asintió.

—Solo le pido un favor.

El señor Rossi arrugó el ceño.

—¿Cuál?

—Quisiera hablar con ese hombre.

—Está recluido, el caso cerrado y usted está libre de todo tipo de obligación. ¿Me ha entendido?

Gildo sonrió.

—Lo entiendo perfectamente, solo le pido un favor por la molestia. Ya que me ha llevado un fin de semana perdido, pido verme con ese buen hombre, ¿cinco minutos? —dijo Gildo, y se encogió de hombros—. Creo que es lo mínimo, ¿verdad?

El señor Rossi se levantó, se abrochó el botón de la americana y dijo:

—Veré lo que puedo hacer.

También Gildo se levantó y, con un gesto rápido, cogió por la muñeca al señor Rossi, fuerte y de forma inesperada.

—Creo que se ha equivocado de persona. No lo dejaré marchar con un simple «veré lo que puedo hacer». Quiero hablar con Tarantino, a solas, cinco minutos, esta mañana, y usted me lo garantizará.

Hubo un silencio incómodo en el despacho del comisario.

Los dos hombres se quedaron mirando; Gildo, agarrando la muñeca del otro.

—Erme, ¿es que se te ha ido la olla o qué?

Los dos siguieron mirándose como si el comisario no existiera.

—¿O si no? —preguntó el señor Rossi.

—Solo quiero la verdad. Tengo amigos que también la quieren y que, para políticos como vosotros, pueden ser un grano en el culo.

—¿Es una amenaza? —preguntó Rossi.

—Cinco minutos o este caso explotará en vuestra cara. Y me encargaré de que el cónsul británico sepa que el gilipollas de turno has sido tú —dijo Gildo, serio—. Y no es un farol, tengo su número de móvil. Me lo dio ayer por la tarde.

—Suélteme el brazo.

—Cinco minutos.

—¡Suélteme!

Gildo lo hizo y el político se masajeó con la otra mano la muñeca que le había agarrado.

—Comisaría Palazzo di Giustizia . Cinco minutos. Si sale ahora, cuando llegue, ya lo estarán esperando —esputó como si fuera su propia condena a muerte—. Ni un minuto más.

25

Tarantino entró por la puerta.

Miró perplejo a Gildo. Le pareció fuera de lugar y casi increíble que ese hombre llevase una camisa hawaiana con flores lilas allí dentro.

—Alguacil, ¿qué es…? —preguntó Tarantino mientras la puerta detrás de él se cerraba.

Gildo activó el cronómetro en el teléfono. Consiguió llegar a la comisaría Palazzo di Giustizia en media hora. Aparcada la Vespa, entró y, ante su sorpresa, un agente de la policía lo estaba esperando. El Señor Rossi lo había llamado e informado del acuerdo.

Lo acompañó a una sala de interrogatorios sin cámaras, sin habitación de grabación detrás de un espejo. Era una sala de las que usaban los abogados. Confidencialidad absoluta. El señor Rossi había mantenido su palabra. Gildo había tocado la peor de las teclas, la noticia que reventara en un periódico, esa era la peor moneda de cambio entre la justicia italiana y el consulado británico.

—¡Escúcheme! Solo tenemos cinco minutos —afirmó Gildo.

Esa expresión llamó la atención del hombre. Iba esposado y vestía un pijama de Calvin Klein negro, unas zapatillas Adidas y unas marcadas ojeras. Allí estaba delante de él el hombre que según las fuentes oficiales era el culpable de la muerte de Michael Lucchesi.

—¿Quién narices es usted? ¿Un detective privado, un periodista o un payaso? —preguntó Tarantino.

—Me llamo Gildo Falcone, soy inspector de policía y… —dijo, sacando de su camisa lila la placa— soy la única persona que le escuchará.

El hombre arrugó el ceño. Se giró mirando la puerta por donde había entrado como si tuviera un segundo de titubeo, a punto de gritar al alguacil que abriera y lo sacara de allí.

—Señor Tarantino, han pasado treinta segundos. Tengo un acuerdo con un político y podemos hablar cinco minutos, pero creo que no serán tan generosos y acaba de desperdiciar cuarenta segundos. Siéntese, necesito hablar con usted.

Tarantino le devolvió la mirada y, sin confiar mucho, se sentó justo delante de él.

—¿Qué quiere saber?

Gildo se acercó casi a un palmo de su cara con la mesa de por medio. Lo miró tan fijamente que estaba ejecutando el mismo efecto que un polígrafo.

—¿Ha matado usted a Michael Lucchesi?

Tarantino se lo pensó un segundo y respondió.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque soy la única persona en esta ciudad que puede ayudarle. Estaba al cargo de su caso. Ayer fui a su pizzería a buscarlo para hablar. Hablé con el encargado y me dijo que usted no estaba. Le dejé mi número de teléfono.

El hombre sonrió. Su mirada cambió de intensidad, aumentándola.

—Me acuerdo. Sí. ¿Era usted?

—Hemos perdido un minuto y treinta segundos —afirmó Gildo—. ¿Dónde estaba el viernes por la noche?

Tarantino miró hacia otro lado.

—El tiempo pasa…

Suspiró y bajó la mirada.

—¿Dónde?

—Estaba en casa de una mujer…

—No era su esposa…

—No.

—¿Es su amante?

Tarantino asintió.

—Necesito el nombre y el número de teléfono.

Tarantino se lo pensó. Ese hombre tan grande, que en los vídeos era un fanfarrón, grosero y altivo, no parecía la misma persona que tenía delante.

—Nombre y teléfono.

—Tiziana —dijo, y le dictó el número.

—¿Puede demostrarlo? ¿Hay grabaciones u otras personas que puedan testificar?

El pizzero se lo pensó por un instante.

—Inspector —respondió—. No he sido yo.

Gildo asintió.

—Lo sé. Le quieren cargar con el muerto, nunca mejor dicho. Pero si no puedo demostrarlo, van a falsificar las pruebas o a borrarlas si las encuentran antes.

El hombre lo apuntó con un dedo.

—Lo tengo, con la triangulación del móvil —dijo Tarantino—. Lo he visto en CSI.

Gildo lo pensó un instante.

—Estamos hablando del Ministerio de Asuntos Exteriores, cogerán la información y la harán desaparecer. No, lo que quiero decir es si hay una cámara en su casa o donde sea que nos sirva de prueba. A las doce de la noche, en algún lugar, ¿me entiende?

—Imposible. No tengo ni una, pero a esa hora estaba con ella.

—¿Ella puede testificar?

—No. Si hago que testifique, mi mujer se entera y me despelleja vivo.

—¿Prefiere que lo haga su mujer o algún compañero de la cárcel?

—Por lo menos, cuando salga de la cárcel, seguiré teniendo mi restaurante y mi mujer.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Gildo, y bajó la mirada—. Tenemos un minuto.

—Podría haber encargado a alguien que lo hiciera, ¿no cree?

—Lo he pensado, pero algo no me cuadra. Tengo una pregunta, ¿quién podría querer ver muerto a ese hombre?

Tarantino bufó.

—Ese cabronazo era un hijo de puta. Primero, te hacía subir y luego, te usaba como felpudo. Muchos como yo adquirimos fama por ese individuo. Delante de la cámara, era de una manera, por detrás, era de otra.

—¿Con los restaurantes? ¿Con los propietarios de los restaurantes?

—No, con todos —afirmó Tarantino—. Pero lo peor no era eso, sino que para ser un restaurante top, como decía él, tenías que… —dijo mientras con

una mano frotaba el pulgar con el índice.

—¿Había que pagar?

Tarantino asintió.

—Vaya, vaya. ¿Cuánta gente pagaba?

Tarantino sonrió amargamente.

—Todos le pagábamos a ese hijo de perra.

De repente, la puerta se desbloqueó y el móvil de Gildo marcó los cinco minutos exactos.

«Maldito Rossi…», pensó Gildo.

Tarantino salió acompañado por el alguacil. La última mirada de reojo se la dedicó al inspector, que venía a decir algo así como «confío en ti».

Gildo guardó el nombre que tenía apuntado y el número de teléfono.

Salió de la comisaría Palazzo di Giustizia y, sentado en su Vespa, llamó a la tal Tiziana.

26

No era muy ético, pero a Gildo le dio igual.

En la búsqueda de la verdad, lo ético y lo políticamente incorrecto contaban poco.

Quedó esa misma tarde con Aurelio. Que un policía visitara a un periodista en su despacho del *Roma Tribune* olía a tongo. Pero a Gildo ya no le importaba lo que pensaran de él y lo que podía o no podía hacer.

—Llevo desde el sábado dándole vueltas… —dijo Aurelio.

Gildo asintió.

—Me gusta tu nuevo despacho.

—Por lo menos ahora podemos quedar aquí, antes lo teníamos que hacer abajo, en las salas privadas.

Gildo cogió la placa de la mesa.

—Director de contenido —dijo, arqueando la boca—. Estás hecho un portento.

Aurelio le hizo el gesto de la piña, juntando los dedos.

—Cuéntame lo que has averiguado.

Gildo le explicó la no tan agradable entrevista con el cónsul británico y la visita del político del Ministerio de Asuntos Exteriores. De las ganas de cerrar el caso y, que daba bastante igual quién acabase entre rejas. Le explicó que el cónsul no solo estaba de acuerdo, sino que, seguramente, había sido el artífice de toda esa conjura.

Luego, le explicó el acuerdo algo forzado con el señor Rossi y de los cinco minutos de entrevista con Tarantino.

—¿Te han concedido verlo? —preguntó, asombrado, Aurelio.

—No es todo. Tarantino me dio el número de su amante. En cuanto salí de allí, fui a verla.

—¿Has conocido a la amante de Tarantino? ¿En serio? ¿Puedo añadirlo en el artículo de mañana? Esto es una bomba…

—Espera, gringo, antes de reventar la ciudad con otra noticia que arrase con media capital, tendrás que esperar o sabrán que te he dado yo la noticia.

—¿Crees que los servicios internos no saben que estamos aquí? Todos lo saben, Alexa nos escucha, tu Siri nos escucha, Google también, los servicios secretos saben dónde estás. Gildo, baja del mundo de Yupi. Este es el pan de cada día. En fin, sigue con la amante.

—Esta mujer dice que estuvo con él y que estaría dispuesta a defenderlo ante un juez. Me enseñó su móvil, hay llamadas, mensajes y un par de fotos que acreditan que estaban juntos. Se ve que la mujer está enamorada.

—¿Y él?

Gildo se encogió de hombros.

—¿Es que tengo cara de cupido? Ni me importa ni me incumbe.

—Pero me has dicho que Tarantino no quiere que salga a la luz que tiene una amante.

Gildo apoyó los codos en las piernas y se pasó las manos por la cara.

—Pero, a ver, ¿tú crees que la mujer no lo sabe? Todas las mujeres saben ciertas cosas, lo que no quieren es admitirlo, perder el estatus, etc.

Aurelio solo sonrió.

—Puede haber sido un sicario.

Gildo negó.

—Lo he pensado, no lo veo.

—Puede haber sido la mafia, que pone el dinero de la pizzería y lo recicla.

Gildo negó otra vez.

—No, no lo creo —aseguró Gildo—. Tenemos que averiguar más de Lucchesi.

—Saber de cuántos restaurantes cobraba sobornos Michael Lucchesi para sus programas es imposible.

—Tiene que ser alguien al que no haya dejado en ridículo como a Tarantino. Alguien a quien, quizás, ese dinero le ha supuesto más inversión y lo ha acabado hundiendo. Esa es la línea de investigación.

—Y a Tarantino, ¿crees que no le ha afectado lo que le dijo Lucchesi después de todo lo que pagó?

—Sí, tienes razón, pero tienes que considerar que Lucchesi decía que detrás de Tarantino hay alguna sociedad criminal. Si es así, si pagan a esta gente, a Tarantino le daba bastante igual. Pero imagina que eres un restaurante pequeño, que vas justo, con sus costes, personal, y encima sacas un buen dinero para pagar a un tío como Lucchesi como si fuera la inversión de tu vida porque sabes que eso puede marcar la diferencia, y luego, en lugar de llevarte a las estrellas, te hunde… Ahí tenemos un potencial asesino.

Aurelio miró a Gildo en silencio. El policía también le devolvía la mirada. Muchas veces, ellos dos se entendían tan solo con eso, simplemente, con silencios y miradas.

—No me convence —dijo el periodista.

Gildo se levantó y se acercó a la ventana.

—¿No te convence? A ver, superperiodista, ¿qué es lo que sí te convence?

Aurelio se reclinó en el sillón y lo siguió con la vista. En su rostro apareció una sonrisa maliciosa, juguetona, casi malévola.

—Yo tengo otra teoría… —dijo Aurelio—. Y sé que te gustará.

27

Gildo dejó de mirar por la ventana y se dio la vuelta.

Vio cómo Aurelio se divertía. Esa expresión era bastante habitual en él. Un director jefe que, al final, bajo ese traje impoluto y una imagen de profesional, no dejaba de ser un niño divertido y muy muy travieso.

—¿Tienes una idea? ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

Aurelio se frotó las manos.

—Porque primero quería saber qué habías averiguado tú.

Gildo negó con la cabeza.

—Venga, director, escupe.

Aurelio se reclinó hacia el escritorio y movió el ratón. El ordenador se despertó y comenzó a activarse el silencioso y casi imperceptible ventilador.

—¿Tengo que ir?

Aurelio no respondió en un primer momento. Cogió un mando a distancia y encendió la televisión que estaba en la pared. Después de varias pantallas estándar, que cambió con el mando, apareció una noticia.

Aurelio se levantó, cogió su móvil y se sentó en el sofá justo al lado de la pantalla.

Gildo se quedó de pie, mirándola, perplejo.

—¿Qué diablos es?

Aurelio, si antes su expresión era de satisfacción, ahora era de gozo.

—Rebuscando en la vida de este hombre, he encontrado esta noticia de hace unos años —dijo, y comenzó a leerla.

Era un artículo del *The Britannia Post*. Una periodista de nombre Tilda Glass lo firmaba. Corría el año 2016. Un escándalo del señor Michael Lucchesi ocupaba la primera página. En el tabloide británico, la noticia decía que el presentador de televisión y la mujer del primer ministro habían sido

descubiertos en un hotel de citas diurnas. La foto era de un Michael con diez años menos, ya sin pelo y con las mismas gafas. A pesar de taparse con la mano y con una gabardina, se podía ver perfectamente que era él quien subía a un taxi londinense junto a una mujer rubia.

—Vaya lo que tenemos aquí —dijo Gildo.

Aurelio subió las cejas y chasqueó los dedos.

—Aquí tienes mi idea.

Gildo dejó de mirar la pantalla.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que esto es lo que puede haber pasado.

—No te sigo. ¿Crees que el ex primer ministro británico lo ha matado?

—No, el policía eres tú. Lo que quiero decir es que nos estamos centrando en lo que es la *pizza* romana, la *pizza* napolitana y la maldita gastronomía, y a lo mejor, a este tío lo han matado por otro tema que nada tiene que ver. Como, por ejemplo, por algo relacionado con esto.

Gildo asintió.

—La *pizza* solo es una excusa… Lo han matado por no dejar quieta la pilila dentro de los pantalones. Ya te sigo.

—Exacto. Ya sabes el dicho: si lo ha hecho una vez, ¿quién te dice que no lo ha hecho más veces? —dijo Aurelio.

—*Il lupo perde il pelo, ma non il vizio*. El lobo pierde el pelo, pero no el vicio.

—Efectivamente.

Gildo se giró hacia la pantalla de nuevo.

Leía el artículo cuando el teléfono de Aurelio sonó.

—Oh, perfecto, en horario —dijo el periodista—. Ven, siéntate.

Gildo no entendió.

—Ven, quiero que estés —aclaró Aurelio, y le indicó que se sentara a su lado.

Gildo se sentó justo a su lado y vio que lo estaba llamando un número largo con más treinta dígitos y prefijo de Gran Bretaña.

—Buenos días, señora Glass —respondió Aurelio al descolgar la llamada.

El teléfono se encontraba en el mueble de madera, delante del sofá. La voz de la mujer se difundió por el despacho a través del altavoz del móvil.

—*Buongiorno*, Aurelio. Un placer hablar contigo.

—El placer es mío. Estoy aquí con mi amigo e inspector de policía, Gildo Falcone, de la comisaría del Trastevere.

—Mucho gusto, inspector. Tengo pendiente una visita a vuestra preciosa ciudad. La Ciudad Eterna.

—Pues, por favor, cuando vengas, nos lo haces saber y te llevaremos a comer a algún lugar de primera.

—Cuenta con ello. He leído tu correo y te he llamado. ¿En qué puedo ayudaros?

Aurelio y Gildo se miraron.

—El inspector Falcone lleva el caso del señor Lucchesi, pero hay elementos que se nos escapan.

—Hola —dijo Gildo—. Verás, la situación es esta…

Antes de que el inspector siguiera, la mujer lo interrumpió.

—No hace falta que me lo digas. El señor Tarantino está en prisión como chivo expiatorio.

Los dos hombres se miraron.

—¿Se lo has dicho tú? —preguntó Gildo.

—¿Yo? ¿Cómo? Es la primera vez que hablo con ella.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gildo a Tilda.

Del otro lado, se escuchó cómo la mujer espiraba, seguramente, el humo de un cigarrillo.

—Conozco muy bien el *modus operandi* de mi gobierno y de nuestros consulados. No es la primera, ni la última, vez que pasa.

—Tilda… —dijo Aurelio—, a raíz de tu noticia de hace diez años, de la mujer del ex primer ministro, queremos saber cómo era la vida sentimental, por lo menos la pública, del señor Lucchesi.

La mujer suspiró. Se tomó un par de instantes para pensarlo y sorprendió a los dos hombres.

—Si de pequeño le hubieran cortado la polla a ese chico, hoy habría menos problemas por Londres. También es verdad que, sin él, yo no hubiera tenido tanto material. Pero hay que decir que este hombre tiene hijos bastardos por todo Londres y líos, querellas, acusaciones. Un picha brava, sin duda.

—Es decir, que no solo tuvo el problema con la mujer del ex primer ministro.

La mujer se echó a reír.

—Ese hombre se ha acostado con medio Londres, y a la otra mitad le hubiera gustado acostarse.

Gildo se pasó las manos por el pelo y se reclinó en el sofá.

—Gracias, Tilda, nos has ayudado mucho.

—¿Estáis pensando que lo han matado por un ajuste de cuentas de su programa de televisión? —preguntó Tilda.

—Valoramos todas las posibilidades —respondió Gildo.

—Estáis perdiendo el tiempo. Os lo digo yo, que estoy aquí y ya me sé la historia. Habéis cogido al hombre equivocado.

—Tilda, no ha sido el inspector Falcone quien ha arrestado a Tarantino, han sido los de arriba.

La mujer se echó a reír otra vez.

—Muy típico. En fin, os tengo que dejar. Cualquier cosa, ya tenéis mi número de teléfono —dicho eso, la mujer sin despedirse, colgó.

Se quedó el despacho en silencio. Los dos mirando el teléfono. La pantalla seguía enseñando la noticia firmada por la periodista.

Con una llamada a Londres, se habían aclarado más temas que con una semana de investigaciones en la capital.

Gildo sintió que tenía que apresurarse o las pruebas del verdadero culpable se evaporarían con el tiempo. Y si eso pasaba, no se podría perdonar que en la cárcel estuviera un inocente. Tarantino no sería el hombre más honrado de la ciudad, pero no por ese delito. Sabía que Tarantino no había matado a Lucchesi. Sí, lo hubiera hecho, pero, de momento, en el código penal italiano, aún no eran delito los deseos. Si eso fuera así, entonces habría más gente en la cárcel que en libertad.

—Bien, lo tenemos bastante claro, ¿no?

Gildo se giró y lo apuntó con un dedo.

—Ni se te ocurra salir con una portada de esto.

Aurelio lo miró mal.

—Gildo, no pienso perder este tren.

—Ni se te ocurra decir nada de lo que te he dicho yo.

El periodista lo tranquilizó. Solo iba a usar la información que podía sacar a la luz. Nada de filtraciones, nada de teorías conspirativas, nada de todo esto.

Solo hechos y, por supuesto, un guiño a esa tendencia de sacar demasiado el miembro viril a pasear por la vida.

Llegados a un acuerdo, salió del despacho del periodista. Mientras bajaba por el ascensor, le sonó el móvil; era un mensaje de Carmelo, el forense.

Estaba justo en el otro lado de la ciudad, pero tenía la analítica de la *pizza*, así que decidió acudir enseguida. El tiempo pasaba y el verdadero asesino de Lucchesi seguía en libertad.

28

Carmelo Zanatta estaba comiendo.

Como siempre. O trabajaba o comía o comía trabajando.

Se encontraba en su escritorio redactando un informe. Nada de ordenadores. Su jefe le había dado uno para que fuera más rápido y productivo, pero lo único que consiguió fue que cogiera polvo hasta que se lo volvieron a llevar.

—¿Qué diablos comes? —preguntó Gildo al entrar en la morgue.

El hombre levantó la cabeza. Tenía una bolsita de plástico y al lado un cuenco de aluminio. Este era el contenedor que usaba para depositar una bala o algún elemento extraño cuando lo sacaba de un cuerpo. El cuenco rebosaba de pistachos con cáscara.

Carmelo lo miró y le alargó la bandeja con los frutos secos.

—¿Quieres? Están deliciosos. Son pistachos picantes, creo que llevan wasabi o alguna cosa por el estilo.

El forense, al ver la expresión de repugnancia de Gildo, retiró la bandeja. Era la primera vez que le ofrecía comer algo. Pensar que ese contenedor había llevado trozos de riñón o balas ensangrentadas o a saber qué asquerosidad estuvo a punto de provocarle arcadas.

—No, gracias. Solo espero que lo lavaras.

Carmelo lo miró con perplejidad.

—Ah… sí, creo que sí.

Gildo tragó saliva.

—Me has llamado por el informe.

—He trabajado todo el santo día para ti. He conseguido averiguar varias cosas —dijo, y con la barbilla, indicó una carpeta—. Allí está.

Gildo la cogió antes de que se le ocurriera pasársela con las manos sucias de pistachos.

Una vez la carpeta estaba en sus manos, la abrió.

—¿Qué has averiguado?

—Pues lo que he descubierto es esto —dijo, y se metió un pistacho en la boca, dio un par de mordiscos, tragó y lo soltó—. La masa encontrada en la víctima no coincide con la masa de la pizzería de Salvatore.

Gildo suspiró de alivio. Su teoría, hasta allí, se estaba sosteniendo.

El forense siguió:

—He analizado las dos harinas. No es que yo sea un gran conocedor de tipologías de harinas, pero la masa de la cara de la víctima tiene menos gluten y menos fuerza panadera. No es una harina profesional de pizzería, eso está claro. Es más parecida a una harina común de uso doméstico. Una de supermercado, vaya.

—Muy interesante —dijo Gildo—. ¿Y las levaduras son las mismas?

El forense se metió otro pistacho en la boca. Lo comió emitiendo unos ruidos que asemejaban a un conejo con una zanahoria.

—Ni de lejos. La pizzería de Salvatore Tarantino trabaja con un levado de veinticuatro horas. Esta masa tiene levadura seca instantánea. Es una masa improvisada. La puede haber hecho en el mismo lavabo del hotel, con una harina y una levadura del supermercado.

Gildo bajó la cabeza y leyó el informe.

—En definitiva, inspector Falcone, esto no ha salido de una pizzería napolitana. Me juego lo que sea, hasta mi cena.

Gildo miró al forense y subió las cejas.

—Eso es decir mucho…

—Para acabar con este tema —siguió, y se metió otro pistacho en la boca—. Se rompe como una masa de domingo por la tarde. La de Salvatore habría quedado elástica, incluso seca.

Gildo asintió. Era lo que se temía. Una farsa, incluso la química gritaba ese veredicto. Lo que estaba diciendo ese informe era que las dos composiciones químicas de la harina eran la noche y el día. La masa de la *pizza* napolitana de Salvatore tenía una química pura, de tipo 00, sin cenizas, con mucha fuerza y un nivel de gluten muy alto. En cambio, la de la máscara encontrada en la cara

de Lucchesi era otra cosa. Baja en fuerza, con muchas cenizas, con aditivos, almidón de maíz y ácido ascórbico. El dato que le resultó más interesante a Gildo fue uno: en la masa de la máscara, había un índice glucémico altísimo.

Gildo sonrió.

En definitiva, una harina de baja calidad. Una harina para las recetas que se hacen en casa.

Cerró la carpeta y se despidió del forense. Sabía que allí estaba la clave. Tenía que enseñárselo al comisario o al juez, o a alguien. Había sido todo una puesta en escena. Gildo lo tenía claro. El asesino no era Salvatore Tarantino. El asesino aprovechó la situación. Compró una harina de supermercado y una levadura que mezcló rápidamente, fermentó y aplicó.

Lo tenía, tenía la prueba de que no había sido él.

Arrancó la Vespa y se fue directo a hablar con el comisario. Estaba seguro de que él lo entendería.

29

Como era de esperar, el despacho de Er Bufa olía a tabaco.

Las ventanas, abiertas y el hombre, en su silla.

Subió las escaleras en silencio y entró sin preaviso. El comisario estaba con las piernas apoyadas en el escritorio y un periódico en la mano. La guinda era un cigarrillo en la boca.

Era para hacerle una foto y guardarla para algún momento en que necesitara chantajearlo.

Fue a entrar y se lo pensó mejor. En la ranura que quedaba, acercó la cámara del móvil y le hizo una foto.

Guardó el móvil como si acabase de llegar.

Tocó dos veces la puerta.

—Comisario, ¿puedo entrar?

El hombre tiró el cigarrillo, bajó los pies y se incorporó.

Tosió un par de veces y movió las manos en el aire, intentando disipar el humo.

—¿Puedo entrar?

—Entra, Erme, sí, entra.

Gildo empujó la puerta. El aire estaba irrespirable por el humo del tabaco a pesar de que estaban abiertas las ventanas.

Era siempre lo mismo, el día de la marmota. Los inspectores y policías ya no le hacían caso, era una guerra perdida.

Gildo avanzó y dejó la carpeta en la mesa.

—¿Qué es esto, Erme? ¿Pistas de tu nuevo caso?

Gildo suspiró.

—No, pruebas de que Salvatore Tarantino está en la cárcel injustamente.

El comisario la apartó unos centímetros y fue a hablar.

Antes de que nada saliera de su boca, Gildo se adelantó.

—Aquí están las pruebas —afirmó, y levantó las manos para detener la inminente embestida de Er Bufa—. ¿Le gustaría a usted que lo encarcelaran injustamente, comisario? ¿O a su hijo?

El hombre no dijo nada, solo gruñó.

—Déjeme explicarle. He hecho analizar por Camelo Zanatta las dos masas.

—¿Qué dos masas?

Gildo suspiró. Eso le llevaría mucho tiempo. Empezó a explicarle su sensación. Luego, las diferencias de las dos masas de *pizza*. La que estaba en el rostro del cadáver, de Michael Lucchesi, era diferente a la masa de la pizzería de Tarantino. Las pruebas eran irrefutables. Además de que el hombre estaba en una visita amorosa extraconyugal. Le explicó que era imposible que Tarantino lo hubiera hecho. Sumado a que el móvil del asesinato era flojo.

—Porque alguien amenaza de muerte, ¿es ya culpable? A este paso, comisario, las cárceles las llenaremos de acusadores.

—Esto es muy flojo, Erme —dijo, y cerró la carpeta.

—Lucchesi era un donjuán —replicó, y le explicó lo que había averiguado —. ¿Es que no lo ve?, todo apunta a otro lado. No es Tarantino. Él solo es el chivo expiatorio. Usted lo sabe tanto como yo. El cónsul británico dijo que necesitaban a alguien para cerrar el caso, comisario. ¿No ve que es un error? Y este error estará en nuestra conciencia el resto de nuestras vidas…

El comisario gruñó otra vez.

—Puede haber pagado a un sicario. A lo mejor tienes razón, pero es más probable que Salvatore Tarantino haya sido el asesino ideológico y la mano ejecutora sea otra.

Gildo no respondió; necesitó pensarlo y razonarlo. Pero por más vueltas que le daba, menos sentido tenía todo.

—Necesito más tiempo.

—Este caso está cerrado y tú tienes que seguir con una pila de otros. ¿Estamos como siempre, Erme?

—Dos días, y si descubro algo, reabrimos el caso.

—No, está cerrado. Ya quedé de pena delante del señor Rossi. No quiero que tengamos que volver al tema.

—Dos días y luego me pongo con uno u otro, como si tengo que recuperar y quedarme otro fin de semana.

El comisario lo miró perplejo. Al escuchar su oferta, negó con la cabeza.

—Un día. Son las siete y media. Si mañana martes a la siete y media no has conseguido nada, dejas el caso. Y… —dijo el comisario, y asintió Gildo—, si te equivocas o no consigues ninguna prueba, lo que vas a hacer es quitarte esa barba de indigente, te cortarás el pelo, dejarás de venir con las camisas de flores y cogerás un coche de servicio —dijo, y lo miró aún más intensamente—. ¿Lo has entendido? *Ciao, ciao* a la Vespa y a tu imagen de profesor de surf. ¿Está claro? —preguntó el comisario—. ¿Tenemos trato?

Gildo no respondió. Solo avanzó, le estrechó la mano y, sin decir nada, se marchó del despacho.

Tenía veinticuatro horas para demostrar su teoría.

Regresó a la Vespa. El Lèttere Caffè estaba cerrado. En su móvil no había ningún mensaje de Marzia. Tuvo un pinchazo en el estómago. Echó de menos encontrar sus corazoncitos en la pantalla.

Desbloqueó el móvil y mandó él una cara con un beso.

Lo guardó, arrancó la moto y se marchó. Tenía que hablar urgentemente con una persona, y esa persona era la secretaria del señor Lucchesi. La investigación seguía.

30

El Grand Hotel Savelli de Roma se estaba preparando para dar las cenas.

Cuando entró en el hotel, eran las ocho de la tarde pasadas. Muchos de los huéspedes salían con vestido de noche y otros, simplemente, salían del ascensor para dirigirse al comedor. El restaurante con tres estrellas Michelín era el emblema de la cadena y sus comensales también acudían de fuera del hotel.

Sin embargo, si alguien quería algo más desenfadado y menos costoso, el hotel tenía una cafetería donde se podía comer con menos presupuesto. Con una carta internacional, pero con precios más asequibles.

Cuando entró en la cafetería, todo el grupo del rodaje de Lucchesi estaba comiendo.

Gildo se acercó y saludó a todos.

—Señora Walsh, ¿podría hablar con usted?

La mujer había recién acabado de cenar. En el plato hondo solo había restos de ensalada, como si se hubiera conformado solo con eso. Por otro lado, por su silueta, tan delgada y tan nerviosa, se deducía que no era de platos grasientos ni de comida procesada.

La secretaria se levantó y Gildo se despidió de los demás. Dio un paso detrás de la secretaria y se detuvo. Regresó a la mesa y todos lo miraron con estupor.

—Señora Miller, ¿cómo va su jaqueca?

Ella sonrió.

—Gracias por preguntar. Ya no me ha vuelto, gracias.

Él asintió.

—He leído en internet que la policía ha detenido a Salvatore Tarantino.

Gildo sonrió.

—Eso parece.

Ella no lo entendió. Arrugó el ceño y Gildo regresó con la secretaria. Caminaron hasta una estancia lejos del resto del grupo y de miradas inoportunas.

—¿Qué necesita, inspector?

—Habrá visto las noticias…

La mujer asintió. Llevaba un vestido verde oliva oscuro. La falda le llegaba a un centímetro más abajo de la rodilla. Tenía el pelo recogido en un moño y sujetaba los móviles, uno encima de otro.

—Sí, han sido muy rápidos. En Gran Bretaña, la policía italiana no tiene muy buena fama.

Ese comentario le sentó mal.

Gildo se aclaró la voz, no quiso insistir en ese tema; algo de verdad había.

—Necesito que me conteste con sinceridad.

La mujer solo pestañeó.

—¿Mantuvo usted, en algún momento, una relación sentimental con Michael Lucchesi?

La mujer se horrorizó, acercándose la mano al pecho.

—¡Cómo se atreve! Yo soy una profesional.

—Me lo imagino. Pero necesito saber.

—Además, ¿a qué vienen estas preguntas?, ya está en la cárcel el culpable, ¿no?

Gildo suspiró.

—No estoy seguro. Quiero saber si el señor Lucchesi era una persona fiel a su mujer.

La señora tensó los músculos del cuello.

Se notó que la pregunta no le gustó.

—No puedo revelar ninguna información sobre el señor Lucchesi.

Gildo lo comprendió.

—Mire, yo solo estoy buscando la verdad. Si no puede ayudarme, lo entiendo. Pero si no me quiere ayudar, se quedará en la cárcel un inocente y el verdadero culpable seguirá en libertad.

La mujer negó, no pensaba decir nada. Como buena secretaria, conservaba y guardaba los secretos.

—Hace diez años, el señor Lucchesi tuvo un *affaire* con la mujer del primer ministro. Sabemos que no era muy… íntegro, por decirlo de algún modo.

Ella apartó la vista de Gildo. Buscó un punto lejano y lo miró con fijeza.

—Solo quiero saber si tuvo alguna visita la noche del viernes. Si, en estos días, se había visto con alguna mujer. Con alguna vieja amiga o lo que sea. Solo eso. Necesito su ayuda. Solo usted lo sabe. Solo usted gestionaba su agenda.

La mujer se giró despacio hacia él. Gildo veía cómo en sus ojos aparecía un grado de indecisión. En la mujer se estaba produciendo una lucha interna. Su deber, la fidelidad a la persona que hasta hacía poco era su jefe. Y la verdad, revelar secretos. Ella era la guardiana de lo más preciado para una persona famosa: su intimidad.

—Por favor…

—Es usted muy insistente.

—Mi padre siempre me dijo que era poco constante y poco insistente. Pero si usted lo cree, lo daré por bueno.

Ella bufó.

—Michael no tuvo ninguna cita esa noche. De hecho, que yo supiera, no tenía citas con ninguna mujer —dijo, y lo soltó como si fuera un peso para ella.

—Lo que me quiere decir es que, si las hubiera tenido, usted lo habría sabido. ¿Aunque fuera una visita nocturna?

Ella miró los móviles. Quitó el primero y enseñó el segundo, el que estaba debajo. Tenía una funda de silicona color rojo muy intenso. Lo levantó.

—Este número solo lo tenía él. Me podía llamar en cualquier momento y yo a él, en cualquier momento. Por si había problemas, si se quedaba sin agua, si necesitaba un avión de última hora, por si había que rascarle la espalda. En fin, para todo. Solo para él.

—¿Por qué me dice esto, señora Walsh?

—Se lo digo porque, si hubiera estado con alguien, me habría escrito un mensaje indicando que no lo molestara.

—¿Y lo recibió?

Ella negó con la cabeza.

—Esa noche, ni ninguna desde que llegamos a Roma, no tuvo ninguna visita.

—De acuerdo. ¿Y si se hubiera marchado del hotel?

Ella negó de nuevo.
—Jamás se hubiera ido sin decírmelo.
—Eso quiere decir solo una cosa…
Ella, por primera vez, asintió.
—Exacto.

31

Cuando Gildo se despidió de la señora Walsh, tenía una información importante.

El dato más significativo de la noche. Al día siguiente, todo el equipo se habría marchado de Roma. Los pasajes con British Airways estaban previstos por la tarde. La televisión había anulado la grabación y llamó de regreso a todo el equipo.

Se fue directo al despacho del director. Se presentó y pidió permiso para controlar todas las grabaciones de la semana anterior.

Gildo entró, junto al subdirector del hotel, en el cuarto de grabaciones.

Repasaron todas las grabaciones de entradas y salidas de la noche del viernes.

Por fortuna, no hubo mucho movimiento de personas y pudieron cotejarlas con los clientes del hotel. Y lo que consiguió entender fue que ninguna mujer que no fuera clienta había entrado esa noche.

Por desgracia, las plantas de las habitaciones no tenían cámaras, por lo que no pudo saber si alguien había entrado en la planta de la *suite* del señor Lucchesi en la hora del asesinato.

Así, solo había una posibilidad.

Dio las gracias al subdirector del establecimiento y se marchó.

Eran las nueve pasadas. La noche anterior, Ornella le dijo que no acudiera al Porco Miseria. Sin embargo, el miércoles tenía que ir sin falta por el concierto que se celebraría en el Circo Máximo. Una estrella internacional actuaría y se esperaba muchísima afluencia de espectadores. En consecuencia, las ventas deberían dispararse.

En cambio, esa noche del lunes, quedó en pasar por casa de su madre para cenar.

Como era de esperar, llegaba tarde.

Salió de Via Vittorio Veneto en dirección a la casa de su madre.

El momento preferido de Gildo para conducir era la noche cuando el tráfico ya se había desinflado y la brisa le refrescaba el rostro. La primavera tenía un olor peculiar en Roma. No se podía explicar del todo.

El calor le daba un olor peculiar a Roma. Era una mezcla de piedra caliente, hierba cortada y albahaca fresca. A ciertas horas, cuando el tráfico aflojaba y la ciudad empezaba por fin a respirar, también llegaba el perfume lejano de las pizzerías: masa fermentada, humo de leña y tomate cocinándose a fuego lento. Roma olía a cansancio, a comida y a siglos acumulados bajo el mismo calor. Y, aun así, a Gildo le parecía el mejor olor del mundo.

Se cruzaba con decenas y decenas de repartidores de comida en bici o en monopatín. Corriendo de un lado al otro de Roma para repartir sus encargos. Un tipo de tráfico desaparecía y se despertaban los repartidores. Llevaban todo tipo de cocina, mexicana, italiana, china, japonesa o incluso de autor. Todos rápidos para que llegase caliente y pudieran coger otra y otra entrega. La noche acababa de empezar y el hambre de los romanos se despertaba.

Gildo vio cómo la ciudad, a lo largo de los años, se transformaba. Las costumbres alimentarias de la población mutaban a algo más cómodo, más perezoso, más rápido. Todo era más instantáneo. En una era del microondas, donde todo tiene que ser instantáneo, el repartidor de pizzas no puede tardar mucho, tiene que llegar casi antes de haberlo pedido.

Gildo, en cambio, vivía más tranquilo. Seguía con su Vespa, que le permitía cruzar Roma a su ritmo. Muy lentamente. A otra velocidad. La Vespa Primavera 125 de los años setenta tenía otra marcha, otra velocidad. Una pausada que le permitía pensar y valorar.

Aunque si perdía esa apuesta con el comisario, se quedaría sin Vespa, sin camisas hawaianas y tendría que adecuarse a otro estilo de vida.

Siguió por Via del Tritone y se metió a callejear por las calles del centro. Bajó por Via del Corso y entró por la derecha, dirección al Panteón.

Dejó la Vespa al lado de la puerta de la casa de su madre.

Si tuviera que coger un coche, eso no lo podría hacer. Debería inventarse algo o dejar de visitar a su madre tan asiduamente.

Se quedó en la calle, sentado en la moto, viendo cómo pasaban las personas.

A su derecha, al fondo, el Panteón iluminado le recordaba dónde estaba y la eternidad de la ciudad.

El caso del presentador Lucchesi se estaba complicando y simplificando a la vez.

Sí, podía estar equivocado. Eso estaba claro. Toda decisión de seguir una pista conlleva la eliminación de otra y de otras posibles direcciones.

Pero sentía que ese era el camino. Sí, lo sentía.

A Lucchesi lo habían matado por una cuestión de amor.

Tarantino no había sido. Creía que su amante decía la verdad. La masa lo confirmaba y las cámaras también. El cerco se estrechaba.

El tiempo apremiaba y eso era lo que más le molestaba. El tiempo era un vampiro que a cada minuto se acercaba más a su cuello, listo para chuparle la sangre.

Necesitaba pensar. Comer y pensar. Dejó la Vespa y subió a casa de su madre. Primero, pensó que era mejor que comiera, luego, pensaría en lo otro.

32

Pocas veces cenaba Gildo con su madre.

Solía ir al mediodía y luego, por la noche, empezaba su segundo trabajo como cocinero en el Porco Miseria.

Todos o casi todos los días se quedaba con ella y se marchaba. A Teresa, divorciada y sola, le venía bien que se pasara Gildo por allí.

Sin embargo, como suele pasar en la vida, de repente, las cosas o se tuercen o mejoran. Desde que la televisión nacional la fichó para el programa *Cucina con la mamma*, pasaba menos tiempo en casa y, en consecuencia, ya no quedaban a comer tan a menudo. Si eso no fuera suficiente para cambiar sus vidas, la entrada en escena de Ambrogio las revolucionó aún más.

Al principio, era su chófer personal. Luego, un amigo que hacía de todo.

Cuando entró Gildo, a la mesa estaban Teresa, Ambrogio y una botella de vino tinto casi vacía.

La televisión con el telediario había desaparecido y en el ambiente la protagonista era la música. Esa noche, Ornella Vanoni con *L'appuntamento* se escuchaba desde el reproductor de vinilo.

—Gildo, llegas muy tarde —dijo la madre.

Ambrogio se giró y, al verlo, se levantó.

Gildo fue hacia la mesa y saludó al hombre que se había convertido en una compañía asidua de la cocina de su madre y de su cama.

—Ambrogio.

—Gildo.

Se saludaron estrechándose la mano.

—Te hemos dejado una buena ración del manjar que ha preparado tu madre —afirmó con voz cálida.

Gildo asintió y se acercó a la mesa. Dio un beso en la frente de Teresa y se sentó.

—Gildo, lávate las manos, por favor. ¿Qué te he enseñado?

Gildo bufó, pero tenía razón su madre. Al levantarse, sintió como el cansancio se despertaba en su cuerpo. También tenía hambre, así que se espabiló en regresar a la mesa.

A su vuelta, en su plato, había aparecido una de las comidas que más adoraba.

—No me lo puedo creer. Hacía… ¿Cuánto hacía que no preparabas *rosette*?

Teresa no supo responder. Ambrogio vertió el vino tinto en la copa de Gildo y, lo que quedaba, lo repartió entre Teresa y él.

Las *rosette* eran una masa de pasta fresca hecha en casa enroscada un relleno de *ricotta*, espinacas, jamón york y mucho parmesano. Metidas al horno con bechamel. Una exquisitez.

Gildo cortó un primer trozo y lo probó. El sabor de la bechamel mezclada con los otros ingredientes se extendió por su boca.

Cerró los ojos y se catapultó hasta su niñez, cuando ese plato era su preferido y se cocinaba cada domingo. Le encantaba, sobre todo, después de un rato, que ya no quemaban.

Sin darse cuenta, comió la mitad. Hasta ese momento, no era consciente del hambre que tenía.

—Respira, Gildo, nadie te persigue. Cena tranquilo.

Levantó la mirada y acabó de tragar. Dio un buen sorbo de vino y sonrió.

—Están exquisitas.

—Gracias. ¿Cómo va tu caso?

Gildo perdió la sonrisa.

—Mejor que hablemos de otras cosas —afirmó—. ¿Cómo va el *share* del programa?

Su madre miró a Ambrogio. Los dos sonrieron con complicidad.

Ambrogio levantó la copa.

—Propongo un brindis, porque tu madre ha llegado al cuarenta por ciento en la franja del mediodía.

A Gildo casi se le atragantó la pasta.

Se limpió la boca y levantó su copa.

—Es magnífico. Menudos resultados. ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Bueno, acabas de llegar, hijo.

Tintinearon las copas y bebieron.

—¿Eso quiere decir que te renuevan el contrato? —preguntó Gildo.

—No solo eso, se ve que me quieren pasar a una franja mejor y los lunes también ponerme en *prime time*, con un espacio pequeño entre el telediario y la película de la noche —afirmó Teresa.

—Y también le han propuesto un libro y grabar un curso de cocina… —añadió Ambrogio.

Gildo dejó la copa y volvió a comer, escuchaba mientras observaba la complicidad de los dos. Quién hubiera dicho que su madre, la casi anciana y olvidada presentadora y bailarina de la televisión de los años ochenta, se vería de nuevo en la cresta de la ola.

No podía ser de otra manera; la vida siempre tiene reservada una sorpresa en la manga y, para su madre, fue una reaparición en la televisión.

Teresa había conseguido empatizar y ponerse al mismo nivel que muchas amas de casa y mujeres de toda edad que tenían el mismo problema y la misma pregunta cada uno de los días de la semana: ¿qué diablos hago hoy para comer?

—Esto es una bendición… —dijo Gildo, y alargó la mano para coger la de la madre—. Te lo mereces, *mamma*. Te lo mereces.

Teresa sonrió y se ruborizó.

—Tu hijo tiene razón. Te lo mereces todo.

Teresa necesitó unos instantes para respirar y dejar que pasara la emoción.

—Me encanta poder ayudar a otras mujeres como yo. Pero, sobre todo, lo que más me gusta de esto es que, por fin, no triunfa una mujer rubia, anoréxica y de treinta años, sino una mujer de carne y hueso, sin operaciones en la cara, con arrugas… —dijo, y se marcó la frente y las patas de gallo—. Una señora real, con sobrepeso y que se equivoca en la tele en directo. Que a veces tiramos la pasta porque, entre explicar y que me preguntan cosas, se me va la pinza y se me pasa la pasta o se me quema el pollo al horno o lo que sea. Yo lo llamo… ¿Quieres saber cómo lo llamo, Gildo? —preguntó, y Gildo asintió—. El triunfo de lo real. Nada de grabaciones, nada de silicona… —dijo, y se empujó los pechos hacia arriba—. Nada de maquillaje ni mujeres que parecen *aliens*

después de miles de retoques. No. La verdad. Una señora como la misma que me mira desde el otro lado de la pantalla.

Gildo sonrió y se sintió muy afortunado y muy orgulloso de su madre. Le hubiera encantado poder pasar más tiempo con ella. Pero la vida moderna hacía que los pocos momentos los pudiera apreciar más.

Gildo acabó de comer y estuvieron hasta casi medianoche acabando una segunda botella de vino. Parecía un viernes o un sábado por la noche más que un lunes. Y cuando Gildo se dio cuenta de que era tan tarde, se marchó.

Arrancó la Vespa y regresó a su casa.

Fue recordando momentos con su madre y sintió que esta, por fin, había encontrado un lugar en la vida. Desde la pandemia, durante la cual un repartidor le dejaba la compra en una cesta, hasta esa noche, que Ambrogio la ayudó a despejar la mesa y a lavar los platos. Obviamente, quedándose con ella a dormir.

La vida en un instante; un aleteo de mariposa y todo cambia.

Aparcó la Vespa bajo su casa. Se dirigió al edificio y se encontró con la segunda sorpresa de la noche. Sentada en los escalones, estaba Marzia. Apoyaba la cabeza en el muro, se había quedado dormida, seguramente, esperándolo.

La miró con ternura y la despertó.

Sus grandes y oscuros ojos se abrieron. Al reconocerlo, se encendieron.

—Marzia, ¿qué haces aquí?

Ella sonrió.

—Te estaba esperando.

33

A Gildo se le despertó una energía renovada.

La imagen de la mujer le pareció lo más bonito que había visto en todo el día. Entre mentiras, pistas y discusiones, llegar y encontrarse con esa imagen casi celestial fue un regalo.

—¿Cuánto hace que me esperas?

Ella miró el reloj.

—Un par de horas.

La respuesta dejó anonadado a Gildo.

¿Quién espera dos horas en el rellano de un edificio? Suerte que no estaba lloviendo. Suerte que no hacía frío. Suerte que era Marzia, porque otra persona se hubiera marchado.

Gildo le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Luego, se abrazaron. Se quedaron quietos.

—He ido a ver si te encontraba en el Porco Miseria y me dijo Ornella que tenías el día libre. Así que vine aquí y te esperé.

—Estuve trabajando hasta tarde y luego me fui a cenar a casa de mi madre.

Ella asintió.

—¿Sabes qué? —dijo, y lo miró a los ojos—. Tuve miedo.

Gildo arrugó el ceño y la miró más intensamente, sin dejarla.

—¿De qué?

—De encontrarte aquí.

—Claro, es mi casa, es lo más normal que me encontraras en mi casa, es donde vivo y donde duermo

Ella negó con la cabeza.

—Primero, tuve miedo de llegar y que estuvieras con una mujer. Luego, tenía miedo de que llegaras con una mujer.

Gildo de nuevo la abrazó. Entre sus brazos tenía a Marzia, la dura, rebelde y tierna al mismo tiempo. La misma que había dejado la carrera de Miss Italia para dedicarse al café, al sueño de tener un local propio y de vivir la vida que quería. La misma que no aceptó trabajos a cambio de sexo. De una carrera meteórica a cambio de darle el capricho a un sucio y baboso hombre trajeado que solo quería saciar su asqueroso ego y sentir como era estar con una mujer que nunca le hubiera elegido por lo que era.

Esa mujer había demostrado miedo. Miedo a perderlo, a tener que admitir que ya era demasiado tarde. Miedo a que el candado tenía que haberlo puesto a su Vespa enseguida y no llegar tan lejos con ese malentendido.

—Me encantas —dijo Gildo.

Ella sonrió.

—Si subimos, tengo algo para ti…

—¿Una pistola? ¿Veneno?

—Si consideras mi cuerpo un veneno, entonces has dado en el clavo.

Subieron. Y cuando abrió la puerta, Marzia lo empujó y cerró.

Se quitó la goma del pelo e hizo dos movimientos con la cabeza para desapelmazar la melena.

Luego, caminó despacio hacia Gildo. Con cada paso, se desabrochaba un botón de la camisa. Cuando llegó a él, su pecho estaba desnudo.

El sujetador le apretaba, casi estaba a punto de reventar. Parecía de una talla menos. Gildo sintió el fuego despertarse en él. Hacía tiempo que no lo sentía. De pronto, lo echó de menos. Al mismo tiempo, sintió como su miembro viril se estaba agrandando.

Deseaba a esa mujer tanto como ella a él.

Se quitó la camisa y se acercó.

Gildo alargó la mano y buscó el encaje del sujetador. Cuando lo encontró, ella se tiró hacia atrás, impidiendo que lo desabrochara.

—No, no… —dijo juguetona, moviendo un dedo de un lado al otro—. Te toca a ti…

Gildo sonrió. Fue quitándose la camisa y la lanzó al sofá.

Ella se acercó a él. Pasó la mano por sus pectorales. Luego, fue bajándola por sus abdominales esculpidos. Pasó el dedo por cada recuadro como si

tuvieran todo el tiempo del mundo. Como si después de dos semanas separados, esa noche compensaran todo el tiempo perdido.

Esas caricias excitaban a Gildo y lo ponían cada vez más en tensión. Se sentía un muelle a punto de saltar. Pero del mismo modo, quería alargar ese momento. Quería disfrutarlo y seguir a la velocidad que la mujer marcase.

Repasados con la mano los abdominales, tocó el triángulo que formaban los músculos de los abdominales inferiores, antes de los calzoncillos. Introdujo la mano por el pantalón estrecho. Tocó el pene, duro, largo y listo.

Subió las cejas mientras lo miraba.

Luego, se puso de rodillas y empezó a lamerle el pecho. Con paciencia, sin prisa alguna.

Movía la lengua por cada cuadradito, uno por uno, como si fuera una tableta de chocolate. Se quedaba sin saliva, pero no le importaba mientras durara el juego.

Con una mano, seguía masajeando su ingle.

La respiración de Gildo era cada vez más acelerada y afanosa. Tenía ganas de tirarla en la cama, quitarle todo y hacerle el amor como nunca se lo había hecho.

Cuando Marzia acabó con los pectorales, bajó a los abdominales inferiores. Conforme lo hacía, iba desabrochando botones del pantalón. Uno a la vez. Hasta que estuvo completamente abierto.

Los bóxers negros ocultaban el regalo que ella estaba esperando.

Con la punta de su preciosa nariz, fue repasando la silueta hinchada que se marcaba. Luego, empezó a besarlo. De vez en cuando, ella miraba hacia arriba. Sus ojos se cruzaban. En su mirada había complicidad y ganas de comerse el uno al otro.

El fuego y la pasión hervían en sus venas.

Cuando ella bajó la goma de los bóxers, apareció el miembro de Gildo. Grueso, en tensión y listo para todo lo que la chica tuviera en mente.

Ella sonrió al verlo.

Lo besó desde la base hasta la punta. De un lado y del otro. Hasta que empezó a darle placer con la boca.

Gildo, al principio, seguía el movimiento basculante de la mujer. Pero el placer era tan agudo que tuvo que cerrar los ojos y dejar de mirar. Al hacerlo,

eliminado el sentido de la vista, empezó a disfrutarlo más, a sentirla más.

Cuando ella se cansó, él la subió. Le quitó el sujetador y le bajó los pantalones y las braguitas a la vez. Imbuido en una excitación desbordante, la agarró y ella saltó, estrechando sus piernas en el torso de Gildo. La apoyó sobre la encimera de la cocina. Ella soltó un gritito, no de placer, sino de frío inesperado.

Apoyada en la cocina, él se apresuró a entrar en ella.

La besó. Sus lenguas bailaban al compás del amor que se estaba consumando en su cocina. Gildo la había echado de menos, pero no sabía cuánto.

Lo mismo pensó ella. Echaba de menos el sexo que Gildo le proporcionaba. Los dos empezaron a subir las pulsaciones y los gemidos hasta casi llegar al cielo. Entonces ella lo detuvo.

—Vamos a la cama —susurró—. A ver si lo consigues sin salir…

Él la agarró con fuerza. Mientras él seguía dentro de ella, las suaves manos de Marzia recorrían los fuertes y musculosos brazos. Su excitación subía cuando lo veía así, sudado, esforzándose y sacando todo el animal que llevaba dentro. Al llegar al dormitorio, él la tiró en la cama.

Ella se rio.

—No lo has conseguido.

—No he querido —afirmó.

La cogió y la giró, la puso a cuatro patas y siguió. Duraron solo pocos instantes hasta que los dos llegaron entre gritos.

Se desplomaron en la cama. Jadeando y sudando de placer.

Ni un minuto, tras sus últimos gemidos, tardó el vecino de abajo, con el mango de la escoba, en tocar insistente el techo, su suelo.

Imprecó algo inteligible, quejándose.

Los dos rieron. Ella apretó los labios entre los dientes y el tensó los músculos del cuello.

—Creo que esta vez nos hemos pasado —bromeó él.

—Me temo que sí, te has pasado y mucho —dijo ella, pasando sus manos por su pecho mojado y aún electrizado—. No quiero perderte.

Él asintió.

—Lo siento, Marzia. Tenía que no haber dado nada por hecho y hablar contigo.

Ella negó.

—Lo siento yo, tenía que haberlo entendido y habértelo dicho. Lo lamento, no besaré más a Davide. Se aprovecha. Creo que muchas veces piensa que lo nuestro puede volver a reavivarse.

—¿Y es lo que quieres?

—¡No! Ya no lo quiero en mi vida. Es un buen amigo y una persona estupenda, pero tiene una parte abusiva, tóxica. ¿Me entiendes?

Gildo asintió.

—Pero ahora vive en Roma.

—Ya lo sé. ¿Crees que a mí me gusta?

—El otro día parecía que lo estabas defendiendo…

—Lo sé, Gildo, lo siento, estaba a la defensiva.

Gildo la cogió y la abrazó.

—No quiero perderte. ¿Qué te parece si, a partir de ahora, cuando tengamos un problema, lo hablamos y listo?

—Inspector Falcone, eso suena a compromiso…

Él se encogió de hombros.

—Por si acaso…

Ella asintió.

—Pero tienes que admitir una cosa.

—A ver, ¿el qué?

—Lo del candado ha sido una buena estratagema, ¿no te parece?

Él la estrechó muy fuerte contra su pecho.

—La verdad es que lo he visto en muchas pelis, nada nuevo.

Ella se apartó. Tenía la boca abierta y casi molesta.

—¡Que ya lo habías visto! Pagaría por enseñarte la cara que pusiste al verlo. Te quedaste a cuadros. Embustero…

Gildo le apartó un mechón del rostro. Le encantaba su pelo largo y moreno. Le daba una fuerza que no sabía explicar. Le recordaba a los caballos andaluces, negros y elegantes. Esa mujer era igual, fuerte, incontrolable y muchas veces sorprendente.

—Me dejaste sin palabras con el candado, es verdad.

—Lo sé, lo vi en tu expresión. Ojalá lo hubiera grabado.

Gildo ladeó la cabeza y la volvió a apretar contra su pecho.

Se quedaron en silencio, simplemente, escuchando sus latidos, que poco a poco se iban acoplando a la misma cadencia.

Gildo se despertó después de unas horas. Eran las tres de la mañana. Marzia se había girado y dormía de cara a la ventana.

Había dormido dos horas, pero sintió que ya no podía dormir más, tenía el caso de Lucchesi en la cabeza. Se levantó a pesar de que era aún muy pronto. Para él, el día ya empezaba.

34

Martes.

Dejó durmiendo a Marzia.

Le abrió la ventana, muy poco, lo suficiente para que pudiera entrar un hilo de aire para refrescar la habitación.

Se metió en la ducha y se aseó. Buscó una camisa para ponerse. Al tocar la primera, se acordó de la promesa que le había hecho al comisario. Tenía veinticuatro horas y habían pasado ya muchas. Si no llevaba una prueba, lo que pasaría era que, esas camisas, solo se las podría poner en fin de semana y no en su trabajo.

La elección fue dura. Pasó de la roja con tucanes a la amarilla de plátanos. Se quedó con la camisa verde de aguacates y palmeras sobre fondo azul. Eligió la verde por el color de la esperanza. La esperanza de pillar al verdadero asesino de Lucchesi. La esperanza de no equivocarse. La esperanza de confiar en su olfato, que iba en dirección contraria a todo lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Cerró la puerta del dormitorio. Antes vio que la chica seguía durmiendo.

Enchufó una cafetera y esperó a que saliese el café, observándola hipnotizado mientras sus neuronas terminaban de despertarse del todo.

Cuando salió el brebaje, se lo vertió en una taza con boca grande para que se enfriara más rápido.

En cuanto alcanzó una temperatura bebible, se lo tomó como si fuera una medicina.

Salió de casa.

Arrancó la Vespa solo cuando estuvo a unos metros de distancia para no despertar a los vecinos.

Condujo hasta el centro y se desvió hacia la comisaría. Se dio cuenta de que acudir a la comisaría no era la mejor opción. Así que continuó y se desvió hacia un lugar que le encantaba; era perfecto para pensar y se dio cuenta de que acudía poco.

La Vespa avanzaba con dificultad por la calle en subida hasta la Piazza Giuseppe Garibaldi.

Aparcó la moto al lado del muro del mirador y se quitó el casco.

En el centro de la plaza, había una imponente estatua del militar que había unificado la ciudad.

El mirador del Vaticano, cerca de la Passeggiata del Gianicolo, era un lugar especial. Desde allí, se veía toda Roma. Los Foros Imperiales, el Vaticano, el Coliseo iluminado y, en definitiva, la ciudad y toda su historia.

Desde allí, uno se podía sentir un emperador.

La noche era fresca. Unas nubes tapaban el cielo y la luna se oscurecía debido al su movimiento.

Recordó cuando lo llevó su padre por primera vez. Era pequeño y empezaba a vivir la Ciudad Eterna con los ojos de un niño. Todo grande, todo inmenso y lleno de historia y aventuras.

Suspiró Gildo y se volvió a meter de lleno en la investigación.

El café de moka se había abierto paso por su cuerpo y la cafeína ya circulaba por sus venas. Estaba despierto, muy despierto.

La primera opción como asesino de Michael Lucchesi era Salvatore Tarantino. Este ya estaba en la cárcel.

Se planteó por qué tenía que desafiar el *status quo*, por qué tenía que meterse con el consulado británico y el Ministerio de Asuntos Exteriores de su país.

¿Por qué?

Se lo preguntó varias veces.

Seguramente, porque así había llegado a ser policía. Cuando encontró un cadáver en el horno de la cocina de un crucero. La investigación con Karla Rodríguez y Álex Cortés despertó su instinto. No podía darle la espalda ahora.

La amante de Salvatore Tarantino tenía una coartada muy consistente.

Podía haber contratado a un sicario, sí. Al tener socios de la mafia, no era un problema encontrarlo y hacerlo desaparecer.

Seguro que le hubiera costado solo una llamada.

Pero ¿quién sería tan estúpido de contratar a un sicario para matar a la persona que te ha humillado en público y dejar el cadáver en una recreación de la escena del delito que apunte directamente a ti?

¿Quién sería tan tonto?

Quizá, si eso fuera verdad, a lo que hubiera aspirado era al efecto contrario, es decir, a la psicología inversa. Porque lo más evidente no puede ser lo real.

Gildo sacudió la cabeza. No tenía sentido.

Si Tarantino hubiera pagado a un sicario, o lo hubiera matado él, habría recreado una escena que pareciera un suicidio, o habría hecho lo posible para que el móvil de la muerte fuera todo menos una masa de *pizza*. Y menos dejar una frase que se interpretara como una venganza. Que pareciera una muerte a la napolitana.

No. Eso era descartable.

La noche, poco a poco, se estaba retirando. El sol empezaba a dar señales por el horizonte.

Recordó la experiencia del consulado. Cuando Smith fue a buscarlo y lo llevó a hablar con el cónsul. Su visión era clara, cristalina, meter en prisión a alguien, fuera quien fuese, lo antes posible.

Eso no era ni justo ni constitucional.

Estaba claro.

Pero el problema no fue el cónsul, sino Rossi. Cuando Rossi fue a la comisaría, Tarantino ya estaba en la cárcel.

Tenía que haber otra forma de hacer las cosas. Sin embargo, ese mecanismo era el que en muchas ocasiones se producía en muchos arrestos, en un sinfín de casos que acababan con un inocente en la cárcel. Pocos llegaban a ser absueltos e indemnizados. Él no quería ser uno de esos policías que respaldaba ese sistema.

Por eso aceptó una apuesta con el comisario y fue a hablar con Aurelio.

Descubrió nuevas vías de investigación. Llegó a la conclusión de que, si Lucchesi cobraba por hacer viral un restaurante, podría ser que uno de estos al que no le había salido bien la jugada, o no obtuvo el efecto esperado, le hubiera dado su merecido.

Aurelio no creyó que la opción fuera válida. Pero en su mente esa posibilidad seguía activa. Un cliente insatisfecho. Lo asfixió e hizo que el muerto le cayera a Tarantino, quien lo acababa de amenazar de muerte.

Eso podría encajar, pero, para complicarlo todo, estaba ese viejo artículo de Tilda Glass que destapó otro posible móvil, el pasional.

Una mujer, un marido receloso o una despechada por el picha brava que, por donde iba, hacía estragos.

«El amor mueve montañas», pensó. Y si es muy estrecho, sofoca.

Lucchesi fue sofocado.

A lo lejos, los primeros rayos de sol empezaron a iluminar las cúpulas de los monumentos y las iglesias más altas de Roma.

Gildo miró a su alrededor. Ya no estaba solo. Sin darse cuenta, una multitud de turistas con guías o solos se preparaban para ver un espectáculo único y que solo sucedía pocos minutos al día.

Centrándose otra vez en su caso, recordó a la secretaria. Aún sacudida por el suceso, seguía yendo de un lado al otro del hotel con el móvil rojo, al que llamaba solo Lucchesi, como si aún pudiera recibir llamadas suyas.

Ella aseguró que esos días no hubo citas. Ni visitas nocturnas, nada de todo eso. Nadie había visitado a Lucchesi, y eso conllevaba a que una mujer despechada o un amor pasional no tuviera nada que ver.

Se pasó la mano por la barba, que ya no se acordaba de cuándo fue el último día que la afeitó.

Al no tener tiempo de investigar de forma profunda y de manera ortodoxa, lo que tenía que hacer era jugar como en la ruleta del casino, todo a un número y color. El farol y la intuición eran sus principales bazas. Eso era lo que tenía que hacer.

Arrancó la Vespa y bajó a la capital. Tenía una idea en mente y pensaba llevarla a cabo.

35

De camino, se tomó un café.

En Roma empezaban a proliferar lugares pequeños de tostaderos. Donde se servía el café y se torrefactaba.

Pidió un café especial con granos de Jamaica. Afrutado y muy aterciopelado, decía el menú.

Obviamente, solo; obviamente, sin azúcar.

Lo degustó en silencio, sentado en una calle arbolada. Empleados públicos, abogados y gente que acudía al trabajo se detenían a tomarse un *espresso* o un café para llevar o, incluso, un *cappuccino* y una pasta para llevársela al despacho.

El móvil le vibró. Se imaginó que era Aurelio con alguna novedad o el comisario con algún mensaje recordando la apuesta que perdería.

Era Marzia.

«Podías haberme despertado».

Gildo dio un sorbo y dejó la taza de cerámica.

«Lo siento, me he ido en mitad de la noche».

«¿Vendrás a desayunar?».

Gildo sonrió y vio el garito donde estaba. El café estaba muy bueno, pero no estaba hecho con tanto amor como el que hacía Marzia.

«Me temo que no. Mañana».

Ella le respondió con un emoticono con la cara triste. Y él, con un beso.

Guardó el móvil.

Dio el último sorbo de café y regresó a la Vespa.

Arrancó y fue directo al Grand Hotel Savelli.

Entró y se sentó en una butaca justo frente a la entrada del desayuno. El hotel empezaba a dar desayunos a las siete y media. Él llegó a las siete.

Esperó a que llegase y se acercó a ella.

—Señorita Miller, ¿podría hablar con usted un momento?

Ella, aún medio dormida, asintió. Dejó ir al resto del equipo de grabación a desayunar y siguió a Gildo.

Entraron en la misma sala con butacas y sofás donde la noche anterior habló con la secretaria.

La mujer era de una belleza muy británica. Rubia, ojos claros y alguna peca en la nariz. Cuando sonreía, lo hacía de una forma muy elegante y fina. Esa mañana llevaba un pantalón ancho. Aunque a Gildo le parecía que era para estar por casa, seguramente, había sido adquirido en alguna *boutique* de tendencia de Londres. Acompañado con una camiseta blanca y una blusa color caqui.

Al sentarse, la mujer se cerró la blusa, se quitó las zapatillas, se sentó con los pies en la butaca y se abrazó las piernas recogidas.

Gildo la escrutó.

—¿Para qué quiere verme, inspector?

—Por favor, llámeme Gildo.

Ella asintió.

Al mirarla, se sintió casi intimidado con esos ojos grandes y claros.

—¿A qué hora tenéis el vuelo esta tarde?

—A las cinco y media de la tarde.

Él asintió.

—¿Por qué has venido tan pronto?

Gildo suspiró. Hubiera necesitado un par de cafés más o una bebida energética. Tragó saliva y lanzó la pregunta.

—¿Por qué no me has dicho que tuviste una historia con Lucchesi?

La mujer se ruborizó. Se formó un silencio insospechado en la sala. Sus facciones de pronto se sonrojaron y no supo qué decir. Balbuceó algo que Gildo no entendió.

—¿Cómo lo has sabido?

Él hubiera sonreído, pero no lo hizo, por respeto, porque, si lo hubiera hecho, a lo mejor, ella se habría dado cuenta de que era un farol.

—Eso no es importante —afirmó Gildo, decidido a no entrar en detalles—. ¿Qué pasó entre tú y el señor Lucchesi?

La mujer se vio visiblemente perdida. Tenía la misma expresión de una persona a la que acaban de soltar en un lugar desconocido. Perdida y sola.

—No me gusta repasar el pasado.

—El pasado es importante para entender el presente. Sin el pasado, no entenderíamos dónde estamos. Por favor, sigue —indicó con determinación pero con comprensión a la vez.

Ella bufó.

Miró a su alrededor, por si acaso alguien estuviera en la estancia y no lo hubiera visto. Bajó las piernas y volvió a subir solo la derecha. Estaba inquieta y empezó a morderse las uñas.

—Hace dos años, justo cuando entré en la televisión —dijo, y suspiró.

Él asintió.

—Sigue, por favor.

—Él era el hombre más guapo que había visto. Si tengo que ser sincera, no era del todo guapo, pero lo que me enamoró fue su carisma, su elegancia. Me conquistó la manera en que sabía hablar con las personas, pero también con las colaboradoras. Yo me quedé prendada. Pobre idiota.

La señorita Miller se había definido como idiota. ¿Por qué se definió así? ¿Y por qué seguía esa mujer aún trabajando con él?

¿Apego? ¿Síndrome de Estocolmo? ¿Seguían viéndose? ¿Y su novio?

A lo mejor no era una pareja celosa, sino abierta.

—Por favor, dime qué pasó.

Ella asintió con la cabeza.

—Estábamos en Gibraltar. Acudimos a grabar un reportaje sobre la tipicidad de la cocina británica en el peñón.

—¿Cuánto llevabas en la televisión?

—Había entrado hacía pocas semanas, siempre como directora.

—¿Qué pasó?

Suspiró de nuevo ella.

—En dos semanas, me enamoré de él.

—Sigue.

—Como te decía, cuando estuvimos en Gibraltar, noté que me miraba de una cierta manera. Solo las mujeres se dan cuenta de esos detalles, de cómo te miran, incluso cuando tú no miras. Cuando el corazón se te acelera y no sabes

por qué. Es algo que no sabes explicar. Te parece, pero no lo sabes. Pero crees que sí, porque hay detalles. No sabría decirlo.

—¿Era un embaucador?

Ella negó con la cabeza.

—Era extraordinario.

Gildo pensó que sí, que era un embaucador. Uno de esos especímenes de masculinidad que tiene un magnetismo que no sabes cómo lo hacen ni de dónde lo sacan. La misma capacidad que él no tenía.

Al razonar de ese modo, lo que recordó fue lo de los sobornos para aparecer en sus programas. Los sobornos para que los restaurantes pequeños y grandes que fueran tuvieran un momento de visibilidad, la esperanza de llegar a ser *trending topic*, la voluntad de desmarcarse, todo por sobresalir de la competencia. Todo en manos de un ávido y pícaro periodista como Lucchesi.

—Ya… extraordinario —respondió, y estuvo a punto de comentar que lo era tanto que le dieron lo que se merecía—. Sigue, por favor. ¿Qué pasó?

—La segunda noche nos quedamos con todo el equipo en el bar del hotel.

—¿Todos?

—Sí, al principio, todos. Tomamos unas cervezas para distender los ánimos, hacer equipo… Ya sabes, risas, chistes. Ya sabes… Luego, cuando la gente se iba marchando, yo aguanté. Rezaba para que él también se quedara, y sucedió. Nos quedamos solos. Empezamos a intimar. Me dijo que estaba teniendo problemas con su mujer y que estaba a punto de divorciarse, que no tenía sexo desde hacía meses. Todas esas cosas que creí mucho tiempo.

—¿Qué pasó esa noche?

—Nos pasamos de cervezas y de sinceridad. Acabamos en su habitación, para la última. Luego, nos fuimos quitando la ropa y…

Gildo puso las manos hacia adelante.

—No hace falta que sigas. Lo imagino. ¿Solo fue una noche?

—No. Fueron todas las noches del reportaje en Gibraltar. Hasta consiguió alargar el rodaje unos días más para que pudiéramos estar más noches juntos. Hasta que regresamos.

—¿Qué pasó cuando regresasteis? —preguntó Gildo.

—¿Cuando regresamos a Londres?

Él asintió con la cabeza.

—Todo cambió. Ilusa de mí, pensé que dejaría a su mujer y que el divorcio estaba en pleno trámite, pero me dio largas.

—¿No era verdad?

—Nada era verdad, pero yo seguía enamorada. Nos veíamos en el cuarto del material de oficina. En algún lavabo de un restaurante, a veces, venía a mi casa. Siempre escondiéndonos. Siempre rápidamente. Hasta que me di cuenta.

—¿De qué?

Ella negó con la cabeza. Sonrió mientras se miraba el pantalón por la rodilla.

—Me había convertido en su amante. La maldita y jodida amante. Y estaba enamorada de él hasta las trancas.

—Imagino que fue muy duro —añadió Gildo.

Ella negó y levantó la cabeza.

—No, no sabes cuánto. Quise dejar el trabajo, pero, seamos sinceros, era la maldita productora de Michael Lucchesi. ¿Quién no querría mi puesto de trabajo? Cualquier persona. Y yo, que lo tenía, ¿lo rechazaba? Nadie paga tanto y teníamos los beneficios que nos daba. No podía perderlo. Pero había un coste muy alto que pagar…

—El amor se presenta de las formas más insospechadas.

Ella lo miró fijamente, sin decir nada.

Gildo se quedó mirando su color claro de ojos. Su pelo rubio y facciones elegantes. Una chica tan guapa y tan hundida por un amor no correspondido. Recordó las tragedias de Shakespeare.

—Me imagino que luego vino la parte aún más difícil —insinuó Gildo.

—¿A qué te refieres?

—A cuando ya lo dejaste. No dejó a su mujer y, encima, tonteaba con otras. ¿Fue más o menos duro?

Ella sonrió. Su expresión fue la de alguien que se queda sin palabras, porque el otro le ha leído la mente.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he supuesto. ¿Fue así?

—Desde luego. Fue lo más difícil.

—Dime la verdad, Sophie. ¿Sigues a día de hoy enamorada?

Ella no respondió. Miró a su alrededor otra vez, por si alguien la escuchaba o grababa. Levantó la mirada al techo para ver si había cámaras. Al ver que podía hablar sin problemas, lo soltó.

—Creo que puede…

—Era de esperar —afirmó Gildo, y preguntó—. ¿Qué piensa al respecto tu novio?

La mujer bajó la otra pierna del sillón. Levantó un dedo y lo apuntó.

—Ni se te ocurra decirle nada a Daniel. Él no sabe nada y no tiene que saberlo. Él cree que nunca ha pasado nada.

Él asintió con una mueca y preguntó:

—¿Es por eso que has matado a Lucchesi? ¿No soportabas más su presencia?

36

La mujer se quedó petrificada.

Necesitó varios instantes para reaccionar. A Gildo le dio la sensación de que la mujer se quedaba patidifusa. Si era interpretado, lo estaba haciendo francamente muy bien.

—¿Cómo? ¿Matar yo a Michael? —preguntó, poniéndose muy a la defensiva—. ¿Es que te has vuelto…? ¿Por eso me has llamado? ¿Para esta mierda de pregunta? ¿Soy una sospechosa? ¿En serio? —fue diciendo cada vez más alto—. ¡No me lo puedo creer!

—La persona que lo ha matado estaba en el hotel. Lo conocía muy bien, tenía una fuerte sed de venganza, sabía lo de Tarantino y conocía cómo vivía. La noche del viernes fue la noche perfecta para matarlo. Y lo aprovechaste.

Ella se rio.

—No, no, no. No lo he matado yo. ¿Es que estamos bromeando? Matar son palabras mayores. Son unas jodidas palabras mayores. Quitarle la vida a alguien no es coser y cantar. Si lo hubiera hecho yo, se me estarían revolviendo las tripas de angustia y estrés y remordimiento. El jodidísimo remordimiento me estaría matando, ¿me entiendes?

—Yo te entiendo, pero creo que eres la persona con el móvil más coherente contra el señor Lucchesi.

Ella abrió los ojos aún más.

—No me lo puedo creer. ¿En serio? Yo lo quería. No podría matarlo. De hecho, no mataría a nadie —espetó, y se levantó.

Gildo lo hizo también.

Ella hizo para irse y él la detuvo.

—Espera. Lo siento, tienes que entender que eres sospechosa. Me has confesado el móvil más fuerte que existe: la venganza.

—Te juro que no he sido yo, por favor —insistió.

A Gildo le pareció que la mujer decía la verdad. Pero, por todos los diablos, ella era la más indicada y con el posible móvil más sólido.

—Espera… Me has confirmado que tu novio no lo sabe.

Ella negó la cabeza.

—No, por favor, no lo metas en esto. Es muy sensible. No lo sabe, es un buen chico y cree que es el amor de mi vida.

Los dos se quedaron en silencio. Gildo se sintió perdido por un momento. Todas las teorías y creencias se habían desmoronado. No era la primera vez ni la última. Tenía que seguir. La idea de que fuera ella no era una apuesta segura. Se sintió como un ciego que avanza en una tienda de vasos de cristal. Iba avanzando con intentonas y dando tumbos. Un paso adelante y dos atrás.

Pero algo pasó que la mujer se asustó y de repente se secó una lágrima que le bajaba de la mejilla. No se había dado cuenta de que estaba llorando. Sophie Miller estaba llorando. ¿Fingía o era de verdad?

Se dio la vuelta.

En la sala apareció Daniel, el novio. Este avanzó con paso firme. Llevaba una camiseta blanca con alguna mancha, seguramente, del desayuno.

—Cariño, ¿estás bien?

Se acercó y ella no dijo nada. Miraba a Gildo casi de reojo.

—Sí, cielo, todo bien.

—Estás llorando, ¿qué te pasa? —dijo, y se giró hacia Gildo con una mirada inquisidora que lo hubiera fulminado.

Luego, volvió a mirar a la chica.

—Si no fue Sophie, fue usted.

El hombre se giró y lo miró perplejo.

—¿Qué dice?

—Digo que si no fue ella, al señor Lucchesi lo mató usted.

El hombre lo miró perplejo y se echó a reír. Se giró hacia la novia y le preguntó:

—¿Qué dice este imbécil italiano? —preguntó, y luego se giró hacia él—. ¿Qué le has dicho a mi novia? ¿¡Se puede saber!?

—Creo que tú o ella habéis matado al señor Lucchesi. Tenéis un móvil y la coartada perfecta. Estabais juntos. Uno respalda al otro. Pero eso, delante de

un juez, tiene la solidez de un castillo de naipes.

El hombre se echó a reír.

—Este tío está chalado —dijo mientras rodaba el dedo junto a las sienes.

—No estoy loco, soy un investigador de policía y busco la verdad.

—¿Verdad? ¿¡Verdad!? La verdad está en la cárcel. Usted ha metido en la cárcel al verdadero culpable: Tarantino. Él lo amenazó. ¿Qué tiene que ver Sophie? ¿Qué tengo que ver yo?

—El asesino no salió de este hotel ni pudo entrar. Ya estaba dentro. Vosotros o incluso solo tú —dijo Gildo.

—¿Yo?

—Sí, tú. Podrías haber narcotizado a tu pareja con alguna droga que borra la memoria y que no deja rastro aparente. La duermes y solo deja un gran dolor de cabeza por la mañana —dijo, y apuntó a la mujer—. Un dolor que se puede parecer y confundir con una jaqueca.

Ella negó.

—No, inspector. Estás lejos de la verdad. Yo… —dijo, y se giró hacia su novio—. Yo me acuerdo perfectamente de toda la noche. Dormí y me acuerdo de despertarme y verlo a mi lado. Me acuerdo que estuvo a mi lado todo el tiempo. En ningún momento se marchó.

—Claro que sí. Además, ¿se puede saber por qué habría matado yo a Michael Lucchesi? ¿Se puede saber? Mira —dijo, indicando la sala donde estaban—. Mira dónde estamos, estamos aquí, en uno de los hoteles más bonitos de Roma por él. Viajábamos en primera clase, veíamos lugares increíbles. Comíamos los platos más increíbles de la gastronomía internacional. Todo por él. ¿Por qué querría matarlo? ¿Por qué lo habría matado ella?

Gildo se encontró en una bifurcación. La encrucijada era la siguiente. Según ella, el novio, Daniel, no sabía de la existencia de una relación entre Sophie y Michael. No la conocía. Menos que ella estaba aún enamorada.

Revelarlo crearía un cisma entre ellos dos.

Gildo no estaba ya tan seguro de su teoría. Estaba claro que no iban a desplomarse llorando y confesando un homicidio a sangre fría. Eso lo tenía claro.

Pero, al final, toda esa situación era fruto de una hipótesis, de una intuición…, de un farol. Y ya se sabe, los faroles son lo que son y muchas veces salen mal.

—Mejor que lo dejemos aquí —afirmó Gildo.

El ambiente estaba muy tenso. Se creó un silencio. El novio abrazaba a la chica y Gildo se sintió en una situación comprometida. Solo faltaría que esos dos llamaran al consulado y explicaran todo lo sucedido.

Eso le costaría muy caro. Seguro.

—Es mejor que te vayas, inspector. Y que nos dejes en paz —afirmó el novio.

Gildo, sin saludar, se marchó de la sala. Necesitaba aire, respirar y caminar. Necesitaba cafés y despejarse.

Salió del hotel. Buscó la Vespa y se marchó. Regresando hacia la comisaría, se detuvo en una cafetería. Cogió un *croissant* de mermelada y un *cappuccino*. Devoró la pasta y pidió otra.

Tenía una mezcla de hambre y ansiedad. Tenía la sensación de haber cometido el error más grande de su carrera. ¿Podría ese farol costarle la placa?

En ese momento, estaba dispuesto a quedarse sin sus camisas hawaianas y sin su Vespa, pero no sin su placa.

Cuando acabó el desayuno, se asustó. Era la primera vez que no sabía dónde ir, qué hacer, cómo reaccionar.

Hubiera cogido la Vespa y hubiese marchado al mar, a Ostia.

Pero escapar no era una respuesta. Escapar no era la respuesta a nada.

Respiró hondo y sintió que tenía que volver a empezar desde el principio. Todo estaba perdido. Pero debía tener algo delante. Algo simple, fácil, un detalle sencillo que no había visto y que se le escapaba. Seguro.

Fue a arrancar la Vespa para regresar a la comisaría cuando recibió un mensaje de Aurelio.

«Ven, tenemos una pista formidable».

37

Via Coronari se encontraba en el Rione Ponte, un barrio céntrico.

Entre Piazza Navona y el río Tiber. Cerca de Castel Sant'Angelo y Campo de Fiori.

La calle era estrecha. Gildo aparcó a unos cien metros del lugar adonde tenían que ir. A Aurelio lo vería antes para que le explicara qué diablos había encontrado.

Gildo, ya desesperado, considerando que ya había perdido la apuesta y con un inocente en cárcel en su conciencia, estaba abierto a todo.

Apagó el motor de la Vespa roja y se quedó esperando. Hubiera necesitado otro café. O mejor dicho, una cafetera portátil para que sacara *espresso* de vez en cuando.

Via Coronari era una de esas calles adoquinadas que daban a Roma un aire ancestral. Esas calles donde la Roma auténtica se funde con la moderna. Era un barrio elegante y lleno de vida. Los turistas acudían allí para encontrar establecimientos donde podían comer platos típicos de la cocina romana.

Mientras esperaba, Gildo levantó la mirada a los edificios ocres y desgastados. Había balcones con plantas y pisos con techos altos. Delante de él, un anticuario, con sombrero, subía la persiana a la espera de un turista que se quisiera llevar a la otra punta del mundo una lámpara o una vasija con historia.

—No pensaba que vinieras tan rápido —dijo Aurelio.

El periodista apareció de repente, como un fantasma.

Bajó de su monopatín eléctrico y lo aparcó justo al lado de Gildo. Se quitó el casco y lo ató a una señal de tráfico.

—¿Sabe tu madre que vas por Roma con ese trasto?

Aurelio miró la Vespa Primavera roja.

—¿Aún no has pensado en cambiar este vejestorio?

—Le quedan aún muchos casos por investigar a esta joya con ruedas —respondió Gildo, dando un par de palmadas al sillín.

Aurelio se arregló el pelo. Impoluto como siempre, se ajustó la camisa y la americana.

—¿No pensarás entrar ahí dentro conmigo?

Aurelio bajó la mirada y Gildo se la devolvió.

—No pienso decirte nada si no me dejas entrar.

—El caso es mío —respondió Gildo.

—El contacto es mío. Lo comparto porque somos socios en esto. Yo entraré contigo —dijo Aurelio, y se colocó con los brazos en jarra—. No es discutible.

El periodista estaba determinado. Gildo no tenía muchas opciones de salirse con la suya. Era entrar con el periodista o no había trato.

Considerando que estaba en un callejón sin salida, solo pudo aceptarlo.

—Está bien. ¿A dónde vamos?

Aurelio sonrió y bajó los brazos. Cogió su móvil y le enseñó lo que tenía preparado para él.

—Esto es una grabación de un documental. Es de hace un año. Se ve cómo…

—Aurelio, ponlo y lo veré por mí mismo —dijo Gildo.

—Vaya, estamos nerviosos hoy.

Gildo evitó dar explicaciones, no quería conmiseración, sino resolver ese caso.

—Venga, dale…

El periodista le dio al *play*. Apareció Lucchesi con una actitud agresiva. Movía el brazo reiteradamente encima de un plato. A su alrededor, los comensales lo miraban sorprendidos y casi asustados por sus gritos.

—No puede ser que haya perdido mi precioso tiempo para venir a este localucho a comer esta bazofia —gritaba Lucchesi, indicando el plato, mientras un hombre con el pelo blanco y ojeras se veía sobrepasado—. Esto es una mierda. ¡Una mierda! Deberían quitarte la licencia y no dejarte poner fuera restaurante italiano. ¡Por todos los dioses romanos! Esto no es un *saltimbocca a la romana* —dijo apartando un plato, y luego, señaló otro donde había una *pizza* —. Ni esto es una *pizza* que merezca respeto.

El vídeo seguía, pero, de repente, se vio la cara de un hombre. Su rostro transmitía rabia y estupor a la vez. Miraba el plato, a Lucchesi y a la gente a su alrededor. Se ruborizó y apretaba la mandíbula. Su ira estaba saliendo de su interior a borbotones.

—No puede ser, usted me había dicho… —gritó, apuntándolo.

El británico lo detuvo y le impidió seguir.

—No hago reseñas de lugares tan mediocres. No merece mi atención —dijo, y con un gesto de la mano, concluyó—. Categóricamente, no. Mis zapatos no pisan restaurantes de inmensa mediocridad. ¡Solo excelencia! —afirmó, y se giró hacia el vídeo; con un gesto en el cuello, indicó al *cameramen* que cortara.

El vídeo se detuvo.

—¿No hay más? —preguntó Gildo.

—No.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Me has hecho venir por esto? —preguntó, casi molesto, Gildo.

—Claro. ¿Te parece poco?

Gildo negó con la cabeza.

—Esto está todo montado. Está todo orquestado. ¿Es que no lo ves? Es un burdo y banal teatrillo mal montado. Están todos de acuerdo.

Aurelio guardó el móvil y se cruzó de brazos.

—No lo es. Vamos y te lo demostraré.

Gildo arrugó el ceño.

—¿Quién te dice que esto no es una… ¡farsa!? —espetó Gildo, haciendo hincapié en la última palabra—. Es más, ¿cómo te has enterado de esto? ¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis contactos —dijo Aurelio, dándose la vuelta, y se puso a caminar.

Gildo chasqueó la lengua. El cansancio empezaba a hacer estragos. Necesitaba más café, dormir, pero la verdad era lo más importante.

—*Porca miseria* —espetó, y caminó detrás de Aurelio.

Anduvieron algo menos de cien metros. Cuando el periodista se detuvo, se encontraban delante de una vieja puerta abierta de madera. Encima, un letrero luminoso indicaba el nombre del establecimiento.

—Lievito Nero —leyó Gildo—. ¿Qué tiene que ver la levadura negra con un restaurante?

Aurelio se giró hacia él.

—¿Me quieres decir que es mejor Porco Miseria como nombre para un establecimiento? —preguntó, y, sin esperar la respuesta, entró en el restaurante.

Al entrar, los recibió el olor a lejía. Un chico estaba pasando el mocho y las antiguas baldosas de terracota estaban mojadas, dejando un olor muy característico.

—¿Hola? —preguntó el chico.

—Buscamos al señor Mancini —dijo Aurelio—. Fabrizio Mancini.

—Soy yo —dijo un hombre desde detrás de la barra.

Los dos se acercaron.

El hombre, al verlos, se asustó.

De pronto, el señor Mancini, dueño del local, empalideció. A Gildo le dio la impresión de que había visto un fantasma.

—*Santa Madonna*. ¿Sois de la *guardia di finanza*? —preguntó, refiriéndose a si eran inspectores de Hacienda.

Gildo sacó la placa.

—Policía. Soy el inspector Falcone, de homicidios de la comisaría del Trastevere. Y él es mi compañero.

Aurelio se giró. Le gustó que lo presentara así. No mentía, ni decía la verdad. Parecía una presentación de las que hacían los compañeros del FBI en las series. Aunque Aurelio se giró y, detrás del dueño, entre las botellas de licores, se pudo ver en el reflejo del cristal. Mirándose, no daban el pego, un hombre aseado en traje impoluto y un hombre con barba, pelo largo y una camisa de flores hawaianas. No pegaban ni con cola.

—¿Qué quieren? —espetó, seco.

—Queremos hablar con usted del señor Lucchesi.

El hombre, que estaba guardando en el botellero unas latas, se detuvo. Miró con intensidad a Gildo. Sacó la mano de la nevera, cogió otra lata del *pack* y lo apuntó con ella.

—Ese canalla ha recibido su merecido…

38

Gildo se quedó callado.

Observó al dueño del restaurante con preocupación. Estaba analizando sus palabras y sus movimientos. Sus gestos voluntarios e involuntarios.

¿Podía estar delante del asesino de Lucchesi?

Si fuera él, ¿habría echado a correr?

¿Qué llevaba a un señor como él a matar? O incluso antes que eso, a llegar a sobornar o, mejor dicho, a contratar servicios de un experto o *influencer* para conseguir visibilidad en una televisión británica.

¿Podría ser Fabrizio Mancini un asesino?

—¿Qué quiere decir con «ese canalla ha recibido su merecido»? —preguntó Gildo—. ¿Qué es lo merecido?

El propietario de Lievito Nero dejó de poner las bebidas en las neveras.

Miró al investigador a los ojos.

—Ese hijo de puta era un estafador.

—¿Estafador?

El hombre chasqueó la lengua.

—No me vengan con estas. Ya saben lo que pasó. Si no, no estarían aquí —dijo, cerró el botellero, se echó hacia atrás, se apoyó en la barra y los miró con los brazos cruzados—. Me pregunto qué es lo que quieren sacar de esta conversación. Porque ya tienen al culpable, ¿verdad?

Gildo suspiró y se acercó al mostrador que los separaba. Fue entonces que vio cómo el hombre, con las mangas de su camisa tejana, enseñaba unos tatuajes. No eran nuevos, nítidos, sino algo viejos, casi verdes. De ese color verde grisáceo de los tatuajes que con el tiempo se han pasado de moda.

—Creemos que… —dijo, y se detuvo. No podía decir a un ciudadano que la justicia se había equivocado y que en la cárcel estaba un inocente.

¿Cómo tenía que decirlo? Eso no lo había preparado.

—Estamos investigando otras pistas. ¿Dónde se encontraba usted la noche del viernes pasado?

Fabrizio Mancini dejó de mirar a Gildo y miró al otro hombre.

—¿Qué está diciendo su compañero? ¿Es que se han bebido el cerebro o qué?

Aurelio se quedó impasible, solo mirando y escuchando, mientras la grabadora profesional que tenía en su cabeza no dejaba de grabar olores, gestos y palabras.

—Escuche, señor Mancini —insistió Gildo—. Debería contestarme.

El hombre se giró de nuevo hacia Gildo. Se quedó unos instantes en silencio, perplejo y desplazado. Cuando entendió que no era ninguna broma ni ningún farol, y que el policía iba en serio, cambió de actitud.

—Escuchen. Yo estoy limpio. Por el amor de Dios. Yo no quiero problemas, ¿saben? He tenido que hacer muchos sacrificios para poder estar aquí. Tener mi trabajo honrado y no tener problemas con la justicia. No me voy a meter ahora con estas mierdas. No, estoy limpio, no mataría a nadie.

—¿Ni a un tipo que le ha estafado miles de euros?

Mancini apretó la mandíbula. Bajó la mirada y dio con el puño sobre la encimera del bar.

—Ese malnacido casi me hace cerrar. No solo me cobró una brutalidad de dinero a cambio de visibilidad, de *likes*, como se dice ahora, y, sí, me dio la visibilidad, pero para mal, ese hijo de puta.

Gildo asintió.

—Lo sabemos. Pero eso no justifica matar a nadie.

Mancini se acercó a Gildo sin que el policía se lo esperase.

Lo apuntó con el dedo y lo señaló un par de segundos. Sin decir nada. Luego, guardó el dedo y bajó la mano.

—Lucchesi me ha casi arruinado. He pagado una cantidad estratosférica —dijo mientras se apoyaba la mano en el pecho—. Y casi he cerrado esa puerta, he tenido que reducir personal y seguir como he podido. Si no, ¿creen que estaría rellenando botelleros con estas jodidísimas latas de refresco?

—¿Adónde quiere llegar?

—Quiero llegar a que, a pesar de que se la tenía cruzada, no quería matar a ese idiota engreído. Nunca lo haría. Quiero seguir libre, ya pasé demasiados años en prisión como para volver allí. Sé muy bien lo que se cuece detrás de los barrotes. Y no pienso volver.

Gildo y Mancini se quedaron mirando en silencio. En la pizzería solo se escuchaba al chico que seguía pasando el mocho. El palo que iba golpeando de un lado al otro de las sillas y de las mesas. Del otro lado de la cocina, llegaban ruidos de ollas y sartenes. En el rincón del horno, donde se preparaban las pizzas, crepitaba la leña.

—¿Sabe quién es la única persona a la que quisiera matar? —preguntó Mancini.

Gildo no contestó.

—¿Quién? —preguntó Aurelio.

—Al auditor del control sanitario de calidad alimentaria del ayuntamiento.

Gildo contuvo la risa. Sabía muy bien lo que decía ese hombre y conocía muy bien lo exigentes y subnormales que eran ciertos individuos del ayuntamiento. Los responsables de la sanidad podían ser un grano en el culo, mucho mayor que un agente de la Agencia Tributaria.

Gildo lo sabía porque quien le tocaba a él era uno de los que, amargados de la vida, solo tenían placer en hacer exasperar a los demás y hacerlos sufrir. No se extrañaría que un día se lo encontrara tirado en una cuneta degollado o quemado vivo. No lo deseaba, por supuesto, pero no le hubiera extrañado.

—¿Qué *pizza* hace usted? —preguntó Gildo.

—¿Qué dice? —dijo Mancini sin entender de dónde venía la pregunta.

—Su *pizza*, ¿de qué estilo es?

—¿Mi *pizza*? —dijo, y miró el fuego que estaba avivando en el horno—. La romana, como tiene que ser.

Esa respuesta podría darla cualquiera, pero había un detalle que no se había filtrado. La frase escrita con harina en la habitación de Lucchesi no la conocía nadie.

Pizza é napoletana.

—¿Para usted, la *pizza* es romana o napolitana? —preguntó Gildo.

Aurelio se giró hacia Gildo y aguantó una mueca.

—Psee… ¿Es una trampa?

—No, por favor. Usted qué opina, ¿cuál es la original y la mejor? —insistió Aurelio.

Mancini miró a Aurelio, luego, se giró hacia Gildo y contestó mirando al primero.

—Es romana. Los napolitanos son unos impostores.

Gildo suspiró. No sabía si ese hombre decía la verdad, pero lo creía. Sin embargo, necesitaba una prueba fehaciente.

—Señor Mancini, necesito una confirmación. Ya sabe, es por mis jefes y el informe que tengo que redactar. Necesitaría que me indicara dónde estaba la noche del viernes sobre las doce.

A Mancini le molestó su insistencia. Pero siempre funcionaba echar la culpa a los superiores. El argumento «no es para mí, sino para mi jefe pesado» era algo que siempre iba bien.

Mancini mostró que esa noche un grupo de españoles llegaron tarde, y ya se sabe que los españoles suelen comer muy tarde. Con la excusa de que no sabían los horarios de Italia, siendo su primer día en Roma, llegaron a las diez y media. Aunque la cocina cerraba a las diez, a una mesa de casi mil euros no podía decirle que no. Así que, entre cafés, *cappuccinos*, tiramisú y chupitos, se fueron sobre las dos de la mañana. La etiqueta marcaba la una y cuarenta y tres de la noche.

—De acuerdo, señor Mancini, una última pregunta. ¿Cómo supo que el señor Lucchesi podía dar esos servicios?

El hombre se lo pensó un segundo. Luego, sacó el móvil.

—Por Luigi.

—¿Quién es Luigi?

—Esa sanguijuela que me vendió los servicios de Lucchesi y cobró por él en efectivo —espetó Mancini con rabia—. Apúntese el número y, por favor… —dijo haciendo una pausa para remarcar la importancia de lo que continuaba —, díganle que van de mi parte.

39

Luigi Cozza.

Una sanguijuela y un buscavidas con las expectativas muy altas y las capacidades muy bajas. Lo mismo que hace *la cozza*, un mejillón, que se engancha a lo que sea y filtra el agua en búsqueda de algo que los demás dejan ir.

Gildo y Aurelio llamaron un poco a la defensiva. Si Luigi se hubiera olido que eran policías o, mejor dicho, un inspector de policía y un periodista, los habría bloqueado.

Le dijeron que se habían enterado de sus servicios, que les habían hablado muy bien de él y que tenían que verse cara a cara.

Luigi, ansioso y sediento de dinero, aceptó quedar con ellos.

Se hicieron pasar por empresarios y quedaron en un club de tenis de las afueras de Roma.

Se sentaron en dos mesas de la cafetería. Aurelio, cerca de la entrada, pidió agua con gas. Gildo, en cambio, se sentó en la parte más interna de la cafetería, al lado de los lavabos, y pidió un café americano doble y largo.

Los dos se comunicaban con señas. Mientras Gildo esperaba a que llegase, llamó con el móvil a Aurelio, que lo escuchaba como si estuviera hablando con alguien, pero con el micrófono apagado.

Cuando el sujeto apareció, vieron que era como el jorobado de Notre-Dame. Bajo, algo cojo y con un rostro no muy agraciado que lo convertía en alguien muy peculiar.

¿Cómo se habría asociado con Lucchesi?

—¿Gildo? —preguntó el hombre antes de sentarse.

Él asintió y le indicó la silla. Él, al hacerlo, se quedó con los pies colgando, como un niño.

—Gracias por venir.

—¿En qué puedo ayudarte?

Gildo dio un sorbo al café.

—Me han dicho que tú puedes ayudar a gente…

—Eso parece. ¿Qué necesitas? —afirmó, enérgico y con una sonrisa que cada vez se hacía más grande porque se olía que esa conversación le reportaría mucho dinero.

—Estoy buscando información y creo que tú me puedes ayudar.

El hombrecillo se encogió de hombros.

—Mi información es eficaz, veraz y, depende de cuál, algo costosa.

—El dinero no es problema —dijo Gildo, y pensó que no lo era porque no pensaba pagar.

Al escuchar eso, el hombrecillo se reajustó en la silla; aquello le empezaba a gustar.

—Necesito saber dos cosas —dijo Gildo, sacando un dedo de la mano—. Una es a cuánta gente le cobraste dinero en nombre de Lucchesi, y dos —se señaló el segundo dedo de la mano—, cuántos de ellos no se fueron muy contentos de sus servicios.

Luigi se quedó en silencio. Las facciones de la cara se le tensaron. Al comprender hacia dónde se estaba desviando la conversación, se deslizó por la silla y se dispuso a marcharse.

—Yo de ti no me iría —afirmó Gildo.

Cuando el hombrecillo se levantó, se encontró a Aurelio impidiéndole el paso e hizo un gesto que Gildo no se esperaba: metió la mano dentro de la americana como si estuviera a punto de sacar una pistola, pero sin sacarla para que no lo vieran las demás personas.

El hombrecillo se detuvo en seco.

Aurelio pensó que, siendo un hombre oscuro que trataba con todo tipo de gente, entendería que no iban de farol.

Le indicó que volviera a la mesa con solo un gesto de la cabeza, tenso, serio, firme.

Luigi obedeció.

—¿Quiénes sois de verdad?

Gildo sacó la placa de la camisa.

—Mierda. ¡Joder! —soltó Luigi.

—Lo vuelvo a preguntar.

—No hace falta, te he entendido. Soy feo, no tonto.

El hombrecillo empezó a pensar. Había mucha gente que estaba en esa lista, pero solo dos cumplían con la segunda condición.

—¿Tanto has estafado, Luigi? —dijo Aurelio.

El hombrecillo se giró enfadado.

—No he estafado a nadie. Yo les vendía un servicio que Michael Lucchesi, que en paz descanse —dijo mientras se santiguaba—, ofrecía. Yo era un mero trámite, un puente.

—Pero te quedabas con una parte.

—Claro, poli. ¿Tú trabajas gratis acaso?

Gildo chasqueó la lengua.

—Por lo que cobra un policía y lo que trabajamos, lo hacemos más por amor al arte que por otra cosa.

—Eso es problema tuyo, poli.

—¿Cuánto cobrabas por los servicios de Lucchesi?

—Teníamos varias tarifas. Desde solo una mención en sus redes sociales hasta entrar en su programa. Esta era la más suculenta…

—No me digas —contestó Aurelio—. ¿A cuánto era esta?

Luigi se calló y le apareció en su feo y descuadrado rostro una sonrisa malévola.

—¿Qué gano yo?

Gildo no titubeó.

—No tengo tiempo que perder. Los compañeros de la Hacienda Pública siempre me están preguntando si conozco a algún estafador, como no me respondas ahora mismo con información correcta…

El hombre sacó las manos.

—Vale, valee…, no hace falta que nos pongamos tan tensos.

—Suéltalo de una vez.

—Unos cincuenta mil euros.

La cantidad dejó boquiabierto a Gildo y Aurelio se rascó la nuca.

—Menudo atraco a mano armada.

—Eh, poli. Yo decía lo que había y la gente pagaba. Lucchesi se encargaba. Luego, que la *pizza* no le gustara o que los *spaghetti allá carbonara* no salieran bien era cosa suya.

—¿Cuánta gente cayó en vuestra trama?

—Voluntariamente —afirmó, alzando un dedo.

—Lo que sea. ¿Cuántos?

El hombrecillo los contó con la mente.

—Unos nueve, no, diez. Diez, sí. Diez.

Esa cantidad le pareció estratosférica. ¿De dónde salía tanto dinero para pagar a un maldito *influencer*?

Primero, Gildo se escandalizó; luego, tuvo compasión por esas personas.

—¿Cuánto te llevabas tú?

—Yo…

—¡Cuánto! —insistió Gildo.

—Un diez.

—¿Diez mil euros? —preguntó Gildo.

—Diez por ciento. Cinco mil.

Aurelio silbó de forma apreciativa.

—Cinco mil libres de impuestos. Nada mal.

El hombre se arregló la camisa.

—Los servicios de Cozza se han de pagar.

—Ya te digo.

—Escúchame, quiero saber quiénes eran esos dos clientes. Los nombres. Venga, escúpelos.

Luigi suspiró, se lo pensó y necesitó que los dos insistieran varias veces más. Le recordaron que Hacienda le crujiría si lo supiera.

—La pizzería Franciscana y la pizzería Lievito Nero. ¿Contentos?

Gildo y Aurelio se miraron a la cara. Era lo que querían saber.

—Yo no he dicho nada. Esos energúmenos de Franciscana aún me llaman para que les devuelva el dinero —dijo Luigi mientras chasqueaba la lengua—. Ilusos.

Gildo esperó, quería que el hombrecillo recordase algo más o quisiese añadir algo, pero no fue así.

—Entonces, ¿solo dos?

Luigi, con su cara asimétrica, asintió.

—Solo dos.

Gildo subió la mano y pidió la cuenta al camarero. Después, bebió de un trago la mitad del café.

—¿La pizzería Franciscana y Lievito Nero? —corroboró Aurelio.

—Así es —afirmó, y con un tono orgulloso siguió—. Maderos, ¿sabéis con qué me quedo de toda esta historia? —preguntó, y los dos se quedaron mirándolo, atentos—. Que de los diez que pagaron, solo dos se quedaron poco contentos. Eso es un ochenta por ciento de efectividad. Es un ochenta por ciento de clientela contenta. ¿Os parece? Sería como tener un notable.

El camarero llegó y dejó la cuenta.

Gildo la cogió, por un agua y un café americano muy largo, casi quince euros. Estaba claro, no estaban en un bar cualquiera, sino en un club de tenis.

Levantó la mirada y le hizo un gesto con la cabeza a Aurelio. Se levantó y acercó la cuenta a Luigi.

—Gracias por el café, Luigi. Nos vemos. Espero que no sea en el cuartelillo de la policía —advirtió, y se fue.

El hombrecillo se quedó con la boca abierta, mirando cómo se marchaban los dos hombres.

—¿En serio me dejáis esto para pagar?

—Mejor eso que una buena propina a los de Hacienda Tributaria —afirmó Gildo.

El hombrecillo cogió el *ticket* y sonrió al camarero, que se acercó para preguntarle si prefería pagar al contado o con tarjeta.

Mientras salían, Gildo se giró hacia Aurelio.

—Oye, cuando Luigi ha ido hacia ti, ¿no era más fácil que me pidieras la placa que hacer el numerito de la pistola bajo la americana? —preguntó al periodista.

—¿Y crees que hubiera sido tan divertido?

—¿Divertido?

—Es que tenía muchas ganas de hacerlo. Me moría de ganas de parecer un agente secreto, un reportero en una zona difícil del mundo y ningunear a la mafia local. ¿No te parece emocionante? —dijo, y se jactó—. La sugestión, amigo mío. La sugestión es más poderosa que lo que la gente ve.

Gildo sonrió y negó con la cabeza.

—Eres de lo que no hay. ¿Y si nos hubieran visto? ¿Y si unos de la secreta nos hubiesen abordado como si fuéramos mafiosos? —observó Gildo.

—Me hubiera encantado —dijo Aurelio—. Incluso si el policía hubiera estado bueno, me habría encantado que me cacheara.

Gildo ladeó la cabeza.

Fueron hasta la Vespa. La arrancaron y fueron hasta el centro; tenían la siguiente visita que hacer: la pizzería Franciscana. La segunda que había pagado a Lucchesi y tenía un móvil válido para matarlo.

40

Cuando llegaron a la pizzería Franciscana, ya estaban en pleno servicio.

Los platos salían de la cocina con pizzas enormes. Eran grandes y finísimas. Sobresalían por todos los lados del plato. Los camareros tenían problemas para llevarlas. Y cuando llegaban a las mesas de los turistas, sus caras eran de asombro. Asombro y fotos. Selfis y retos para acabarla.

Cuando vieron las pizzas, constataron un hecho: las pizzas que servían no eran napolitanas, sino romanas.

Gildo sintió una ducha fría. Era otra pérdida de tiempo. Otra vez para nada. En su fuero interno, la visita a la Franciscana tenía el mismo peso que el Lievito Nero. Ni mejor ni peor, solo igual, una pérdida de tiempo.

Aurelio insistió para que, de todas formas, evaluaran si podía ser lo que creían. Ya que habían llegado, pues seguir. Sin embargo, Gildo se olía que allí no estaba su lugar. El tiempo pasaba y su apuesta se estaba acercando al final.

Aurelio entró y Gildo preguntó por el jefe enseñando la placa a un camarero, el dueño apareció enseguida. Era un hombre alto, calvo y musculoso. Muy musculoso, tanto que parecía que viviera en un gimnasio.

Este los llevó a su despacho. Se sentó detrás del estrecho escritorio y las dos visitas se quedaron de pie.

Ese hombre tenía toda la fuerza para matar a una persona estrangulándola o apretando una almohada en la cara hasta matarla.

Le preguntaron dónde se encontraba la noche del viernes anterior y el hombre dijo que estaba fuera de Roma, en una competición de culturismo. Enseñó fotos, billetes de avión y facturas de hotel.

—¿Por qué me lo pedís? —preguntó él.

Gildo y Aurelio se lo explicaron.

El dueño se levantó de golpe.

—Lucchesi se lo ha buscado, pero a quien tengo aquí… —dijo, señalándose el pecho— es al enanito de los cojones. El feo de Luigi Cozza. A ese, si lo pudiera, lo mataría con mis propias manos. Dios quiera que no lo vea nunca por ahí o lo mato de verdad.

La situación llamó la atención de Gildo. ¿Por qué a ese hombre le molestaba más el enano que el presentador que lo había insultado?

No se lo explicaba, Gildo así que se lo preguntó.

—Porque ese musgo de las cloacas me hizo perder dinero. Me dijo que era una inversión segura, que tenía un retorno de la leche, que eso era como oro. Tenía la oportunidad de hablar con el mismísimo Lucchesi de los cojones —dijo, y se cogió los genitales a dos manos—. ¡Los huevos! Me hizo perder cincuenta mil euros.

—¿Y por qué no está rabioso con el presentador del programa? —preguntó Aurelio.

—Porque al británico podía gustarle más o menos mi *pizza*. Podía gustarle más o menos mi local. Pero el otro me dijo, al verme titubeante: «Si no quedas satisfecho, te devuelvo el dinero». Y desapareció. A mí nadie me engaña —gritó.

La conversación siguió. Gildo y Aurelio siguieron sonsacando información, pero al final llegaron a la misma conclusión: otro fracaso

Antes de salir, Gildo miró por un instante al pizzero que estaba sacando y metiendo pizzas en el horno. Lo reconoció. Había visto antes a ese hombre, estaba seguro. Se lo quedó mirando mientras trabajaba.

—¿Estás bien? ¿Has visto algo? —preguntó Aurelio.

Gildo no respondió y se acercó.

Cuando lo tuvo más cerca, se acordó de dónde lo había visto. Era el exnovio de Marzia.

Sí, tenía que ser él. Recordó la cara de ese energúmeno cuando la besó. Estaba bronceado y tenía el pelo recogido. También era corpulento y con tatuajes.

No podía equivocarse.

—¿Cómo se llamaba? —susurró Gildo—. Davide Sorrentino, sí.

Sonrió.

Se acercó y se presentó.

Al acercar la mano, Davide se limpió la suya de restos de levadura, harina y trozos de tomate.

—Mucho gusto —dijo él con una voz finita, casi de pito—. Marzia me ha hablado mucho de ti.

En un hombre corpulento, no se hubiera esperado una vocecita así. Se hubiera esperado una voz con un tono grave, profundo, casi de locutor de radio.

—Encantado. Espero que haya sido para bien… —dijo Gildo.

El hombre sonrió y sacó con una larga pala una *pizza* de *pepperoni* del horno. La dejó con un movimiento de muñeca en un plato y apretó una campanita. El camarero apareció y se la llevó.

—Davide, ¿para ti, cuál es la verdadera *pizza*?

El hombre arrugó el ceño y miró a Aurelio. Este se encogió de hombros.

—Ah, sí. Es verdad que eres cocinillas. Tienes un puesto de mala muerte de bocadillos —dijo el hombre—. Es verdad. Es que una pregunta así nunca uno se la esperaría de un policía.

Gildo se hizo el loco. Bajó la cabeza y se rascó la nuca.

—Ya, es que mis compañeros dicen que estoy un poco majareta.

Él hizo un ademán con la mano. Se giró y, con la pala, movió una *pizza* dentro del horno para que no se quemara.

—Ya te entiendo, Gildo… —dijo con condescendencia—. Soy del sur, de Basilicata. Así que, para mí, la *pizza* no es ni romana ni napolitana. Es diferente. Algún día te enseñaré cómo es. Es más, te lo voy a confiar. Mi sueño en Roma es montar una pizzería con la verdadera pizza, *la pullese*.

Gildo asombrado, asintió.

—Y para el jefe, ¿cuál es la verdadera *pizza*?

Davide hizo otra vez un ademán.

—Ese no entiende nada más que de pesas y proteínas. Cree que es la romana.

—Bien, gracias —dijo Gildo, y le alargó la mano—. Gracias y hasta la próxima. Bueno, el día que hagas tu *pizza*, llámame para probarla, estoy ansioso.

Gildo y Aurelio se marcharon. Gildo le tuvo que explicar quién era ese chico.

Se sentaron en un banco, a la sombra.

—Hemos perdido toda la mañana —dictaminó Aurelio—. Al final, tenías razón tú.

Gildo movió el índice de un lado al otro.

—Te equivocas. Ha sido más útil de lo que crees. Pero me tengo que marchar —dijo Gildo mientras se levantaba.

—¿A dónde vas?

—Tengo que ir a la oficina, tengo que volver a empezar desde el principio. Sé que se me está escapando un detalle y no sé cuál es. Pero estoy seguro de que lo encontraré.

Aurelio levantó las manos.

—Pues nada, vete. Sé feliz. Ya nos veremos —dijo, y antes de que arrancara el motor de la Vespa, añadió—. Mantenme informado, en esto estamos los dos implicados.

Gildo se fue de la calle de la pizzería Franciscana. Aceleró por las calles de Roma, sorteó coches y pasó en ámbar e incluso un semáforo en rojo. Cuando llegó a la comisaría, dejó la Vespa en su lugar, entre dos tiestos con plantas.

Bajó y entró en la cafetería Lèttere como un tornado. Se acercó a la barra donde estaba trabajando Marzia. La apuntó y le dijo:

—¿Davide puede ser un asesino?

41

La pregunta la dejó en *shock*.

—¿Cómo dices? —preguntó Marzia.

—Davide, tu ex. Por dinero, ¿crees que podría matar a alguien?

Ella negó. Dejó la bandeja con platos y tazas y juntó las manos delante de su boca.

—Gildo, ¿te has caído de la Vespa? ¿Te ha pasado algo? ¿Te ha caído un rayo en la cabeza? Dime qué te ha pasado.

—No, quiero saber si sería capaz. Punto.

Ella arrugó el ceño y lo miró con perplejidad.

—No me asustes, Gildo. ¿Davide se ha metido en problemas? ¿En serio?

Gildo negó con la cabeza y bajó la mirada mientras se rascaba la frente para pensar.

—Es una larga historia. Pero quiero que me contestes rápido a la pregunta. ¿Es posible o no? —preguntó—. Contéstame, ¿qué te dice el corazón?

Marzia arrugó el ceño.

—No, Gildo. Me jugaría lo que fuera. Davide no ha matado a nadie. Mucho debería haber cambiado o verse en apuros para hacer una barbaridad tal.

Gildo asintió. En parte, se sentía aliviado, pero empezaba de nuevo en la casilla de salida.

Se sentó en un taburete y suspiró. De pronto, sintió hambre. Desde el desayuno, no había comido nada y ya era por la tarde.

Indicó a Marzia un par de sándwiches preparados de su vitrina, uno de atún, otro de jamón de Parma y un *cappuccino* extragrande para llevar.

Se los pagó, le dio un beso y se marchó a su despacho.

Se sentó en su escritorio. Sacó las carpetas y empezó a repasar todas las pruebas. Necesitaba silencio y concentrarse, pero la falta de azúcares era tan

grande que prefirió comer primero. Comió los dos sándwiches. Primero, el de jamón de Parma y luego, el de atún. Se quedó con hambre, pero deseó que después de meter en su cuerpo todo ese café con leche y espuma se le aplacara.

Faltaban pocas horas para que se acabara el tiempo que el comisario le había concedido.

Repasó las pruebas de la científica, abriendo la carpeta con todas las fotos. Revivió el momento en el que estaba en la habitación del hotel. Michael Lucchesi con la máscara de *pizza*. Ahogado. La frase en el suelo. La sensación de que era una venganza o, por lo menos, querían que lo pareciese; una venganza por su programa.

El equipo de grabación del programa *The Pizza Wars: Rome vs Naples*. Recordó el vídeo que se convirtió en viral en las redes con la activación de una bomba mediática. Desde Londres, se despertó la rivalidad de la *pizza* napolitana con la romana.

Recordó el viaje inesperado al consulado y los planes de meter en la cárcel a quien fuera. Al primero que cogieran, es decir, Tarantino. Gracias a su amenaza, se desmarcó y entró en la quiniela de los posibles asesinos. El Ministerio de Asuntos Exteriores no se lo dejó decir dos veces y lo aprovechó.

Tarantino no podía ser. Su amante también lo corroboró. ¿Y quién hubiera matado a un enemigo dejando en la escena del crimen indicios para que fuera él el principal sospechoso? ¿Un idiota? ¿O un genio?

Pero luego, las opciones barajadas de alguien externo. De alguien descontento con sus servicios no oficiales. Y su equipo, que estaba entregado, hasta que Aurelio dio un giro importante a la investigación destapando un lado oscuro de Lucchesi: el adulterio.

Luego, apareció la señorita Miller, colaboradora y productora de sus programas televisivos.

La señorita Miller y Lucchesi tuvieron un *affaire*.

Eso la convirtió directamente en una posible sospechosa. Luego, con Aurelio, conoció a Luigi, el hombrecillo, y las dos pizzerías descontentas.

Pero nada llevaba a una estela clara de un asesino. Nada.

La frase era clave: *pizza é napoletana*.

Una declaración de intenciones y una amenaza.

Desde luego, no podía ser ni más ni menos que una pista que llevara a una dirección equivocada. No podía ser otra cosa.

Tenía que regresar al hotel.

Allí estaba la clave. Seguro. Las fotos eran importantes, pero no eran suficientes. Siempre se olvidaba o no se apreciaba algún detalle.

Las cámaras del establecimiento lo confirmaban, porque nadie salió ni entró que no fuera del hotel. Dio el último sorbo al café y tiró el vaso de cartón en la papelera.

Bajó las escaleras.

—A Gi, ¿cómo estás? Tienes que decirle a tu madre que lo que sobró de la comida se lo llevé a mi mujer y se quedó sin aliento. No para de decirme que te lo diga.

Gildo asintió.

—Cuando vea a mi madre, se lo diré —respondió Gildo sin darse la vuelta.

Su cabeza ya estaba en la habitación de Lucchesi.

Salió de la comisaría y subió a la Vespa. Se puso el casco y se fue directo al Grand Hotel Savelli. Tenía que correr. Tenía que darse prisa.

No por sus malditas camisas hawaianas.

No por su fiel e inseparable compañera de aventuras, la Vespa Primavera 125.

No por su barba.

Tampoco por su pelo.

No, para nada de todo eso. Solo y exclusivamente por un fuego que tenía dentro que lo alimentaba, que se llamaba verdad, que se llamaba justicia, que se llamaba libertad.

Fue serpenteando el tráfico de la tarde. Tenía poco tiempo.

Llegó al hotel. Esa vez sintió que era la buena. Tenía que serlo.

Aparcó y entró. Pidió la llave magnética de la habitación. Al cogerla, se dio la vuelta y dio un paso hacia el ascensor, pero se detuvo, se giró y pidió al responsable de la recepción si los compañeros del señor Lucchesi seguían en el hotel.

El hombre le contestó que se acababan de marchar con un minibús hacia Fiumicino.

Gildo asintió. Sentía que el tiempo se le estaba escurriendo.

Abrió la puerta de la *suite* y revivió lo que había visto. Tenía que concentrarse y centrarse en el caso. La clave, estaba seguro, estaba allí dentro.

42

La clave estaba allí dentro.

Gildo cruzó el vestíbulo y llegó al comedor de la *suite*. Allí, en un primer momento, cuando entró el sábado al mediodía, había un carro con el desayuno del famoso británico. Un desayuno completo y la prensa lista para ser leída. El camarero encontró el cadáver. El forense había marcado la hora de la muerte sobre las doce de la noche anterior.

La puerta no estaba forzada.

Gildo se giró hacia esta, que se encontraba cerrada.

¿Cómo pudo entrar el asesino?

O quizá tenía una llave maestra, así que podía ser del hotel.

Se imaginó la escena. Estaba aún vestido, seguramente, recién había subido de cenar. Tocaron a la puerta, el hombre tal vez puso la televisión y fue a abrir.

Lo dejó entrar.

¿Qué quería? ¿Cuál fue la excusa?

Lo maniató y disfrutó de la muerte. Lenta, afanosa, con una simple y vulgar almohada. Con la suficiente fuerza y tiempo hasta que el británico se quedó sin oxígeno en los pulmones.

Luego, la quitó y la dejó en su lugar, en la cama.

«Pero entonces…», pensó Gildo, y se desplazó por la habitación.

Tenía que montar todo el teatrillo. La escena del delito perfecta. Gildo llegó a la conclusión de que era alguien que no tenía nada que ver con la gastronomía. Alguien que sabía que, si la policía empezaba a rascar en la superficie, encontraría de todo. Corrupción, traición y envidia. De todo. todos pensarían en Tarantino y, si no, en otras historias turbias en su pasado gris.

La escena perfecta.

Menos un detalle: la masa de *pizza* era una masa hecha con mucha levadura, mucho azúcar y harina de supermercado. Una receta del montón encontrada en un vídeo en YouTube.

Ante una persona sin experiencia, todas las harinas son iguales. Un polvo blanco que juntado con agua crea una masa.

Pero ante un profesional y alguien con un poco de nociones de gastronomía, no lo son. Para nada. La masa madre dejaba trazas. La cantidad dejaba rastro. Y, sobre todo, la velocidad en hacer una masa era más que una pista, era una firma.

Alguien que se hubiera puesto a pensar sabría que una masa tiene una composición y una receta. Cada receta deja un rastro y dice mucho de la persona.

Un pizzero apurado o poco previsor hace una masa con mucha levadura y mucho azúcar. Eso hace que la masa suba rápidamente y que esté lista en poco tiempo.

Si alguien comiese ese monstruo panificado, tendría gases y sería muy indigesto. Cuanta más fermentación y menos azúcar y levadura, más digestiva.

Al contrario, cuanto más azúcar y levadura, más indigesta.

En cambio, un pizzero profesional y previsor lo que hace es una masa que es su firma. Una receta propia, una masa fermentada con mucho tiempo y mucho cariño. Un pizzero profesional se llevaría su masa, porque su masa es su firma. Era pagarle con la misma moneda.

«Mi *pizza* no te ha gustado, pues ahora te ahogará».

El asesino, si hubiese sido un pizzero, lo habría hecho perfecto. Si se hubiera tomado la molestia de dejar esa frase en la harina, también habría hecho lo mismo.

Gildo fue al baño. Estaba aún limpio y con todos los artículos de baño del hotel, los que encontraba cada cliente al contratar una *suite*, y los del propio huésped, Lucchesi.

Se planteó cómo la hizo. Estaba claro que no era un profesional. Porque si hubiese sido Tarantino, no habría perdido tiempo, la masa de *pizza* necesitaba subir. Pero algo le llamó la atención.

Se acercó al lavabo. La pila estaba limpia. Pero hizo algo que no se le hubiera ocurrido nunca, levantó el tapón y encontró su premio.

Al hacerlo, por dentro, aún había trozos de masa que habían seguido fermentando.

¿Un asesino pizzero no había llevado su propia masa?

Pensó que, si lo hubiese hecho con una bolsa de plástico, habría ahorrado tiempo, mucho tiempo.

Entonces se preguntó: ¿por qué no la llevó hecha?

Solo había una respuesta, no quería que lo pillaran con la masa preparada. Nadie que lo identificara en esa escena del delito. Nadie de su entorno. Eso quería decir que la persona que buscaba, el asesino, estaba en el hotel, compartía estancia con alguien y no quería que supiera de la masa.

Las cámaras de vigilancia del hotel lo confirmaron. Alguien de fuera no había entrado.

Tenía que ser alguien del hotel, un huésped o un trabajador del hotel.

Desgraciadamente, no eran pruebas fehacientes, solo teorías de Gildo. Con eso, al comisario no le serviría.

Pero para él era suficiente. No era Tarantino.

Sintió, por primera vez, que estaba en la buena dirección. La primera vez en toda la investigación.

Pero aún había muchos problemas por resolver.

Se acordó de la masa en la cara. Recordó que era dura, una costra. Allí no había ningún horno.

¿Podría ser que el asesino tuviera un horno y lo hubiera llevado y guardado?

El forense no dijo que tuviera ningún signo de quemadura o cocción.

Eso no podía ser.

O el asesino se había inventado un horno portátil para máscaras de *pizza*.

Era un sinsentido. ¿Cómo había secado la masa?

No lo tenía claro.

Se dio la vuelta. Sentía que estaba cerca, como cuando se te olvida una palabra y la tienes en la punta de la lengua.

En el mismo punto tenía al asesino. Sabía que faltaba poco.

Miró el reloj, faltaban veinte minutos para que finalizara su apuesta con el comisario. Se sintió como Cenicienta.

Pizza é napoletana.

Miró fijamente la frase. Seguía escrita en harina. Nadie la había tocado. Con un cartelito al lado de prueba número seis.

La harina, de la misma calidad de la masa, era de un supermercado.

Se acercó y la miró bien. *Pizza é napoletana*.

La frase era extraña.

Él la hubiera escrito diferente. ¿Cómo de diferente?

Prescindiendo de la lucha del programa de *pizza* romana contra napolitana. No, nada de eso. Gildo se centró en la gramática y cómo estaba construida, o lo que fuese.

Él hubiera escrito «la» *pizza*, con artículo. No solo *pizza*. Y no era un problema de espacio, la *suite* de Lucchesi era tan grande que podía haber escrito un poema en harina.

No, el problema no era ese.

Entonces lo vio.

Quien había escrito eso no era italiano, era alguien extranjero.

Gildo se dio manotazos uno tras otro hasta que se hizo el suficiente daño como para detenerse. Cómo no lo había visto antes.

Ese verbo, el *é*, estaba equivocado. Un error común que un extranjero podría cometer, por ignorancia, por prisa, por lo que fuera.

Y Gildo no lo había visto.

Si lo supiera su madre, que siempre insistía en que estudiara más y se esforzara en la asignatura de lengua italiana, le daría un cachete bien dado y con razón.

É se escribía correctamente *è*.

El problema era la tilde al revés.

Eso no podía haberlo escrito un italiano, porque ya te viene natural.

La frase correcta sería: *La pizza è napoletana.*

Gildo se levantó.

Un extranjero alojado en el hotel y que estaba con alguien porque no pudo hacer la masa en su habitación, sino en la de Lucchesi.

Estaba claro.

Lo había tenido delante todo el tiempo.

Se trató de imbécil y de tonto.

Lo dijo en voz alta como para confirmarlo.

—Daniel Harper —susurró.

Su móvil era claro, su novia seguía enamorada del malnacido de Lucchesi y él sí lo sabía.

Miró el reloj, faltaba menos de una hora y media para que su avión saliera.

Salió de la estancia y cerró la puerta. Antes de echar a correr, una mujer se giró hacia a otra mujer que se alejaba.

—Me doy una ducha y nos vemos abajo.

Gildo se quedó petrificado.

Una ducha. La mujer abrió su puerta y entró. Tenía el pelo largo, precioso y reluciente.

Arrugó el ceño.

Pasó la tarjeta magnética y regresó a la habitación. Corrió hacia el lavabo y buscó. Rebuscó todos los armarios hasta que lo encontró. Allí estaba el horno que buscaba. El hotel tenía, en cada habitación, un secador de pelo. Uno de los buenos, de los profesionales, los mismos que usan las peluquerías.

Ese pequeño reactor de calor era más que suficiente para cocer una masa o, por lo menos, para secarla. Suficiente para dejarla como la tenía Lucchesi en la cabeza. Suficiente para que las dos partes que se unían por detrás, en la nuca, se quedaran juntas y sólidas.

El avión de Daniel Harper y Sophie Miller estaba a punto de salir. Se tenía que dar prisa.

43

Para llegar al aeropuerto de Fiumicino desde Via Vittorio Veneto, se necesitaba más de una hora. En Vespa, algo más. Con el tráfico de la tarde, más aún.

No llegaría. Tenía que detener ese avión.

Entrar en la pista de despegue y ponerse en medio con su Vespa no era una buena solución.

Así que sacó el móvil y llamó a comisaría. Lillo le pasó al comisario.

—Comisario, tengo al asesino, tengo las pruebas que necesita.

El hombre bufó.

—Lo siento, Gildo, llegas tarde por cinco minutos.

—Escúcheme, no lo llamo por la apuesta. Quiero que detenga un avión. No llegaré a tiempo. Necesito que detengan a Daniel Harper, el *cameramen* de Lucchesi. Lo ha matado él. Por celos. Su novia estuvo con él y sigue enamorada.

—¿Cómo? ¿Solo por eso? Eso y nada es lo mismo.

Gildo suspiró. Le explicó todos los indicios y le hizo, en pocos minutos, todo el razonamiento asociado a las pruebas.

Cuando acabó, no obtuvo respuesta.

Al otro lado del aparato, solo escuchó lo que más le molestaba desde que conocía al comisario: una página de diario que se giraba. El tradicional y característico ruido de las grandes páginas de un periódico.

—¿¡Me ha escuchado!? —gritó Gildo.

—Ajá…

—Y… ¿puede detener ese avión?

—No pienso detener ese avión por una corazonada, Erme. Si no tienes pruebas sólidas, no pienso mover un dedo. Y piensa que mañana te voy a asignar un coche de los nuestros y no quiero verte con esas horripilantes

camisas hawaianas. ¿Me has entendido? —dijo, y esperó la respuesta—. Has perdido. ¿Erme?

Al no escucharlo, repitió su nombre varias veces, pero el inspector ya había salido del hotel.

Arrancó la Vespa.

Cruzó la ciudad con el tráfico de los trabajadores que regresaban por la tarde a casa.

Zigzagueaba. Esquivaba un camión y se metía entre dos todoterrenos.

Llegaba a los semáforos en rojo y, si no venía nadie, los cruzaba igualmente.

Pasó por los Foros Romanos y vio cerrado su Porco Miseria. Bajó por Via Cristoforo Colombo, cruzando el barrio del Eur y pasó delante de la redacción del *Roma Tribune*.

Siguió por la autopista A-91, aunque los camiones lo adelantaban y le pitaban porque no podía conducir por esa autovía. Siguió hasta el aeropuerto y dejó la Vespa en la zona de salidas. Corrió y pasó el detector de metales enseñando la placa. Al no llevar la pistola consigo, le resultó mucho más fácil. Corrió delante del tablón de los aviones de salida. El British Airlines de las 20:30 h parpadeaba que se encontraba en embarque, pero con la última llamada.

Corrió con todas sus fuerzas hacia la puerta de embarque. A medio camino, miró de nuevo y apareció cerrado. Le daba igual, tenía que detener ese avión. Si Daniel Harper se marchaba del país transalpino, no conseguiría repatriarlo.

Siguió corriendo de todos modos.

Pero cuando llegó a la puerta, jadeando, vio lo que nunca hubiera esperado.

44

Gildo se acercó despacio.

Aprovechó para respirar, la carrera lo había cansado en gran medida.

Caminó, sin dar crédito a lo que veía. El avión empezó a separarse del *finger*, empujado por el tractor del aeropuerto.

Pero eso no era lo que le llamó la atención, sino unos sanitarios que estaban atendiendo a una chica. Una chica rubia, muy guapa y con pecas en la nariz.

Sophie Miller se había encontrado mal y estaba siendo atendida por profesionales.

A su alrededor, se estaban formando unos corrillos de curiosos. Incluso un médico usuario del aeropuerto se prestó para ayudar.

—Estoy mejor, gracias. Solo ha sido un mareo. Seguramente, una bajada de azúcar —dijo la chica—. No os preocupéis.

A su lado, estaba Daniel, el *cameramen* Daniel Harper. Él, en persona. Estaba a su lado y no en el avión que estaba acercándose a la pista de despegue.

—No te preocupes, todo está bien, amor. Pero no te levantes. ¿Quieres agua? —preguntó, amoroso.

—Quédese aquí un rato más, por favor. Ahora van a traer una silla de ruedas y la trasladaremos al ambulatorio del aeropuerto —indicó un paramédico con el chaleco reflectante con el nombre de Fiumicino grabado.

Cuando Gildo tuvo enfrente a la mujer, ella lo vio. Fue entonces que su rostro cambió por completo. Primero, demostrando sorpresa; luego, reconfortada.

Gildo sonrió y ella se levantó.

—No, amor, quédate sentada. Descansa —dijo Daniel.

Ella ignoró las palabras de su pareja. Se fue directa al inspector de policía y lo miró muy fijamente.

—Señorita Miller.

—Inspector… —suspiró, y le sonrió ella también.

Daniel, que no dejó de mirar adónde iba, se quedó de piedra al ver al inspector.

—Señorita, quédese sentada —indicó el paramédico.

Gildo y Sophie se miraron por un largo instante.

—Lo he entendido hace solo una hora… —dijo él.

—Me alegro —respondió ella.

—¿De qué diablos estás hablando? No os entiendo —dijo Daniel.

—Lamento haber sido tan duro…

—No te preocupes, solo has hecho tu trabajo.

—Ahora sí ha llegado el momento, Sophie.

Ella asintió, suspiró y pasó lo que nadie se esperaba, dio dos pasos hacia adelante y se colocó detrás de Gildo, girada, mirando hacia Daniel.

—He tenido que fingir que me mareada para que perdieras el avión, Daniel.

Daniel se acercó y levantó las manos, sin acabar de entender.

—¿Qué estás diciendo, cariño? ¿No estás mal?

—No.

—¿No? —preguntó el paramédico.

—Lo siento, pero este señor no podía abandonar Italia. Tiene una cuenta que pagar en este país.

Daniel sonrió de forma nerviosa, casi neurótica.

—¿Qué estás diciendo, cariño?

—Deja de llamarme así. No sé quién eres. Pensaba que eras una persona amable y que me querías, y eres… —dijo Sophie, y buscó las palabras—. Tú eres un monstruo.

Daniel afinó los ojos, negó con la cabeza y dio un paso más hacia ella.

Ella hizo otro tanto, pero en dirección contraria. Gildo, en cambio, se quedó quieto, escudándola.

—Cariño, ¿qué te pasa?

Gildo dio un paso al lado, bloqueando al hombre también visualmente.

Sacó la placa y se la enseñó a los paramédicos.

—Soy el inspector Falcone, de la policía de Roma. Está todo controlado.

El paramédico asintió, pero no confió. Guardó sus cosas en el maletín e informó por radio de lo que estaba pasando.

Mientras tanto, muchas personas se aproximaban para ver lo que estaba pasando.

—¿Sabe, señor Harper, qué es lo que lo ha traicionado?

El hombre se quedó inmóvil.

—Una tilde. Una maldita e insignificante tilde. En *pizza é napoletana*, la tilde va al revés. Usted sí habla italiano, pero no domina el italiano. Apresuradamente, tuvo que escribirlo. Hacer la masa en la pila y regresar. Todo antes de que el barbitúrico que dio a Sophie dejara de tener efecto. ¿Verdad, señor Harper?

Él negó.

—Tenía que ser alguien del hotel, no había dudas. Las cámaras lo demostraron. Tenía que ser una persona que aprovechó la ocasión de la pelea con Tarantino. Tenía que ser alguien de su entorno y actuar muy rápidamente antes de que se difundiera, que todos lo supieran y que el espectro se abriera. Tarantino no hizo eso. Fue el chivo expiatorio perfecto. Encima lo había amenazado de muerte. Eso era perfecto para su plan.

Daniel miró a su alrededor, sonriendo nervioso.

—Está usted muy mal de la cabeza.

Gildo negó despacio.

—No. Todo está claro en mi mente. Sobre todo, cuando entendí que usted ya sabía de la relación pasada de Sophie con Lucchesi. Lo sé porque, cuando llegó, entró en la sala, lo escuchó y no dijo nada. Le provocó tensión, lo vi, pero en ningún momento dijo nada. No quería ser un posible culpable porque, si lo hubiese sabido, instantáneamente, se habría convertido en tal. Pero lo escondió.

—Daniel, ¿cómo has podido? Lo entendí esta mañana. Solo tú podías haber sido. No podía explicármelo. ¿Cómo podía estar viviendo con un asesino?

Daniel se dio cuenta de que todos los ojos de las personas que tenía alrededor estaban puestos sobre él.

—Se equivoca, cariño. Este hombre no sabe lo que está diciendo… Me tienes que creer a mí, no a él. Por favor.

Ella negó. En su rostro empezó a aparecer el desprecio, el asco.

—Señor Harper, lo que no me explicaba y que resolví esta mañana fue la masa. La masa está hecha con mucha levadura y azúcar y con harina de supermercado. Tarantino es demasiado orgulloso como para hacer eso. Habría llevado su masa desde la pizzería. Usted no. Tenía que hacerla en la habitación. Lo que no comprendí era cómo había conseguido secar la máscara de masa de *pizza*. Solo lo entendí esta mañana.

Gildo se giró y miró a la cara a la mujer por un segundo. Le sonrió y se giró de nuevo hacia Daniel.

—Con el secador de pelo —dijo, y se dio con la mano en la frente—. Maldita sea, señor Harper, le tengo mucha envidia, es una idea genial. ¿Cómo se le ocurrió?

El hombre se quedó inmóvil, solo mirándolo fijamente.

—No tiene ninguna prueba, solo teorías.

Gildo negó con la cabeza.

—Aunque un asesinato tenga una magistral preparación, siempre se cometen errores. Siempre. A partir de ahí, solo es cuestión de encontrarlos. Y usted ha cometido uno, sus huellas en el secador de pelo. A pesar de que lo escondió, allí estaban.

Los dos hombres se quedaron en silencio.

Pasó un tiempo, que Gildo no pudo calcular, porque cuando uno suelta un farol, solo es cuestión de tiempo que el pez se lo coma.

—Sophie, lo hice por ti. Lo he hecho por nosotros. Sé que tuviste un desliz con él, pero ese hijo de puta me lo restregaba en la cara cada día. Con sus miradas, con sus gestos. Ya no soportaba ver cómo te miraba y las reuniones que teníais. Era insoportable. Lo he hecho por ti, por mí, para que pudiéramos seguir y tener nuestra familia…

Apareció la policía aeroportuaria.

Gildo les enseñó la placa e indicó que se llevasen al hombre.

Daniel Harper, el asesino de Michael Lucchesi, se iba gritando y montando su último espectáculo. Gildo solo pensó que no podía estar con su cámara para grabar su propio circo.

Gildo sonrió a la mujer y la cogió de los brazos.

—¿Cómo te encuentras?

Ella suspiró.

La rubia británica, de ojos claros y pecas en la nariz, arrugó el ceño.

—Lo siento, te mentí.

—No te preocupes, has sido muy valiente.

—No sé qué me pasó, tuve miedo de decir la verdad y también de coger un avión con él sabiendo que era un asesino.

Gildo la soltó y la abrazó.

—¿Cómo te diste cuenta? ¿Qué es lo que no me dijiste?

Sophie se separó de su pecho mientras la gente que se había aglomerado a su alrededor se iba.

—El viernes por la noche, cuando Michael murió, tuve mucho sueño. Seguramente, Daniel me sedó. Me dormí en la cama viendo una película, pero me desperté. Había pasado poco rato desde que me dormí. Llamé a Daniel, porque tenía ya dolor de cabeza y le pedí una pastilla, no me contestó. Insistí, pero no vino. Daniel ya no estaba. Se había marchado. Luego, me desperté a la mañana siguiente y se lo dije y me contestó que lo habría soñado —afirmó con tono triste—. Nunca hubiera imaginado que… Pero cuando en el avión me dijo que todo había pasado, que regresábamos a casa y que empezaríamos una nueva vida, sentí una presión en el pecho. No quería estar ni un minuto más de mi vida al lado de un asesino.

—Te entiendo.

—No podía. Tenía que hacer algo.

—Sophie, has sido muy valiente. Ahora ya está todo resuelto, vayámonos. Hoy empieza una nueva vida —dijo Gildo, y la cogió del brazo—. Espera, ¿esas son tus maletas? —dijo Gildo, indicando unas que estaban atrás.

Ella se asustó, casi las perdía.

—Ahora sí, vamos. Cogeremos un taxi y te acompañaré al consulado británico. Conozco al cónsul y tengo muchas ganas de verlo y explicarle una historia —dijo Gildo con retintín—. Hasta puede que salga un día en un periódico… Quién sabe.

45

Miércoles.

A la mañana siguiente, Gildo ojeaba el periódico.

Sorbía ya el segundo café de la mañana.

En primera página del *Rome Tribune*, salía la noticia del complot institucional del Ministerio de Asuntos Exteriores y del consulado británico. En segunda página, una foto del presunto culpable del asesinato del británico Michael Lucchesi y el titular que decía: *El británico escudado por el consulado*.

El complot había sido desenmascarado y el verdadero culpable se había entregado a la justicia. Y, como acordó con Aurelio, el nombre del inspector Gildo Falcone no apareció en ningún lugar.

Cerró el periódico y lo dejó en la barra.

—Estarás contento… —insinuó Marzia.

—No sé a qué te refieres… —respondió Gildo, guiñándole el ojo.

Luego, le dio un beso y fue a la comisaría.

Lo recibió Lillo gritando que el comisario lo estaba buscando. Que tenía que ir rápidamente a su despacho.

Puntual como un reloj, el grito de Er Bufa llegó al último escalón de la escalera.

Siguió caminando y entró en el despacho, que olía a tabaco.

En cuanto el comisario lo vio, empezó a hacer aspavientos con los brazos. En su mano estaba el *Rome Tribune*.

—¿Esto qué es? ¿Cómo lo saben? Esto seguro que es cosa tuya. ¿Es una venganza personal?

Gildo arrugó el ceño. Caminó hasta el escritorio del comisario y cogió el periódico.

—Por todos los dioses romanos, ¿cómo se han enterado esos cotillas? —mintió Gildo.

—¿Cómo saben todo eso? ¿Se puede saber? —gritó de nuevo el comisario.

Cuando le devolvió el periódico, el comisario se fijó en Gildo. Lo repasó de arriba abajo. En cómo iba vestido, en su aspecto, y se asomó por la ventana y vio su Vespa roja entre las dos macetas.

—Erme, perdiste la apuesta. No puedes venir más con esas camisas y te tengo que dar un coche. ¿Has entendido? —gritó.

Gildo negó con la cabeza muy despacio.

—Se equivoca, yo he descubierto al verdadero asesino y creo que he ganado la apuesta.

El comisario se acercó al escritorio y apoyó los puños en la mesa. Lo miró cabizbajo. Respiraba y jadeaba como un toro, tanto que sus fosas nasales se abrían y cerraban con fuerza.

Por un momento, Gildo temió que le diera un infarto.

—Has perdido. Llegaste demasiado tarde.

—El día que le pase a su hijo y se detenga todo por una estúpida apuesta, ¿qué dirá?

El hombre ya tenía los ojos rojos de rabia, casi de furia.

—Esto es un agravio. Tú has perdido y no vas a venir a trabajar más con esas pintas. ¿Me has entendido? O te voy a poner una amonestación o incluso una suspensión de placa y sueldo.

Gildo sonrió, sus amenazas eran una burda mentira. Pero lo que tenía en el móvil no lo era.

Se acercó y se lo enseñó al comisario.

En la pantalla, estaba la foto que le había hecho fumando, con los pies en la mesa y leyendo el periódico.

—Creo que la apuesta la he ganado, ¿verdad, comisario? No quisiera que esta foto llegase a manos del sindicato. O peor aún, de la prensa. ¿Se imagina qué podría suceder después? —dijo Gildo, guiñándole un ojo.

Dicho eso, Gildo cogió el móvil y se marchó, dejando al comisario renegando todo su odio hacia las camisas de Gildo y su Vespa roja. Se sentó en el escritorio y cogió la carpeta de su siguiente caso. La abrió y, antes de estudiarlo, levantó los brazos y los estiró hacia el techo. Se sintió satisfecho,

había cerrado otro caso y el señor Tarantino, el chivo expiatorio, pronto saldría de prisión.

Sonrió y empezó a leer.

46

Ese mismo día por la tarde, Gildo se fue a casa.

Llegó pronto para cambiarse, descansar y marcharse poco después al Porco Miseria. Esa noche era otra noche de trabajo duro. Había otro concierto, esa vez de un cantante pop de tirada nacional.

Se estiró un momento en el sofá y buscó el último programa de *Cucina con la mamma*.

El capítulo se llamaba la guerra de la *pizza*…

Gildo se pasó una mano por la cara.

No se lo podía creer. Su madre también se había subido al carro de ese tema, que estaba arrasando.

Su madre aparecía con un sombrero de *pizza* en la cabeza. A pesar de ese horrendo sombrero, Teresa estaba muy guapa.

—Hoy en *Cucina con la mamma*, lo que vamos a hacer es un programa diferente. Considerando que el mundo se está centrando en esta discusión, yo también voy a participar. Así que no solo veréis esto en redes sociales, periódicos, revistas, sino que aquí también. La guerra de las pizzas ha llegado —dijo Teresa, y arrancó el programa.

Gildo se acomodó. Eso prometía. Su madre no le había mencionado nada. Lo normal era que Teresa hiciera una receta y que luego, con invitados, la probaran, como si fuera una comida en casa.

En cambio, ese día, el programa era diferente. Se centraba en un reto. Por primera vez en su programa, Teresa no cocinaba, solo presentaba y daba la posibilidad de cocinar a los demás.

Por un lado, como si fuera un combate de boxeo, el estudio de grabación estaba dividido por la mitad en dos cocinas. La primera, decorada para la ocasión, estaba un pizzero de Roma, defendiendo la *pizza* romana.

En la segunda cocina, un pizzero defendía la *pizza* napolitana.

Teresa se acercó a una campana y le dio con fuerza. Al escucharla, como dos autómatas, los dos pizzeros se pusieron en marcha.

Corrían y amasaban. El programa, a pesar de ser muy diferente, era entretenido y divertido. Teresa supo gestionar los silencios y los momentos de descanso.

Mientras las masas fermentaban, lo que hizo fue hacer un resumen de la historia de una y de la otra *pizza*. De la historia de cada uno de los pizzeros.

Los dos se gruñían y sabían llevar el papel entre los dos.

—El tema que hemos intentado gestionar con mi equipo del programa es que, una vez esté la *pizza* hecha, la vamos a votar. Así que hemos invitado para hoy un público distribuido y proporcional por cada región italiana. Que no sean todos de Roma o todos de Nápoles. Nada de tongo, todo real y en vivo y en directo —afirmó.

El programa siguió y empezaron a sacar las masas de las fermentadoras, las fueron completando y realizando unas simples y rigurosas margaritas. Cinco por cada pizzero.

Cada uno tenía su horno de leña. Las echaron dentro y esperaron a que estuvieran perfectas.

Una vez terminadas, las pizzas tenían una pinta extraordinaria.

Las colocaron en medio de una mesa y, de forma ordenada, todos los espectadores fueron bajando; probaban la *pizza* e iban poniendo en una báscula una pequeña piedra. Una roja para la *pizza* romana, una azul en el otro lado para la *pizza* napolitana.

Cuando ya no hubo más, votó Teresa y, obviamente, cogió una piedra roja que colocó del lado romano.

Entonces, el notario quitó el tope y la báscula se movió.

No se podía ver cuántas piedras había para no desvelar el veredicto popular final.

La báscula se quedó casi igual. Casi no se había movido. Teresa y el notario se miraron. Este se acercó y contó las piedras, la parte de las pizzas napolitanas tenía una más.

—La voluntad popular ha hablado, entonces, y muy a mi pesar, me temo que la *pizza* que gana este episodio de *Cucina con la mamma* es… —gritó, se

acercó al pizzero napolitano y le subió el brazo como se hace con los boxeadores— la *pizza* de Nápoles.

De todas partes salieron confetis y arrancó una fiesta. Si alguien hubiera puesto en ese momento el programa de Teresa, podía incluso llegar a pensar que era un programa de fin de año antes que uno de cocina.

—Gracias por seguirnos, nos vemos mañana con un programa normal. Y, al final, da igual si es romana, napolitana o de Trieste. Viva la *pizza* y viva la *mamma*. Os espero mañana en *Cucina con la mamma*.

Gildo le mandó un mensaje a su madre, felicitándola por su último formato y el último episodio de guerras de pizzas.

Había resuelto el crimen de Lucchesi. Sin embargo, la guerra de la *pizza* acababa de empezar.

Su vista cayó en la hora, eran las ocho, llegaba con casi una hora de retraso al Porco Miseria. Saltó del sofá, se cambió y bajó las escaleras de dos en dos. Arrancó la Vespa y corrió directo a su quiosco de bocadillos.

El concierto estaba a punto de empezar y Fiorella y Ornella estarían invadidas y sobrepasadas de pedidos.

¿Cómo le podía haber pasado esto? ¿Cómo se podía haber olvidado?

Llegó a los Foros Imperiales. La calle estaba hasta los topes. Dejó la Vespa en el sitio de siempre y corrió hacia el *food truck*.

Su sorpresa al llegar fue monumental, no había nadie en el Porco Miseria. Se acercó más y entonces lo vio. La gente hacía cola delante. Parecía que toda la gente con hambre se había desplazado solo allí, al restaurante delante del Porco Miseria. Solo allí. Ellos no tenían ni una persona.

El restaurante de dos pisos construido en un lugar arqueológico estaba hecho con cuatro contenedores marítimos superpuestos. El de abajo era la cocina y despachaban los bocadillos. Una escalera externa permitía que los clientes pudieran subir a los dos contenedores superiores convertidos en comedor. Pero si seguían, la parte superior de los dos contenedores superiores tenía una terraza donde se veían con unas vistas extraordinarias todos los Foros Imperiales.

Gildo se quedó con la boca abierta.

Ese monstruo se estaba llevando toda la clientela.

Todo tenía un inicio y un fin.

¿Había llegado el fin de la época del Porco Miseria?

Por cómo estaba siendo la afluencia a ese lugar, era lo que parecía.

Gildo se acercó al mostrador desde fuera.

—Te lo dije aquel día, Gildo, teníamos que haber aceptado ese cheque —espetó Ornella.

Él bajó la mirada y se dio la vuelta. De pronto, tuvo delante al vampiro. Así lo llamaba él. Daniele Aspri.

El dueño de SPQR Food lo estaba mirando.

—La señorita tiene razón, tenían que haber aceptado el cheque en blanco —dijo con retintín.

Luego, se giró y señaló su creación, el restaurante más feo del mundo puesto en un lugar estratégico gracias a sus contactos políticos.

—Pero tengo una propuesta para vosotros —añadió—. Ya no será tan suculenta como antes, pero admiro mucho vuestra cocina y me gustaría que os unierais a mi equipo en la cocina central. ¿Qué os parece? Estaría dispuesto a pagaros muy jugosamente. Tenéis genio, creatividad, y no debería desaprovecharse ahora que vuestro chiringuito está hundido. ¿Qué os parece?

Gildo se giró hacia Ornella y ella se giró hacia él.

Ella abrió la boca para decirle lo que pensaba.

¿Te ha gustado?

La Reina del Tiramisú: Un Thriller Culinario de Gildo Falcone es la siguiente investigación.

IR AL LIBRO

Roma tenía una reina. Y gobernaba con café, cacao y mascarpone.

Cuando la repostera más famosa de Italia desaparece la noche de su mayor triunfo, el inspector Gildo Falcone deberá abrirse paso entre envidias, ambiciones y viejas traiciones para descubrir qué ocurrió realmente.

Porque algunos secretos son como el tiramisú: permanecen ocultos bajo la superficie hasta que alguien se atreve a hundir la cuchara.

IR AL LIBRO

MIS OTRAS NOVELAS

El thriller psicológico más adictivo de Riccardo Braccaioli
Cuatro horas de oxígeno: Un thriller psicológico que te dejará sin aliento

"**Una hija. Una sospecha. Y solo cuatro horas de oxígeno.**"

Rebecca Blackmoor no ha tenido tiempo de asimilarlo.
Hace apenas unos días estaba hablando con su madre. Y ahora… hay flores en la capilla, un nicho cerrado en el mausoleo familiar y un testamento leído a toda prisa. Todo ha sucedido demasiado rápido.
El nuevo esposo de su madre, un hombre encantador, parece tenerlo todo bajo control. Lo tiene todo planificado: la ceremonia, los papeles, las condolencias. Y ahora también tiene la casa y el dinero.
Rebecca, al volver de vivir un año en Londres tras un problema personal, entiende que algunas de las piezas de ese rompecabezas que dejó en su pueblo natal no encajan.

Quedarse algunos días para recomponerse del trágico evento parece una buena idea. Hasta que resulta ser la peor decisión de su vida.

ENLACE AL LIBRO





Serie El Forense
RESUMEN DE LA SERIE:

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

La serie de **El Forense**, protagonizada por el médico **Fosco Merrell,** resuelve en cada novela un caso que nace con una autopsia. Junto a la tenaz inspectora **Olivia Wolf,** realizan investigaciones a contrarreloj para resolver enigmas que entrelazan sucesos del pasado y peligrosas luchas entre mafias.
Las investigaciones están ambientadas en **Akeron City**, una ciudad oscura y lluviosa donde la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción.

El Forense es un thriller policíaco que te mantendrá enganchado, página a página.



El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras
Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia
Gambito de Rey

Serie Gildo Falcone
RESUMEN DE LA SERIE:

La vida es incierta; cómete el postre primero.

La serie de **Gildo Falcone**, protagonizada por el inspectro chef **Gildo Falcone,** resuelve en cada thriller culinario un caso que nace con un asesinato relacionado con la cocina o la cultura italianas.
Con los consejos y ayuda de su madre, su mentora en la cocina y en la vida, resuelve los casos con astucia y deducción analítica.
Las investigaciones están ambientadas en **Roma**, la ciudad eterna que Gildo surca con su inseparable Vespa Primavera 125 de color rojo.

Los ingredientes de la serie de Gildo son crímenes, italianidad, humor y cocina.



Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie Álex Cortés
RESUMEN DE LA SERIE:

¿Cómo de peligroso puede ser abrir un paquete?

La serie de **Álex Cortés**, protagonizada por un sargento de la policía**, está ambientada en una Barcelona fría, lluviosa y peligrosa.**
Todo empezó con una furgoneta abandonada delante de una comisaría, llena de cadáveres. Paquetes con sorpresas, criptogramas que resolver y giros inesperados; el asesino del criptograma tiene a la ciudad condal en tensión y sumergida en el terror.

Junto a la explosiva inspectora Karla Ramírez realizan investigaciones al límite para resolver los complejos casos.

***El Hedor de la Verdad* es un thriller policíaco que recorrerá los callejones más oscuros de Barcelona y de la miseria humana.**



El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme
Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta

RESUMEN DE LA SERIE:

Antes o después, el pasado llama a la puerta… y lo hace con fuerza.

La serie de **Bruno Malatesta**, protagonizada por el famoso mecánico de coches de carreras **Bruno Malatesta**, en cada investigación trata un caso que

nace con un asesinato, un robo o un secuestro relacionado con el mundo de los motores. Acompañado por la sorprendente Rita De Angelis, resolverán los casos con astucia, deducción y mucha velocidad.



El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava

SOBRE EL AUTOR



Querido Lector,

me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta,** protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava.*

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y

cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

Y por último, me encantaría que, si no estás en mi lista de lectores y no recibes mis correos de los jueves a las 15:30, te pudieras apuntar. De esta forma, estarás al corriente de todas mis novedades editoriales y muchas más cosas. Solo tienes que entrar en este enlace y dejar tu correo.

ENLACE A MI NEWSLETTER

También puedes acceder a mi newsletter escaneando con la cámara del móvil este código:

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta
La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava
El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

Serie Gildo Falcone
Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie El Forense
El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras

[Las Marcas del Pasado]

[Asesinato en la Academia]
[Gambito de Rey]

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:

